Merula

Diosa, humana y bruja

MERULA

PRÓLOGO DE MERULA
I
El instante
El abismo de lo femenino
Danza
Remiendos
Lunática
La primera bruja
Ella
II
La loba
El Hada, el Guerrero y el endometrio
La leyenda del lago
La viajera
Maldita cabra
La noche
El vampiro
La niña
La estatua
Una historia de Navidad
El rey del bosque
Te he visto crecer
Lunáticos
III
La casa
Cuando las brujas se reúnen
La Planta
La pócima
La mejor mujer
Un paseo
IV
En el último Instante, el Amor
El pacto
El patio de vecinas

El pianista
El pianista II
Un burdel llamado “Casa Pepe”
Palomita blanca
La buscadora
Ramera
La chica de la mochila amarilla
Cabaret
Guerrero
Hermosa campesina
V
Ciego
La gente folla y muere
Dormir agarrado a su teta
¿Has amado alguna vez a una bruja?
Volver a llorar
Hagamos magia
La evolución del amor I
La evolución del amor II
Y al fin la polaridad, la Unidad
VI
El castillo
Cuando la bruja se enfada
Lágrimas para luego
De las que creen
Naturaleza
La loba
Alumbrar, cintura y fe
El espejo
El umbral
Una nana
Días
Alquitrán
Cántame

Déjame llorar
VII
Epílogo

Para mi mayor fan, mi mejor amiga, mi gran apoyo, mi guardiana y compañera.
Para la que siempre está, aunque ya no esté.

Para ti, mamá

PRÓLOGO DE MERULA

Había una vez una brujita que vivía en su gruta escondida. Cada mañana abrazaba al viento y lo calmaba. Acariciaba las montañas, hablaba con los ríos, jugaba con el sol. Por la noche danzaba con la luna como amigas cómplices. Reía con los pájaros a los que consideraba sus hermanos. Eran sus alas y ellos, como mensajeros obedientes, llevaban cada día un trocito del alma de la brujita allí donde ella los enviaba. Así, por donde pasaban, los árboles crecían, la gente sonreía, el sol aún brillaba más y los niños jugaban libres.

Pero, su escoba seguía detrás de la puerta. Quizás tenía miedo de no ser comprendida. Sin embargo, algo en su interior la empujaba. A veces, era tan desmesurada su fuerza, que creía enloquecer. Pero su "tam-tam" interior, aquel que nace de las entrañas de la tierra, no la dejaba perder su rumbo. Siempre, de alguna manera, recobraba su cordura y seguía haciendo lo que
más le gustaba: practicar su don transformando el plomo en oro.

Pronto comprendió que ella era la enviada que unía linajes. Como puente entre lo humano y lo divino, su fuerza era arrolladora como el huracán, pero delicada y liberadora como la
nubes de abril. Su luz cada vez era más cegadora impidiéndole pasar desapercibida. Su gruta cada vez estaba menos escondida. Así esta bruja empezó a desarrollar pócimas mágicas donde
mezclaba amor, belleza, sensibilidad, comprensión y un poquito de lavanda perfumada. Y se las entregaba a todo aquel que tocaba a su puerta buscando alivio, refugio y consuelo.

Enseguida sus recetas empezaron a ser infalibles: donde había fealdad, ella instalaba la belleza. Donde unos veían maldad, ella ponía el antídoto de la verdad. Donde otros ponían mediocridad, ella esparcía exquisitez. Y, sin darse cuenta, la bruja creció y su magia también.

Hoy esa brujita ya es una señora maestra que, por fin, nos abre su cofre lleno de recetas poderosas, valientes y llenas de fuerza. Nos ofrece su corazón y su alma que, con tanto coraje y esfuerzo, ha cultivado a lo largo de su vida.

Gracias, Merula. Por mostrarnos con tanta valentía y agudeza ese

mundo sensorial, sanador y alquímico que hay detrás de la cortina de humo que algunos humanos temerosos han pretendido mostrar como única realidad.

Ahora sí, ya tu propia escoba manejas y nos ayudas a que aprendamos a manejar la nuestra.

Escrito por mi madre y poetisa Ángeles Ríos Fernández, una semana antes de morir.

Hoy os quiero contar una historia, es una historia bonita pero triste. Es la historia de una bruja que sobrevivió a los tiempos pasando de cuerpo en cuerpo, de vida en vida. Vivió en una isla vestida de blanco al principio de la historia. Fue esclava en la antigua Grecia. Se enfrentó a las fieras del circo romano. Tuvo una hija en la edad media cuando pusieron el nombre de bruja a lo que ella ya era desde hacía mucho. Fue india en América, una niña huérfana en la Inglaterra de la revolución industrial y ahora… Ahora es una simple mujer que lucha por recordar quién fue, quién es.

Hoy os quiero contar una historia, una historia de sensaciones. De palabras mágicas y mirlos que transmiten mensajes y susurran su verdadero nombre a las brujas perdidas, ese nombre mágico y auténtico que tienen. Os contaré una historia de cartas escritas por una anciana en las que habla de una niña, una niña con un gran don y una gran cruz. Porque nacer bruja en cualquier época es duro. Nunca es fácil. No importa si ya no te persiguen, si ya hay algunos que entienden que no son malas, que solo hablan de verdades que pocos pueden oír...

Venid niños, acercaos a esta hoguera, hoy os contaré una historia. La de una bruja atrapada en el pequeño cuerpo de una mujer que siente demasiado, que se duele demasiado, que sueña demasiado y se entristece demasiado, sin saber por qué.

Hoy os contaré la historia de esta humilde cuentacuentos que solo tiene locuras que contar, inciensos que encender, lágrimas que llorar. Venid niños y niñas, acercaos a esta cálida hoguera, yo soy la bruja de la historia, yo soy la que se quiere descubrir ante vosotros y ante ella misma. Yo soy Merula y esta es mi historia. Estas son mis leyendas...

I

Conocí a Merula siendo ya adulta. Siempre tuve la sensación de que me cruzaría con alguien como ella. De hecho, ahora que lo pienso, siempre que me sentía triste o perdida tenía la intuición de que en alguna parte había alguien mágico que tenía todas las respuestas, esperándome. Y estaba tan cerca...

Vivía oculta en unas montañas al lado de casa. No era un bosque especialmente bonito, una zona llena de pinos verdes y marrones, todos iguales. Un día paseaba con mi familia por allí en busca de piñas para la chimenea cuando en un pequeño montículo de piedras me nació sentarme. Cerré los ojos y rápido los abrí, sentía una mirada desde algún lugar. Frente a mí había unas rocas amontonadas, no especialmente grandes. Me acerqué despacio y al levantar una me percaté de que algo extraño pasaba, estaban tapando un agujero. Seguí apartándolas hasta que descubrí una escalera excavada en la tierra. Soy muy curiosa, tuve que bajarla. La luz del sol quedaba cada vez más lejos, el tiempo pareció pararse, el ambiente era cada vez más quieto, más calmo. No tenía miedo, al revés, cuanto más bajaba más a salvo me sentía. Al llegar al final de la escalera descubrí una pequeña cueva. En el centro de ella la vi, sentada, con las piernas cruzadas, los ojos cerrados... tal y como había estado yo hacía solo unos minutos. De repente abrió un ojo, temí que se enfadase por haberla interrumpido y haber entrado sin preguntar. Pero la sonrisa le salió automática

–¿Ya estás aquí? Llevo años esperándote, empezaba a pensar que nunca aparecerías”–dio una palmadita en el suelo para que me sentase a su lado. Cómo negarse–. Me llamo Merula y esta es mi casa.

–¿Cómo va a ser esta tu casa? Aquí no hay nada –dije sin poder contenerme.

–Ay, querida. No deberías hablar a la ligera de cosas que no entiendes. ¿Te he dado algún motivo para dudar de mí? No, tendrás que creerme. Y no solo en esto, tendrás que creer todo lo que tengo por contarte y enseñarte.

A mí me hubiese gustado decirle que acababa de conocerla, que no había dado tiempo a que me diese algún motivo, sobre todo porque ni siquiera habíamos intercambiado más de dos frases. Me habría

gustado insistirle en que era imposible, me habría gustado rebatir con lógica y razón, pero no pude. Había algo en Merula, una seguridad tan aplastante, una luz a su alrededor, una determinación, un “algo” que realmente apagaba la duda y te hacía rendirte a lo desconocido. Una magia que hacía olvidar las leyes de la ciencia y solo querías quedarte allí, a su lado, escuchándola.

Aquel día me contó que era una bruja, una de esas que danzan con la luna, que vaga de vida en vida. Una bruja que sabe de pócimas y ungüentos, de esas que vuelan y pueden hablar con los animales. Pero también me dijo que era una mujer igual que yo, una madre, una hija, una amiga, una hermana, una esposa, una amante... Que, como yo, era muchas cosas en una sola.

Esa primera vez no hablamos mucho más. Subí las escaleras con la promesa de volver con una libreta en mano para escribir todo lo que ella iba a contarme.

–Algún día tendrás que publicar un libro que hable de mí, de mis cuentos y experiencias. No prometo coherencia, pero sí mucha belleza. Cuando has vivido tanto como yo aprendes a ver siempre la luz de las historias.

Aceleré el paso para salir de la cueva, imaginé que mi marido y mis hijas estarían preocupados. No fue así, pareciese que no se habían percatado de mi ausencia. Despreocupados me preguntaron qué había hecho ese ratito:
–Nada, meditar –qué iba a decirles, me tomarían por loca. Allí fuera, las leyes de la razón y la lógica volvían a estar presentes. A pesar como de costumbre.

Aquel día conocí a la persona más interesante y sabia. Al principio la escuchaba y miraba desde la timidez y la distancia, pero poco a poco cogimos confianza hasta llegar a convertirse en mi mejor amiga, esa que aún visito para que me cuente sus desvaríos, esos que muchas veces no entiendo, pero, como prometió, son rabiosamente bellos.

Espero de corazón que a ti que los lees también te lo parezcan...

El instante

En aquel instante un hombre se dirigía a la horca, una mujer con cáncer salía de casa para dar un paseo. En otro lugar y tiempo, pero en ese instante, una mujer acababa de enterrar a su soldado caído. Un chico tenía el corazón roto y el pecho parecía asfixiarle…

En aquel instante un huérfano pedía y buscaba comida desesperadamente, el frío le cubría las manos, los mocos la nariz. No tenía a nada ni a nadie, qué importaba si vivía o moría, sólo él podía seguir dando importancia a respirar en aquel instante.

En aquel instante una chica se agobiaba por no saber qué hacer con su vida, sentía la presión de ser perfecta, de tener el cuerpo ideal, de sacar las mejores notas, de elegir el camino correcto que la llevaría a ese éxito que desde niña le habían repetido que tendría.

En aquel instante una mujer sentía el dolor físico más fuerte que jamás había sentido, estaba pariendo y un cúmulo de sensaciones se le amontonaban en la garganta. Estaba agotada de empujar y su bebé no salía, creía no poder más hasta que recordaba que quería que su hijo se posara en su pecho sano y salvo.

En aquel instante una esclava griega hacía pan. Tenía la espalda molida y se preguntaba el porqué de ser quién era, se preguntaba qué la diferenciaba a ella de su señora. No lo sabía, pero era un pensamiento revolucionario para su mente nacida en ese mundo ya establecido.

En aquel instante estaban ocurriendo tantas cosas a la vez... Un soldado se desangraba, una novia lloraba echando de menos, una pierna estaba siendo amputada, una anciana simplemente leía. Un abuelo empujaba a sus nietos en el parque recordando cuando fue un gran empresario al que todos admiraban. Un primer orgasmo se escapaba entre los labios y los dedos de alguna adolescente, una niña jugaba con sus juguetes lego, una mujer arrancaba el coche para ir a trabajar sin ganas…

En aquel instante el cielo era de un color rosa precioso, con matices violetas sobre un fondo celeste pastel. Las nubes alargadas recordaban a los pedazos que se cogen de un algodón de azúcar. El aire olía a otoño y se extendía como una brisa cálida. En aquel instante, en el perfil de un monte, una bruja se paseaba, si alguien la hubiese visto le hubiese parecido solo una silueta que se mimetizaba perfectamente

con el bosque al trasluz. Aquella bruja miró aquel cielo, al igual que todos los que estaban en aquel instante. En aquel instante todos se detuvieron a contemplar ese mágico cielo y ya no hubo horcas, cáncer, dolor, soledad ni muerte. No hubo soldados, ni esclavas, ni huérfanos… No había nada más que vida en aquel instante. La bruja sonrió y siguió caminando “No somos el conjunto de nuestras circunstancias, no somos ese amasijo, no arrastramos hechos e instantes anteriores, no somos nuestras proyecciones de instantes futuros… Somos única y exclusivamente este instante” se dijo mientras se disponía a vivir el suyo.

El abismo de lo femenino

La bruja miraba en lo alto del abismo del tiempo y el espacio, miraba ese instante y el de todas las mujeres. Podía verlas perseguidas, podía verlas llorar la pérdida de sus soldados, podía verlas desgarradas por los abortos y violaciones, podía verlas ninguneadas, tratadas como ganado, podía oler su carne en las hogueras. Podía oírlas rezar por la agonía de un hijo hambriento, podía escuchar los gritos llenos de vida de las parturientas y el desvanecimiento de las desangradas. Podía notar la vergüenza de las señaladas y oler el óxido de los radios de bicicleta metidos en los úteros. Podía escuchar los ¡No! De las violadas y los orgasmos de las liberadas. La bruja miraba desde lo alto del acantilado y veía, las veía bien… Las veía teniendo que demostrar, teniendo que esforzarse. Las veía llorando ante un espejo, vomitando una rica cena, las veía con mil y una cicatrices en el cuerpo. Agresiones propias o ajenas, qué importaba…

Qué historia la de todas esas mujeres, la de esas niñas y ancianas. Qué esfuerzo, qué sentimientos, qué cuentos para no dormir… Qué moratones en sus rostros, que puñaladas en el corazón… Qué vacías y qué llenas, qué vulnerables y qué fuertes.

La bruja miraba y miraba, no se cansaba de mirar. El sonido de todas esas mujeres era cada vez más elevado. Era un clamor, un cántico, una oración jamás escuchada. Era un himno, eso es, era un himno a la belleza, a la verdadera belleza, la esencia de la vida… Pues, si bien es cierto que la carga de todas ellas era mayor, esto tenía una cara buena ¿Acaso puede alguien cantar una nana mejor que una mujer? ¿Acaso hay dolor más desgarrador y hermoso que el de un parto? La bruja podía ver cómo esa carga, cómo esa necesidad que les imponía la vida de tener que demostrar que eran válidas, que se merecían existir, dotaba de belleza aquello que hacían. Eran pocas las que perduraban, pero qué hermosas las palabras de una mujer, sus poemas y odas, eran pocas las que perduraban, pero qué carácter único el de sus obras. Qué magia tan única la de sus abrazos, la de sus besos. Qué profundidad en sus miradas…

La bruja escuchaba, veía y sentía la vibración de todas ellas. La bruja se emocionaba. Qué orgullo el de nuestra historia, se decía, qué encanto, qué resplandor el de todas y cada una. La bruja se asomaba al abismo y era incapaz de sentir nada malo. No había rabia ni ira por las caídas, no se entristecía por sus sufrimientos… Ya solo podía ver el poder, esa virtud que tiene el alma de escapar y dejarse ver entre los pliegues y desgarros de una mujer, ese aire que se escapa entre sus

sonrisas, algunas escasas y desdentadas. Esa fuerza que tienen sus caderas capaces de sostener chiquillos y al mundo entero sobre ellas. Ya no podía odiar a quiénes las violaban, los compadecía, intentaban robar esa magia que esconden entre sus piernas pero que solo ellas pueden decidir a quién entregar. Pobres idiotas, no se puede robar lo intangible, no ha nacido polla tan larga capaz de llegar tan profundo.

Así que la bruja cerró los ojos para no mirar más, respiró profundo y las olió, sus perfumes y fluidos, ese aroma a leche agria y flores. Las olió y se fue con el tacto de sus pieles en las manos, algunas suaves y tersas, otras arrugadas. Unas peludas, otras depiladas e, incluso, algunas pinchando un poquito… Se quedó con el tacto de sus manos, delicadas o llenas de callos. La bruja cerró los ojos y se alejó quedándose solo con lo maravilloso que es ser mujer, con ese enigmático poder que tenemos y que tanto asusta. Tanto como para estar tantos siglos empeñados en negarlo.

Se alejó imaginándolas a todas bailando desnudas por el bosque, riendo y cantando felices. Las vio besándose, amándose, llenas de plenitud y alegría.

Algunas mueren sin saberlo, sin percibirlo nunca, pero las apariencias engañan y si subiesen al acantilado de la perspectiva verían que su condena es también su mayor virtud. Quién sino aquel que ha vivido la oscuridad más profunda puede brillar con más fuerza

Danza

Las noches que no hay visita. Las noches que está sola en su cueva, en las que ninguna ofrenda llama a su puerta, no hay magia que mostrar, no hay nada que equilibrar. Esas en las que solo está ella y su disfrute. Esas noches cierra los ojos y viaja por la música, la que un humano cualquiera diría que aún no se ha compuesto, diría que aún no ha nacido la voz que la canta. Pero ella está fuera del tiempo, viaja, danza... Cierra los ojos y escucha.

Las notas van inundando las células de su cuerpo, le erizan la piel, la poseen como el más maravilloso de los demonios. El cuerpo comienza a contornearse, la vida empieza a recorrerla, a llevarla de un lugar a otro. Las caderas se balancean, los brazos se separan cada vez más del cuerpo conquistando el espacio. Los límites comienzan a desdibujarse, su verdad comienza a salir a la luz.

Y es solo música. Y es solo una mujercilla. Pero lo es todo en ese momento, se siente todo en ese momento. Aunque lo cierto es que no se plantea nada de eso, solo siente el disfrute, el placer de dejarse

llevar, de vivir el instante en un baile. Y la música suena y ella se expande, se emociona... Qué grande y desdibujada se siente. Es en ese momento, y solo en ese en el que siente su verdad más fuerte que nunca, reconoce lo auténtico de ella, lo esencial.

La diosa danza, ya no es esclava, ni sacerdotisa, ni mártir, ni puta, ni esposa, ni madre, ni pastor. No es bruja ni santa, no es humana... Es diosa, es la diosa. Es dios, es el dios. Se agacha, necesita experimentar el movimiento en todas sus versiones. Hinca las rodillas en la tierra mientras su tronco se contorsiona, no sabe si son movimientos bonitos o brutos, no importa, la crudeza de lo esencial, la belleza de lo autentico y rudo, se manifiesta. Es la vida a flor de piel, es la vida y su dureza, la vida y su hermoso movimiento. Finalmente se tira del todo al suelo, extiende los brazos y sigue moviéndose al ritmo de la música que suena en algún lugar de la historia. Tiene swing, tiene estilo, es tremendamente atractiva, aunque ninguno de los amantes que llaman a su puerta la ha visto ni verá jamás así. Es una danza solo para ella, solo para el universo. Una danza para explosionar y sentir el gozo de vivir. Da vueltas, se restriega contra el suelo. Como si bailar fuese una forma de hacer el amor, una que no tiene nada que ver con los genitales, una que nada tiene que ver con penetraciones ni gemidos. Es una de esas formas desconocidas y posibles de obtener un orgasmo. Nada de clítoris, nada de fluidos. Es el orgasmo de cada una de las células de su cuerpo. Es un orgasmo que sube desde su entrepierna, se asienta en su vientre, trepa hasta su ombligo, se refugia en el triángulo que crean sus costillas, coge fuerza hasta llegar justo al centro de su pecho donde da vueltas mientras genera una potencia nuclear, acumula y acumula hasta explotar, como si de la bomba atómica se tratase y, al igual que ella, la onda expansiva pasa fulminante por su nuca, su coronilla, hasta volatilizarse en pura luz por encima de su cabeza. Se deleita con gusto, la paz va invadiendo su cuerpo, la música va perdiendo volumen avisando del final. Es ese tipo de canción honesta que no quiere que la tachen de traicionera y terminar sin más. Poco a poco se diluye al igual que el movimiento, que se va volviendo cada vez más imperceptible. El gusto, el paladear las sensaciones, toma un sutil protagonismo que mecen a la mujercilla, que no se siente tal. Y se para, se duerme sintiendo todo un universo, sintiéndose espacio y tiempo, sintiéndose no espacio y no tiempo...

A la mañana siguiente sale el sol, como cada día se pone a la tarea cotidiana: limpia el altar, enciende el fuego, come algo... Y en aquel remoto lugar en el que ni se sospecha del invento de los discos, la televisión o la radio ella cuida las flores tarareando "Fever" de Peggy Lee.

Remiendos

La anciana estaba tumbada en el suelo sobre unas pieles. Medio incorporada miraba el fuego. Aquella noche la tribu estaba callada, no retumbaban los tambores, no sonaban las flautas, nadie cantaba… Todos estaban paralizados mirando a la vieja. Ella miraba el fuego, sabía que esa noche era la noche, todos lo sabían. Era el momento de pasar el testigo. Sus vaticinios, sus consejos y cánticos se habían agotado. Miraba el fuego sin miedo, sin pensar en nada más.

Miró el fuego hasta que las llamas se transformaron en imágenes. Se contoneaban como una mujer, una mujer que entraba lentamente en un lago, desnuda, con su largo y moreno pelo cubriéndole los pechos. La noche hacía que el agua fuese negra, tan solo el reflejo de una enorme luna llena flotaba en la superficie. Y allí se dirigía la mujer, nadando despacio, lento, para no mover las aguas y emborronar el reflejo del astro. La vio cerrar los ojos y dejarse flotar con los brazos y piernas extendidos. La sintió unirse con la luz de esa luna. La sintió salirse de su propio cuerpo al igual que hacía la anciana en ese momento. La sintió viajar por los siglos... La sintió cuando se convirtió en una chica menuda, de pelo castaño que cabalgaba sobre las caderas de un hombre, en una cama, una noche de luna llena.

También sintió a aquella muchacha, la sintió cuando la sensación de ser un trozo de luz de luna la invadió, la notó sentirse mágica y plena. Notó cuando esa chica comprendió que era pura luz de luna, tan grande y potente. Tan poderosa que su misión era darse, notó cómo la chica comprendió lo que estaba dando a aquel hombre. Cuando comprendió de qué forma estaban conectados ambos. Cuando entendió el equilibrio entre dar y recibir. Cuando entendió que, para liberar su poder, para llevarlo a su máxima expresión, debía darse, debía liberarse de su propio cuerpo, entregárselo a otra persona, a una persona que supiera qué tesoro estaba cuidando. Tenía que dejar que otra persona la llevase, le quitase la carga humana, esa de ser lo que has encarnado ser. La anciana sintió cómo aquella chica lejana en los tiempos se empoderaba con todo el camino ya recorrido, cuando era capaz de comprender quién y qué era. Esa anciana notó cómo aquella chica que cabalgaba sobre las caderas de un hombre en la oscuridad de la noche, se sentía con el cabello más oscuro, con las caderas más anchas, cómo no se sentía en una cama sino en un bosque, cómo se percibía con unos ojos más grandes, con una fuerza y carácter distintos, sintió cómo se contorneaba de una forma distinta, como la guiaba una fuerza más salvaje… La anciana vio cómo aquella que flotaba en el lago sentía a la muchacha que cabalgaba y cómo flotando

en el lago se sintió más vieja, cómo le brotaban de los labios unos cánticos que jamás había oído, cómo escuchaba tambores que no estaban en aquel silencioso bosque, que estaban en ella...

La anciana salió del trance, volvió a ver solo llamas en la hoguera. Miró a su pueblo: “No os apenéis por mí, no me voy, la muerte no es el fin de nada. Soy una anciana que muere, pero también soy una mujer que flota, una chica que cabalga... No voy a renacer, solo seguiré siendo. Estoy sobre estas pieles y en mil lugares más. Hay una mujer que flota que escucha tambores, hay una chica que cabalga que desde niña se sintió vieja. Todas somos la misma, no renaceré, solo seguiré siendo…”

La sabia anciana cayó sobre las suaves pieles. Su cuerpo quedó allí vacío. Ese disfraz ya no aguantaba más remiendos.

Lunática

Había una vez una chica, una mujer o como quieras llamarla, que se sentaba a observar la luna pues decía que era un espejo en el que mirarse. A veces incluso parece que miraba la cara de la mismísima medusa, pues se quedaba allí petrificada sin apartar sus ojos de ella.

Había una vez una chica, una mujer, una lunática que se sentía astro. A veces menguaba, otras crecía. En ocasiones se sentía llena, fértil y creativa, un orbe de luz radiante que incluso abrumaba, la abrumaba. En otras se volvía esquiva, interior, oscura y oculta y no había cielo estrellado ni sol capaz de alumbrarla.

La lunática se bañaba en un lago, nadaba hasta llegar al reflejo de su luna y flotar en las aguas casi notando que esas la repelían, como si quisieran elevarla y acercarla hacia su amada diosa. Las algas del fondo la mecían, los peces la rondaban y las ranas paraban su croar.

La lunática sentía la luna dentro, en su vientre, en sus entrañas. Cuando la fertilidad se instalaba en ella se llenaba, no importaba si algún ser anidaba en ella o no. La vida siempre crecía allí. Y, cuando ya la había sentido, se vaciaba rociando la tierra con su sangre. Las flores crecían, las tierras yermas se volvían fértiles y cualquier fruto o cereal podía crecer en ellas.

La lunática corría en un bosque mágico y peligroso a la vez. Cuando conocía una arboleda otra aparecía ante ella. Los nuevos árboles se le antojaban monstruos, hostiles y recelosos de su presencia. Pero nuestra lunática cerraba los ojos, pisaba con fuerza el camino y, junto a sus miedos, caminaba. La oscura arboleda de repente se iluminaba, se hacía hogar.

¿Cuántas lunáticas habrá por el mundo?, ¿Cuántas negarán serlo?, ¿Cuántas aún no han descubierto que lo son?

Había una vez una lunática que tenía tantas caras como caras tiene la luna. Cada una distinta. Todas con sus luces y sus sombras, con las heridas de los asteroides en su alma, sintiendo la vida a flor de piel… Había una vez una lunática que se miraba en la luna como quién se mira en un espejo. Se veía igual a ella, con tantas caras distintas pero todas ella.

La primera bruja

Ella estaba allí sintiendo el calor en su rostro, el fuego de la chimenea reflejado en sus ojos. Con su taza de barro, con su infusión bajando por la garganta. La luz de la luna llena entraba por la ventana de la cabaña.

La puerta sonó, ella no se asustó, sabía que escucharía ese sonido, esa noche. Sabía quién estaba al otro lado de la puerta. Abrió despacio, pero sin dudar.

–Hay luna llena –dijo el hombre que aguardaba en el umbral. Ella extendió la mano para agarrarlo de la suya y llevarlo a la cama llena de pieles a modo de mantas, como era costumbre cada luna llena. Pero esta vez él apartó la mano, la agarró de la nuca y la tumbó allí mismo.

Ella sentía la tierra del bosque en su espalda, sentía las embestidas en las entrañas, sentía la luz de la luna bañándole la cara. Esa luz, el silencio de la noche, el olor de aquel hombre, ese hombre del que desconocía por completo el nombre, profesión o vida. Ese hombre que la follaba cada luna llena desde que aquella lejana noche se encontraran en el bosque, esa que pareció un sueño, un remanso de paz en una vida dura, en una vida de soledad y rechazo. Desde aquella lejana noche establecieron un pacto sin palabras. Pero esta vez era distinto, la luna brillaba más que nunca, el cielo y el suelo estaban más vivos que nunca. Él la poseía con un brío especial, la miraba a los ojos y ella podía ver en su negrura la profundidad de esta, podía ver la sabiduría de aquel hombre rudo. Una sabiduría que él mismo ignoraba pero que ella reconocía… Cuando el orgasmo se acercaba entró en una especie de trance, sentía la conexión con él, con la vida, con la magia... Sentía la conexión.

Él se derramó en su vientre, ella gritó de éxtasis y rabia. La misma que unos segundos después invadió sus ojos verdes y encendió aún más su rojiza melena. Lo empujó enfadada, iracunda, lo sacó de ella sin un ápice de la ternura que acostumbraba a tener hacia él. Le gritó que se fuese, que no volviera nunca más, enfadada y llorando a borbotones lo expulsó de su cuerpo y su casa. El hombre la miraba serio mientras se alejaba subiéndose los pantalones. En cuanto no era más que una sombra en la lejanía, ella se rompió agarrándose el vientre. Cayó de rodillas y echa un ovillo pasó lo que quedaba de noche maldiciendo al hombre, a la luna, maldiciéndose a ella misma…

Cuando el primer rayo del amanecer iluminó su rostro se levantó, se

secó las mejillas y aceptó su destino. Aceptó ese camino que siempre supo que debía seguir, por mucho que le doliese o aterrase. Respiró profundo y se dispuso a hacer un pequeño macuto con comida y algunas pertenencias. Al cerrar la puerta del que había sido su solitario hogar pensó en él, en cómo lo reconoció, cómo sabía que sería el que le haría tocar el cielo con la punta de los dedos y cómo sería él aquel que la llevase a su terrible, aunque necesario destino. Lo amaba, eso nunca se lo dijo, lo amaba con toda su alma, ella le pertenecía como ya le perteneció en otra vida más lejana, por eso desde el primer momento que lo vio se entregó a él... Pero esta no era vida para el amor, al menos no de ese tipo, esta no era vida para la convivencia y el matrimonio, esta no era vida para la esclavitud, aunque fuese de amor. Esta era vida de reencuentros fugaces, de pactos de pequeña duración. Para ella esta era una vida de soledad femenina. Si él hubiese sabido que una vez al mes le sabía a muy poco, que deseaba yacer cada una de las noches de su vida a su lado. Ay, si él hubiese sabido que, por muy ruda y áspera que pareciese, estaba llena de amor por Él. De un amor único y mágico. Si Él hubiese sabido que el mundo le sobraba cuando la penetraba, si hubiese sabido lo mucho que le dolía fantasear con criar juntos a esa niña que engendró esa noche. Ay si Él se hubiese enterado tan siquiera de que la llevaba en su vientre.

Pero no, ella era un alma vieja, era un alma consciente, ella sabía a qué venía. Sabía que los tiempos empezaban a cambiar, que esa vida era clave, sabía que el mundo giraba hacia el fanatismo, hacia el control. Sabía que era el momento histórico de posicionarse. Era la hora de asentar su recorrido como alma. Hasta ese momento nadie la había molestado en ese sentido, pero ahora a su sensibilidad, a su magia, a su sabiduría le tocaba ser rechazada. Le tocaba elegir entre esconderse arriesgándose así a que su alma y la de su linaje retrocediesen, se perdiese lo conseguido hasta ese momento. O cargar con esa cruz que ese nuevo mundo había inventado, ese cartel que la condenaría de una u otra manera en cada una de las vidas futuras. Le tocaba elegir entre vivir más años en ese tiempo o morir como una bruja.

Tenía clara su dolorosa decisión. Se marchó con un linaje de mujeres fuertes, sensibles y poderosas en el vientre, prometiéndole a él en secreto reencontrarse en una vida más tranquila, una vida en la que darse entera, en la que saborear su piel, cada día, cada noche.

Y sí, ella ardió. Sintió el fuego en su carne mientras su hija miraba escondida. Pero murió sin pena. Esa niña miró sin pena. Ellas sabían

que era un sacrificio necesario, un paso que llevaría a su estirpe a recordar la magia por los siglos de los siglos, que llevaría a su estirpe a no renunciar a ella bajo ninguna circunstancia.

¿Y Él? Él volvió a buscarla la siguiente luna llena. De la chimenea no salía humo, el aire no olía igual, el bosque había perdido su esencia. La casa estaba muerta, era sólo piedra, sin la vida que tenía cuando ella abría la puerta. Aun así, entró, se arrodilló en la cama agarrando las pieles y telas que aún olían a ella. Aspiró profundo y se prometió no olvidar jamás su olor.

Ella

Viene, ya viene ¿La ves? Qué hermoso su paso por el sendero. Lento, elegante, seguro, sin dudas...

Qué misterio guarda, qué conocimiento bajo su manto.

Quien la viese ahora no se creería las tormentas, no se creería los tiritones, los “yo no valgo”, los “no soy suficiente”.

Muy lejos quedaron los tiempos de creerse mediocre, una del montón...

Viene, ya viene ¿La ves? Tiene enredadas en su pelo las certezas del mundo, de su mundo. Qué belleza, qué maestría. Bajo la capucha esconde una sonrisa, una llena de lucha, de rebeldía, de no conformarse, de buscar y buscar la fuente de luz que la cubriese por completo. La fuente mágica que la hiciese retorcerse de puro gozo, de pura magia...

Viene, ya viene ¿La ves? Pareciese que camina a paso lento, pero va a tanta velocidad que las piedras del camino vibran, tiemblan, se deshacen bajo sus pies.

Qué maravilla. Se para, danza, vuela, se desdobla, se multiplica. Es ella y ya no es ella, es cientos, miles de ella...

El vientre se le hincha, se le llena de pura y salvaje maternidad, el grito ahogado de los partos, el llanto de los nacidos, el sudor frío de las madres de los no nacidos, las sagradas placentas, el gemido de los orgasmos... La llenan, le abultan la barriga.

Y siente, vaya si siente. Hasta el más leve susurro, la más suave brisa, la mecen. Es una niña, una anciana, una mujer, una bestia, un chiquillo y un salvaje... Es Ella.

Viene, ya viene ¿La ves? Los pajarillos le cantan secretos, los árboles se inclinan a su paso.

Nadie sabe quién es. Pero camina y camina entre tiempos. Certera en sus mensajes, contundente...

Hay discusión, unos dicen que hace temblar los cimientos de cualquier vida, otros que disfruta con el llanto ajeno. Unos que hace mucho se

perdió entre las mareas del sueño y la realidad, otros ven en su rostro a un ángel, otros... otros no se atreven a mirarla a los ojos. Unos dicen que todo la habita, que nadie se equivoca, que con un beso te lleva al límite del placer, otros que con un guiño te arrastra por los caminos de la perdición.

Lo cierto es que nadie la ha visto realmente besar, guiñar...

Viene, ya viene ¿La sientes? Se ha parado en seco en mitad del camino. Se ha dado cuenta de que la sigues, que la esperas. Se gira lentamente y te mira. Agacha un poco la cabeza, provocadora dibuja una media sonrisa, ves a la diosa en el brillo de su mirada, los cabellos enmarcan su rostro... Extiende la mano "¿Vienes?" susurra...

Algo estalla, algo explota en ella. En ti. Miles de pétalos revolotean tras su espalda, un brillo que jamás habías conocido lo inunda todo, pareciese que la naturaleza hubiera saltado por los aires con una sola de sus palabras.

Y tú vas, vaya que si vas. No te importa nada, no hay rumor alguno que apague tus ganas. No hay temor alguno que detenga tu paso.
La estabas buscando y no lo sabías. Anhelabas su olor, su sabor...

La amabas y no lo sabías...

La sigues, no hay opción. Ella es vida. Te está esperando.

II

No se puede dudar de que a Merula le gusta hablar. En nuestros ratos rara era la vez que me dejaba intervenir. He de admitir que cuando lo hacía no sé cómo acabábamos dando vueltas y vueltas a lo mismo. No había avance y no salía nada que pudiese escribir. Ella simplemente se callaba y me dejaba sacarlo todo: las dudas, las preguntas, las incongruencias, el miedo, el razonamiento... No decía nada, pero en su cara podía ver esa mirada de "¿Pero a qué vienen tantas preguntas? ¿acaso no me estás escuchando? ¿Acaso no ha calado en ti el mensaje principal de todo lo que te cuento? La clave está en la confianza, en creer en la magia para que suceda. Y eso tiene poco de racionalidad y mucho de olvidar que no podemos volar y, así, volar". Pero lo cierto es que cuando ella hablaba rara vez tenía ganas de interrumpirla. Era tan única, tan fascinante...

No se puede negar que a Merula le encanta hablar, pero, si ella tuviese

que elegir entre todo lo que relata, estoy segura que dejaría sus experiencias al lado, dejaría las vidas que ha ido conociendo y se quedaría con las leyendas. Con esos cuentecillos que narra con la voz, la mirada y el cuerpo. Casi parece que los baila más que contarlos. Se le pone un brillo especial en la mirada, la ilusión la invade. No sé de dónde saca tanta leyenda, dónde están esos lugares y tiempos en los que se desarrollan. Nunca sabremos si es pura invención. Según ella se las susurran los pajarillos porque son sus compañeros, sus confidentes y mensajeros. Dice que son los viajeros del tiempo, los nexos perfectos entre el cielo y la tierra.

–Por eso nunca has de poner en duda lo que un pájaro te cuente –dice poniéndose muy seria durante unos segundos, hasta que la sonrisa interrumpe bruscamente su gesto de nuevo.

No se puede negar que a Merula le fascina charlar, que adora ser bruja, pero lo que más le gusta ser es una humilde cuentacuentos que pone más de ella en sus leyendas de lo que quiere admitir...

La loba

Había una vez una loba herida que un hombre encontró en un bosque. Estaba tan débil que no tenía ya fuerzas para defenderse. Y había un cazador vagando en un bosque...

Solo con una mirada el animal lo cautivó, lo trasladó a un sentimiento que jamás había experimentado. Lo llevó al límite de la ternura. Se derritió por la hembra y juró protegerla con su vida si hiciese falta. Introdujo las manos bajo la loba, la alzó y la llevó a su cabaña. Allí la cuidó con ungüentos y pociones que conocía, dejó que el fuego la calentara sin darse cuenta de que cada segundo que pasaba cerca de ella se iba atando un poco más al animal…

Las noches fueron pasando, estaba tan entregado que apenas comía. Qué locura lo estaba poseyendo. Ya no era solo amor, la deseaba. Acariciaba su pelo grisáceo deseando que fuera carne humana, tanto llegó a necesitarla que corrió en busca de una vieja bruja: “Házmela humana, házmela mujer, quiero ver su ternura hecha carne, quiero acariciarla y que me devuelva las caricias, te lo suplico anciana, la necesito”. La bruja lo miró seria, aquel hombre no sabía lo que pedía, quería la fuerza de la naturaleza, deseaba atrapar un poder que no comprendía en un cuerpo humano. Deseaba el calor de una mujer, pero aquella loba nunca podría serlo… La bruja lo miró seria, pero no le dijo nada, calló y pronunció unas palabras en un idioma antiguo y

extraño, uno que haría siglos no se pronunciaba. “Ve a casa, tu loba te espera”.

Abrió lentamente la puerta de la cabaña, entre mantas una mujercita menuda observaba la leña arder. Lo miró, él vio la dulzura que percibió la primera vez, pero algo, un brillo distinto, cruzó su rostro y aquella ternura se convirtió en una mirada salvaje. Lentamente se puso en pie y dejó caer las mantas dejando su cuerpo completamente desnudo. Paso a paso se dirigió a su hombre que no podía hacer otra cosa que quedarse paralizado ante la maravilla que tenía delante. El deseo lo consumía, por fin podría penetrar la dulzura de su loba. Las mantas acabaron echas girones ante la pasión de los amantes. Él no podía dejar de apretar la carne tierna de la chica, no podía dejar de mirar sus ojos que cambiaban pasando de la más pura inocencia a la más salvaje profundidad.

–Eres mía, siempre serás mía.

Ella, sobre sus caderas, lo miró fríamente y esbozó una leve sonrisa que lo desconcertó.

–Yo soy del bosque, de la magia y la luna –Mientras contorneaba las caderas para llevarlo al orgasmo comenzó a devorarlo.

La sangre salpicaba las paredes de madera, el hombre sabía que su fin llegaba, pero no podía parar de gemir, era una locura que lo llevaba al límite del placer más puro. Estaba siendo víctima de la naturaleza, era la pena que debía cumplir por intentar tomar el control de algo tan incontrolable como era su loba. Y allí quedó destrozado y feliz.

¿Y la loba? La loba salió de la cabaña relamiéndose la sangre, comenzó a vagar por el mundo eterna y misteriosa, de tiempo en tiempo, de edad en edad. Siempre hermosa y aparentemente frágil…

¿Cuántos hombres devoró antes de llegar a ti? ¿A cuántos volvió locos de pasión y deseo hasta el punto de no importarles acabar descarnados? La viste, creíste en su mirada inocente, esa que te hizo pensar que podrías poseerla. Y ahora ves que es loca e intensa, que tiene dentro fuerzas incontrolables, que tienes suerte pues ante ti se rindió un poco y aún te mantiene con vida. Pero ándate con cuidado, tú intentabas y buscabas el equilibrio, pero ella ha devorado tus creencias, ella ha nublado tu férrea razón, ha devorado tu fe en el conocimiento, en los números y las ciencias y te ves aullando a la luna llena mientras cabalga sobre tus caderas. Te ves rompiéndote en mil

pedazos ante su magia. Te pillas rezando a todos los seres y entidades para que nunca se vaya de tu lado. Te ves erigiendo altares para tu diosa ciego de amor y locura. No la sigas a la cueva, no dejes que te pierda en el bosque, te hará correr y gritar desnudo, te volverá tan loco como lo está ella…

Pero tú ya estás sordo, ya no puedes escuchar nada más que su llamada. No puedes dejar de perderte en la dulzura de su mirada, aunque te consuma. Tú ya solo quieres correr tras ella, cazarla y dejar que te cace, sentir sus garras en tu piel, la presión de sus dientes en tu carne… Tú solo quieres ser salvaje y animal con ella.

Algo debes saber, es importante que lo asumas: jamás la sobrevivirás, te devorará ella o el tiempo, pero la loba seguirá vagando eterna por los tiempos mirando con dulzura a sus presas, devorando sus mundos, dejándose llevar por su naturaleza, esa que le grita que les arranque los músculos del hueso, que las libere de la carne para hacerlos comprender la cárcel a la que aquel primer hombre la condenó.

Había una vez una loba herida en un bosque, estaba ya tan débil que no podía ni quería defenderse, había aceptado su suerte, quería formar parte del bosque, fundirse con la tierra en la que ahora descansaba. Qué dulce estaba siendo el final, qué ganas de flotar con el viento, agitar las hojas de los árboles, qué ganas de ser guardiana, de ser flora y fauna, de llenar troncos de musgo y sentir lo que era ser laguna fresca en la que beben las criaturas que lo habitan. Qué ganas de ser espíritu de su amado bosque. Había una vez una loba herida que deseaba morir, trascender… Había una vez un hombre que confundió una mirada y condenó a una diosa a ser humana.

El Hada, el Guerrero y el endometrio

Hay sentimientos y sensaciones que no se pueden explicar, son como un palpito en el pecho…

Él era un hombre sencillo, un hombre fuerte de sonrisa deslumbrante. Tenía el poder atrapado en sus dientes y sus dedos. Era un jinete de pistolas en la cintura, de espuelas de pinchos afilados. Era un aventurero que decidió explorar. Un aventurero incansable e inquebrantable, jamás se daba por vencido. Era un hombre justo, un hombre de tierno abrazo y firme espada. Un estudioso, inteligente, callado. Con un guiño dejaba los corazones entregados… Pero sobre todo Él era un Guerrero. Sin armadura, sin honores, pero valiente y bravo.

Ella era una palomita, una zorra como pocas. Una gata salvaje y un poco rabiosa. Ella era una bailarina de burdel. Era una cameladora, con solo enseñar el tobillo tenía cliente asegurado en su lecho. Ella era una princesa egipcia llena de enigmas y misterio. En sus manos la suavidad y en su voz la magia negra. Ella era una ninfa asustada, se defendía atacando, era un ser perdido en los templos de la represión y la tristeza. Ella lloraba cada noche antes de dormir sobre un lecho de hojas. Los mares estaban hechos de sus lágrimas, el sonido del viento de su lamento.

Él viajó por los confines del mundo. Se recorrió cada montaña, cada ciudad, cada poblado. Él no lo sabía, pero la buscaba a Ella. Esperaba encontrarla en alguno de sus largos e increíbles viajes. Luchaba con dragones, con ninjas. Domesticó a un lobo salvaje y enorme. Durmió al calor de una manada de leones. La hidra casi acaba con Él, pero no tenía tantas cabezas como Él empeño.

Ella lloraba y cantaba. Ella embaucaba a los campesinos, los enroscaba entre sus piernas, los atrapaba en su magia para siempre. Jamás volvían a ser los mismos. Incluso dicen que alguno murió de fiebres, de inanición, que a alguno vieron marchar de la mano del demonio por propia voluntad. Ella tenía la verdad del mundo atrapada entre los muslos. Eso acababa con sus amantes.

Él estaba caminando, silbando despreocupado, tarareando alguna

canción de las que se almacenaban en su mente y lo acompañaban en cada paso. Algo llamó su atención: era una mujer en un campo recién segado. Una mujer desnuda recostada entre las balas de paja. Sí, era Ella. Corrió a su lado. Mientras iba desnudándose: la espada manchada de sangre de dragón le sobraba, la pistola que acabó con el monstruo de aquella cueva le estorbaba, el machete con el que se abría paso entre las hojas le pesaba, la ropa sucia llena de recuerdos se le antojaba lija sobre la piel… Y acabó desnudo, corriendo por el campo hasta Ella.

Cuando la chica abrió los ojos solo vio una silueta masculina con el sol detrás. Sin inmutarse puso el brazo en la cara para evitar deslumbrarse y separó las piernas para dejarlo entrar…

Sin saberlo se adentró en la mayor aventura jamás contada. Puso su miembro a la entrada del jugoso órgano femenino y se abrió paso a través del frondoso y rubio bosque de su vello púbico. Estaba lleno de magia. En cada rincón, tras cada árbol, había un susurro. Un susurro que le contaba la vida de aquella extraña hada que lo recibía con los ojos vacíos y tristes. Y, aunque algunas de esas palabras lo asustaron como no lo había hecho la más fiera de las bestias, siguió adelante y llegó a la orilla de sus labios superiores y al mar de sus labios inferiores. Llegó a la humedad de las caracolas, a la brisa marina de su carne, al agua tibia de aquella sirena afónica. Y, aunque el mar se le antojó el más oscuro y profundo de todos los que había visitado, continuó sin vacilar. Arribó a la cueva de su vagina. Una cueva pequeña y estrecha, una cueva cálida, pero de apariencia tenebrosa. Las lágrimas la pintaron de rojo sangre, los desgarros la llenaron de cicatrices, aparecían fantasmas tras los rincones. Pero el aire seguía siendo templado y acogedor, la ternura lo envolvía a pesar de todo. Podría haberse quedado allí, pero decidió ir más allá. Era un explorador y acababa de descubrir su tesoro. Acababa de descubrir todo un mundo oculto, una ciudad secreta, una Atlantis dentro de esa muchacha. Así que escaló por la estrechura del cuello del útero, ese puente que le apretaba y parecía encogerse para cerrarle el paso. Al conseguir cruzarlo admiró la cosa más bonita que sus ojos jamás habían visto. Era un valle, amplio, hermoso, recubierto de mullida hierba adornado con aromáticas flores. Admiró la belleza y decidió en décimas de segundo quedarse allí, anidar en aquel endometrio que parecía llevar toda la vida esperándolo. En cuanto lo hizo algo explotó. Una magia, un orgasmo conjunto los llenó. Les recorrió las venas, les tensó los músculos, les expandió el cerebro... Se materializó en sus ojos al mirarse. Se habían encontrado, el Hada y el Guerrero se

habían encontrado.

La mora invadió el aire, sus narices. La menta sus bocas.

La leyenda del lago

Había una pequeña cabaña de madera cerca de un lago, había un pequeño sueño cerca de un lago.

Te dije que estaría a tu lado para siempre, que pasase lo que pasase me tendrías aquí.

Había una pequeña cabaña de madera cerca de un lago. De su chimenea salía humo, un perro labrador guardaba la puerta, al sol, era color canela y movía el rabo cada vez que nos veía llegar.

Te dije que de la adversidad sacaríamos los mejores recuerdos, que nuestra vida sería preciosa por muchas batallas que tuviésemos que combatir.

Había una pequeña cabaña de madera cerca de un lago. Al entrar notabas el olor a leña, el olor a hogar. Cerca de la lumbre había un cesto con mantas, esas de cuadrados rojos de toda la vida. Esas mantas que nos echábamos para tapar nuestros cuerpos desnudos. Esas que nos cubrían cuando nos quedábamos embobados mirando el fuego tras hacer el amor.

Te dije que mi mano no soltaría la tuya jamás. Te prometí que llenaría tu cuerpo de besos cuando te doliese la carne. Te juré que besaría tus labios incluso cuando no fueses capaz de valorar el sabor de mis besos. Te dije que te amaría eternamente. Te dije que cada día encontraría un motivo por el que sonreír.

Había una pequeña cabaña de madera cerca de un lado. En ella había una gran cama con las sábanas revueltas, con la almohada empapada en sudor, con el colchón acumulando crujidos y gemidos. Había una cama en la que te amaba día y noche, en la que me conectaba al calor de tus entrañas, a la luz de tu alma. Un colchón en el que te tocaba el alma tan fácilmente que asustaba. Había una cama en la que te miraba a los ojos, en la que tú me devolvías la mirada mientras me derramaba dentro de ti, mientras te fecundaba el vientre.

Te dije que jamás dejaría de pelear por nuestro sueño, te dije que mantenerte viva era parte imprescindible de él, que lo conseguiría, te dije…

Había una cabaña de madera cerca de un lago. Las montañas se reflejaban en el agua, los niños correteaban en la orilla con el perro

ladrando a su alrededor. Había pies descalzos y sonrisas grandes y brillantes, había mellas, biberones y teta, había juegos y carcajadas. Había una cabaña ajena al mundo, escondida en una montaña. Una cabaña auto suficiente, que no necesitaba nada más que amor para existir. Ay, había una cabaña tan hermosa cerca de un lago…

Te dije que lloraría a tu lado, que limpiaría tu cuerpo cada vez que lo necesitases, te dije que velaría tu sueño para ahuyentar pesadillas. Te dije que te amaría, joder, que te amaría tanto que podría salvarte. Te juré que no renunciaría jamás a tu vida…

Recuerdo el día, el momento y el segundo en el que me miraste y me hablaste: “No hay ninguna cabaña de madera cerca de un lago, no hay perro, no hay niños, ni hay leña ardiendo en el hogar. No hay sexo en esa cama de sábanas blancas, esas mantas rojas no existen… Pero sé que hay amor, eso siempre lo ha habido. Lo sé cariño, por eso debes dejarme ir. Quiéreme tanto como para renunciar a tus promesas, ámame tanto como para renunciar a nuestro sueño, y déjame morir”.

Hay una cabaña de madera cerca de un lago, en la puerta hay una hermosa perra labrador color canela, de la chimenea sale humo. Hay una pequeña cabaña de madera cerca de un lago habitada por un anciano fuerte y robusto, con una mirada llena de paz, de amor. Una cabaña con una barquita en la orilla, barca con la que este viejo que aún te ama navega cada día por ese lago que es tu tumba, en el que tú habitas desde que tus cenizas se hundieron en él. Porque, perdóname, mi amor era tan fuerte como para dejarte, pero lo suficientemente débil como para no renunciar a nuestro sueño. Perdóname mi vida, pero aún mantengo algunas de las promesas que te hice. Navego como si agarrase tu mano, cada día busco un motivo para sonreír, aunque muchas veces sea que se acerca el día de volver a encontrarnos.

Hay una pequeña cabaña cerca de un lago, cuentan las leyendas que está encantada. Que las noches de luna llena de la chimenea sale humo, se escuchan ladridos, risas alegres de niños... Y la bruja del lago se aparece cuando la sombra de un viejo se acerca a la orilla.

Hay una pequeña cabaña de madera cerca de un lago, hay un pequeño sueño cerca de un lago.

La viajera

Había una vez una joven, una viajera del tiempo, que transitaba por cada época con paso firme. Había una vez una joven que podía cambiar de físico a su antojo. Se movía entre planetas, entre galaxias, entre universos. Había una vez una joven que probaba las mieles de cada mundo, saboreaba las frutas prohibidas. Sobrevolaba el pecado, lo integraba en su pecho y lo hacía explotar lleno de luz. Había una joven por encima de todo y de todos, una joven que sabía que era igual a ellos, pero también sabía que todos lo desconocían. Y follaba, comía, amaba, gemía, vivía, bailaba entre los eones llena de éxtasis. Explotaba y llenaba todo de su poder, de sus fluidos. Los más sucios y sagrados.

Había una chica que golpeaba el suelo con sus puños cada vez que lo necesitaba. Que arañaba la tierra, se llenaba las uñas del negro polvo, sus manos se desgarraban con las zarzas... Otras veces subía al más alto risco y abría sus brazos en cruz, los expandía todo lo que podía, los músculos de la espalda se le marcaban. Respiraba tan profundo que las costillas se le clavaban en los pulmones y, solo entonces, se dejaba caer para sentir el aire violento de la caída, para sentir el viento entrándole por cada poro de piel. Y, cuando el choque con el suelo era inminente, hacía una ola con su cuerpo para alzar el vuelo. No había gravedad para ella, no creía en ella, qué poder podía tener en nuestra hermosa joven. Qué poder puede tener algo que no existe en una realidad.

Había una vez una joven que vagaba por el tiempo a su antojo, pero a la que jamás se le conoció arruga. A la que jamás le faltó de nada, aunque ninguna moneda tocó su mano. Siempre estuvo llena de amor, aunque jamás poseyó a nadie. Una joven que vivió rodeada de enfermedad, hambre y guerra, pero ni una sola miseria rasgó su piel. Se la veía caminar por el campo de batalla, las balas le silbaban cerca, los cañones explotaban ante sus pies, pero ni una mota de ceniza ensució sus ropas. Una joven que sanaba heridos sin mancharse de sangre.

Había una vez una joven que vivió de todo y no sufrió jamás. Una joven que parió y que tuvo el vientre seco, pero pudo sentir la vida en sus entrañas en todo momento. Una joven que perdió piernas, brazos y hasta la cabeza, pero jamás se quedó sin alas. Una joven a la que quemaron, torturaron, ahogaron, acuchillaron... Pero a la que jamás le arrebataron la luz. Una joven a la que violaron, a la que trataron como a una reina, a la que acariciaron, a la que pegaron... Pero jamás le

hicieron daño.

Había una vez una joven que viajaba entre tiempos, entre universos, entre planetas... A la que le pasó de todo y no le pasó nada. Una joven que tenía un secreto que contaba a gritos, a gemidos: el secreto de la vida, de lo que era la experiencia. Una joven que vagaba entre tiempos porque no creía en el tiempo. Entre universos porque no creía en las distancias. Entre planetas porque no creía en los lugares. Una joven que jamás sufrió porque no creía en el sufrimiento. Una joven que jamás odió pues su único credo era el amor.

Maldita cabra

Cuenta la leyenda que de aquel campanario saltó una chica, cuentan que hace tanto tiempo que ya nadie recuerda cuándo fue. Todos dicen que era la sal de la tierra, la luz del día, la gracia de Dios andando. Sus cabellos refulgían al sol, su sonrisa era un bálsamo para los duros días de las gentes del pueblo. En una época en la que nadie se planteaba que hubiese nada más, ella con una sonrisa los ponía ante el abismo de la incertidumbre.

Cuenta la leyenda que de aquel campanario saltó, que fue subiendo uno a uno los peldaños lentamente, descalza, notando el frío de la piedra.

Venía con el pelo cubierto de paja, como siempre le pasaba cuando la veía a ella en el pajar… Cómo no acabar con los cabellos enredados si no dejaban de dar vueltas, moverse, subir y bajar. Cómo no acabar con el corazón glorioso tras amarse… Ella, ay su ella… Aquella pastorcilla morena y enjuta la tenía loca. Alimentaba a las gallinas canturreando canciones de amor, el corazón le daba brincos al hacerlo. Recordaba esos besos a escondidas, ese olor a paja y flujo que impregnaba el ambiente. No había líquido más sagrado que el que le sacaba de las entrañas con sus dedos, no había fruta más carnosa que la de sus labios. En sus brazos era consciente de que el tiempo no existía, que la vida era algo más que las cabras, el pan y el pueblo. Algo le gritaba que había un “algo” más, una forma de vivir distinta. Entre sus brazos le llegaban los gemidos de otras épocas, ella no lo sabía, eran los gemidos de otras mujeres que se amaban entre ellas en un mundo en el que ya no era algo extraño o prohibido. Por eso no había sermón en la iglesia que pudiese frenar el amor que sentía, porque no había sermón que pudiese convencerla de que ese amor era maligno…

Y la amaba, se reían, se tocaban y explotaban… A escondidas.

Era tan fuerte la magia para ella que jamás pensó en el futuro, qué importaba eso, seguirían así toda la vida si fuese necesario, qué importaba que los demás la viesen como una solterona. Ellos no entendían nada, no sabían que la vida se vive dentro, que todo lo demás sobra. Eso le decían las aguas frescas del río en el que mojaba los pies, eso le decían los árboles y los trinos. Eso le decía esa sensación que la invadía cuando miraba el gran barranco y sentía la vibración de Dios en ella.

Y seguía ordeñando vacas, canturreando por el pueblo y amando.

Una noche salió a hurtadillas de su casa, quería verla, todo lo demás no importaba. Su padre estaba en el monte pastoreando. Como siempre se vieron en el pajar. Los besos cubrieron sus cuerpos desnudos, sin ropas. Eran atemporales. Dos lesbianas amándose, aunque aún no sabían ni de esa palabra. Para ellas no había etiquetas ni sitio en esa época, pero allí estaban entrando la una en la otra, lamiéndose, deseándose, estallando en éxtasis, saboreando el tacto de sus largos cabellos, enredando piernas y corazones. Con las entrañas llenas de pasión, demostrando que estas valían para mucho más que solo para parir. Ellas también estaban alumbrando vida, el placer de hecho les parecía una contracción y apretaban de puro gusto, de pura felicidad. La vida salía de ellas, de sus entrepiernas, recorría el bosque de su vello y se deslizaba por los muslos. Luego el calor de sus cuerpos la evaporaba y, si algún vecino se hubiese asomado por la ventana aquella noche, habría visto un sutil vapor escapándose por el tejado de aquel pajar. Polvo de estrellas volviendo a las estrellas…

Acabaron exhaustas, si era placentera la conexión sexual, más lo era esa que se manifestaba al abrazarse sin más, la una mirando a la otra fijamente a los ojos. Realmente estaban en un lugar mucho más lejano a aquel pueblo. El sueño las venció…

Una cabra le lamió el pie, eso fue lo único calmo que sintió antes de la locura que se desató. Los gritos del pastor al descubrirlas le parecían lejanos mientras procesaba lo que estaba ocurriendo. Pero ese hombre estaba allí, gritando y agitando un palo. Lo golpes comenzaron a caerle. No dolían tanto como la certeza de que aquel no era tiempo para ellas y su amor. Era como si pudiese salirse de la escena y verla. Veía al pastor golpeándola sin piedad, gritando barbaridades que no podía entender. Veía los animales alrededor, veía la luz del amanecer traicionero que las había delatado. Y la veía a ella. La veía llorando asustada en un rincón, acurrucada tapándose la cara. No se movía, solo estaba allí… Pero no podía culparla, por ella aguantaría los palos que hiciesen falta, los que fuese porque ella no se llevase ni uno. Escuchó su voz, en un susurro “Lo siento” dijo. No lo sientas mi amor, te amo tanto como para que ningún bastón me duela… Pero ella siguió hablando “Lo siento mucho, padre”. Entonces sí dolió, entonces sí le crujieron los huesos, entonces sí apretó el corazón. Su pastorcilla no había alcanzado esa comprensión, aún no se había desligado de ese estúpido pueblo y su estúpida moral. Comprendió que ella sí se sentía culpable, que ella creía que estaba mal amarla, que vivía con miedo y juicio… Que vivía con “temor a Dios”, que ella no lo había visto en los

montes, que no lo había visto en el río, que no había visto a Dios en sus labios, en sus gemidos, en sus caricias…

Cuenta la leyenda que una joven se tiró del campanario, un amanecer, cuando el sol empezaba a coger fuerza, la vieron subir las escaleras de la iglesia desnuda, magullada, con el pelo revuelto lleno de paja. Unos dicen que la violaron, otros que un zagal la engañó… Qué otra cosa sino un hombre podría llevar a la alegría del pueblo a quitarse la vida.

Es lo que contaban a todo el que iba a hacer turismo a aquel lugar. Pero la verdad voló cuando voló ella. No sé tiró por pena, no se tiró por sufrimiento. Subió las escaleras con el sonido de un mundo más avanzado llamándola, con la certeza de que en esa vida ya había amado, ya había disfrutado y se sentía agradecida, pero era suficiente. Subió las escaleras llena de esperanza por despertar en ese tiempo y lugar. Ellos creyeron que murió, pero simplemente viajó en el tiempo.

Así que, cuando te cruces con la mirada de una mujer que ama otra, mírala bien, quizá estés viendo unos ojos de otro tiempo, de otro lugar.

La noche

Escucho el bosque que me llama en la oscuridad. Es como un perfume que me embriaga en la noche. No quiero estar aquí. Ojalá viajar en el tiempo a aquellos rituales frente al fuego.
Ven a nosotros, ven a nosotros diosa, ven a nosotros, dios del fuego y el aire, dios de la guerra, dios de la lucha y la caza. Ven a nosotros. Posee nuestros cuerpos con tus espíritus, haznos bailar desesperados, haznos follar como animales. Que los orgasmos sean la banda sonora de esta noche sagrada. Diosa de la fertilidad, haz que los vientres de nuestras mujeres queden preñados.

Ella lo miraba a través del fuego mientras se pintaba el rostro con carbón y sangre. Aquella noche era la noche. Se hacía mujer, concebiría una criatura de su hombre. La cosecha estaba sembrada y era hora de germinar. El fuego crepitaba, la hoguera era cada vez más alta, los tambores vibraban con más intensidad y ella comenzó a girar… Todos callaron, solo ella danzaba. Todos callaron mirándola hipnotizados. Era una ninfa, una hechicera, era una criatura de otro tiempo o, quizá, de ninguno. Su cuerpo giraba y se contorneaba con movimientos que jamás se habían hecho. El pueblo calló mientras ella era instrumento de los dioses, de la magia y la naturaleza. Él se enamoraba cada segundo un poco más. Hasta que algo lo poseyó también y comenzó a girar alrededor del fuego al mismo ritmo que ella. Nunca habían hablado, no hacía falta, solo cruzar las miradas supieron que se pertenecían. Y danzaron, danzaron como locos, saltaron. “Mi diosa de ojos claros. Mi diosa de pelo trenzado. Entrégate esta noche, fertilicemos el mundo, llenémoslo de intensidad y poder. Reguemos los mares con nuestros fluidos, cubramos los bosques con nuestras trenzas, hagamos tornados con nuestros giros, provoquemos tormentas con nuestros gemidos, creemos montañas con nuestras embestidas. Eres deseo y yo instinto, solo quiero pegar mi cuerpo al tuyo, regar los desiertos con tus lágrimas.”

Y giraron tanto que sus cuerpos comenzaron a flotar. Dicen que bailaron por encima del fuego, que el calor consumió sus ropas y desnudos siguieron bailando, girando. Las estrellas brillaron más fuerte y los ancianos del poblado comenzaron sus cánticos sagrados, esos que llevaban siglos sin pronunciar, esos que solo estaban permitidos ofrecer a los dioses. Sus manos se juntaron, sus cuerpos se fundieron y copularon como animales. Allí flotando sobre el fuego. La sangre de su virginidad cayó sobre las rocas y las llenó de flores. Del primer quejido de él nació un acantilado.

Dicen que jamás se vio algo similar. Que la magia cubrió hasta el rincón más recóndito de aquella fría tierra. Y los viejos cantaron. Y ellos bailaron, giraron, enredaron sus cabellos, fundieron sus cuerpos, gimieron con sonidos jamás escuchados... Y la tierra tembló, los animales acudieron a su llamada. El universo entero quiso presenciar la escena

El vampiro

Tenía fuego en los ojos, la miraba con un deseo sin precedentes...

Ella estaba excitada y aterrada. Aquel sótano era realmente inquietante: el suelo de piedra estaba lleno de restos de sangre seca, del techo colgaban grilletes, jaulas... En el centro había una mesa grande de hierro fundido con grilletes. Unas mesas con un montón de cachivaches que no había visto nunca, pero estaba segura de que dolían, dolían mucho.

Lo veía yendo de un lugar a otro, leyendo, escribiendo en un enorme diario viejo y sucio. Él no le echaba cuentas, de vez en cuando la miraba y siempre se daba de lleno con su mirada curiosa.

Era muy curioso, llegó allí creyendo que serviría al señor de aquel castillo: limpiar el orinal y preparar las comidas, lo típico. También tenía asumido que quizá la usase de un modo más sexual en algún momento, ya se sabe cómo son estos nobles... Lo que nunca pensó es que acabaría atada y amordazada en aquel sótano, sirviendo de rata de laboratorio. Pero si algo le sorprendió aún más es el poco miedo que tenía. Era extraño, pero se sintió en casa, se sintió en el momento correcto y el lugar adecuado. Sabía que nada bueno le pasaría allí, sabía que el dolor recorrería su cuerpo, pero estaba emocionada. No es fácil nacer en un pueblo tan remoto, en un momento de la historia humana tan remota. No es que quisiera morir, pero, sentir, lo que se dice sentir, no sentía. Muchos días se preguntaba si su vida tenía alguna importancia, si había algo más grande que debiese hacer. Como si una maldita vocecita le susurrase que ella tenía una misión más importante.

Y ahora estaba allí y sabía que sí, que había algo más emocionante reservado para ella. Quizá no serviría para algo que desde fuera se percibiese como un “bien mayor” pero todo aquello a ella le hacía sentir que había cosas que los humanos no entendemos. Que hay cosas que estamos destinados a hacer que no podemos ni imaginar...

Él se acercó, le soltó las esposas de la cadena del techo. Ella cerró los ojos cuando aquel malvado hombre tuvo que acercarse un poco. Inspiró profundo absorbiendo los aromas de su piel. Olía dulce, olía fresco y floral. Olía a muerte y olía a vida.

Mientras la conducía a la mesa le daba vueltas a la extraña sensación que le provocaba aquella muchachilla. A él que no sentía nada por

nadie aquella chica le despertaba una curiosidad emocional. Eso lo inquietaba. A él solo le gustaba explorar los cuerpos, satisfacer sus necesidades científicas. La ató a la mesa y le quitó la mordaza.

–Te dolerá, puedes gritar. Abandona la esperanza, no saldrás viva de esta –le dijo. Ella asintió mirándolo a los ojos, como si le hubiese dicho la manera en que le gusta que le sirva el té.

Mientras preparaba los utensilios de espaldas a la chica escuchó una vocecilla que preguntaba "¿Por qué?" Pero no era un "por qué" de súplica o impotencia, era realmente un "por qué" de querer saber, de fascinación... Nadie le había preguntado así nunca, con nadie había compartido sus inquietudes. No pudo resistirlo.

–Te concederé tu último deseo pues me parece el más acertado: el deseo del conocimiento que alberga cualquier situación, incluso la de tu muerte. No soy un hombre malo, simplemente sigo mis impulsos ávidos de descubrimiento. Otros los reprimirían en pos de la ética y la decencia. Yo hace mucho que dejé de debatirme con eso. Así que experimento con personas buscando la manera de encontrar una cura para la muerte. No soporto la idea de no vencerla, no soporto la idea de que todo acabe escapando de mi control. Algo ha de haber, alguna sustancia corporal que nos mantiene vivos, que pueda tomar, reponer cuando la mía se vaya agotando. Un elixir que te mantenga siempre joven, siempre fuerte, siempre vivo. Así que primero pincharé todo tu cuerpo, haré cortes en distintos lugares por si emana de ellos alguna sustancia distinta, ese elixir. Si no lo encuentro, pincharé tu yugular y beberé tu sangre con la esperanza de que sea más que suficiente para mantenerme vivo.

Sonaba aterrador, pero a ella le pareció hermoso. Finalmente, su vida valía más que para limpiar orines y suelos sucios. A alguien le parecía tan interesante como para querer investigarla, alguien consideraba que podría contener el mítico elixir de la eterna juventud.

El primer corte llegó, dolió. El segundo y tercero la alejaron de su cuerpo. Era como si su alma se hubiese salido para no sufrir más de lo necesario. Desde allí la escena le parecía mágica, mística, erótica... Él seguía y seguía pinchando, cortando, buscando... Ella notaba cada vez menos su cuerpo, la vida. La iba abandonando. Estaba aturdida, parpadeaba con lentitud. Él estaba desconcertado, aquella joven casi no había gritado. Tratar con ella lo había hecho sentir diferente, más vivo, más consciente... Estaba emocionado, excitado.

Se acercó a su cara, rodeó su cabeza con el brazo para estar más cerca de ella. Los ojos a la misma altura, notando la frialdad de un cuerpo que empieza a estar más muerto que vivo.

–¿Qué me has hecho chiquilla? –le dijo con una ternura nunca vista en él–. Creo que te he encontrado, tú eres el elixir. Sí, por fin lo encontré. Me has hecho sentir más grande, más fuerte, más hermoso, más dios y menos humano. ¿Qué hago ahora? No quiero matarte, criatura. Pero ese era el origen de todo esto, el fin por el que he hecho todo lo que he hecho. Si te dejo viva nada tendrá sentido...

Ella esbozó una leve sonrisa, mantuvo como pudo los ojos abiertos para mirarlo directamente.

–Ay mi querido conde, puedes matar mi cuerpo, pero jamás matarás mi alma. Ese es mi secreto, ese es el elixir. Tú me has hecho verlo, gracias a este dolor, a este asesinato lento, lo he visto. No te guardo rencor, no te odio, al revés, te amo por ello. Me has enseñado lo grande que soy, he visto mi poder. Y ahora yo, en agradecimiento, te haré eterno. Encarnaré una y mil veces para contar en cada vida una historia sobre ti. Que todos conozcan tu leyenda, que todos te teman mientras te aman. Que sepan que tu mordisco encierra un orgasmo, ese que te conecta con la verdad de la vida, la verdad de la muerte. Tú vagarás por los siglos buscándome, persiguiéndome, tratando de volver a verme, de volver a sentirme. Ese es tu elixir, esa búsqueda te mantendrá vivo, te hará inmortal. Mátame, no te dejes llevar por las apariencias, ahora no. Sólo te pediré una cosa, no uses una herramienta con mi yugular, muérdeme, usa tus dientes. Déjame que te sienta cerca, que no se me olvide esto que me haces sentir. Quiero notar el calor de tu aliento, regálamelo, aunque luego te vuelvas frío –habló en un susurro.

Él no pudo hacer otra cosa que mirarla lleno de amor y obedecer. Mordió su yugular, le entregó su calor. Mientras lo hacía supo que jamás volvería a verse en un espejo, ella lo había transformado, lo había vuelto etéreo. Notó cómo la chica se estremecía y gemía, él también se excitaba, tanto que no notaba sus pies en el suelo. Bebió su sangre que sabía a vino dulce, la notó entrar en él, habitarlo, insuflar su corazón de búsqueda.

Nadie volvió a verlo, dicen que jamás volvió a soportar la luz del sol por recordarle a aquella muchacha de cabellos dorados. Le ardía el saberse lejos de ella.

La niña

Había una vez en un pequeño pueblo una pequeña niña que cada mañana se levantaba de un brinco. Con su cestita recorría las calles de aquella villa dando saltitos alegre y vivaz. Era la inocencia personificada. Cada mañana iba al bosque a recoger bayas, las frambuesas eran sus favoritas.

Cierto día se encontró al demonio en el bosque tras una zarza. La niña no se asustó, se limitó a seguir recogiendo sus frambuesas.

–Querida niña –le dijo el demonio– ¿Ves cómo te gustan las frambuesas? Yo puedo hacer que se multiplique por infinito el placer que experimentas al comer una. Sólo has de darme permiso.

La niña se quedó mirándolo fijamente unos instantes

– Vale –terminó diciendo mientras se encogía de hombros y se ponía a buscar la frambuesa más grande y sonrosada que hubiese recolectado.

Una vez encontró la adecuada la dirigió a su pequeña e inocente boca. Al morderla algo más grande que ella explotó. Se vio en otro mundo, en otra dimensión, en un lugar en el que ya no era niña, tampoco persona, solo era. Bailaba, vibraba, sentía cómo unas lenguas de luz salían de cada uno de sus recovecos. Una tensión muy fuerte la invadió, se sintió contracción, se sintió limitada y dura. Pero en solo un instante la contracción se soltó y se convirtió en expansión. La niña bailó, explotó de éxtasis, la niña se meció, se sintió dulzura y contundencia a la vez. Se sintió grande y poderosa. Se sintió fuego que no quema. La niña danzó una y otra vez. Se sintió luna y estrellas. No había nada a su alrededor y lo había todo. Finalmente se sintió descender de esa dimensión mientras la frambuesa también descendía por su garganta. Los pies tocaron lentamente el suelo o es lo que ella sintió. Hasta que finalmente abrió los ojos y se volvió a ver en el bosque ante el mismísimo demonio.

La niña lo miró directamente a los ojos, sonrió con dulzura y volvió a coger frambuesas.
El demonio se sorprendió.

–¡Pero bueno! Niña tonta ¿No me dices nada? Ahora eres mía, ya me has aceptado, ahora puedo hacer contigo lo que se me antoje. ¿Lo sabías al aceptar mi proposición?

–Sí –contestó la niña sin dejar su tarea.

–¿Y te dio igual? ¿Acaso no te habían advertido sobre mí? ¿No te dijeron que soy un mentiroso?

–Sí, mi abuela, mi madre, las vecinas, el párroco me advirtió

–¿Entonces? ¿Acaso no los escuchaste?

–Sí, lo hice. Por eso acepté rápido y sin duda alguna. Porque también sabía que Dios nunca te abandona, que está en todo, así que también está en ti. Si el demonio te dice que es el demonio no has de creerlo. Es un mentiroso, ya sabes. Y lo que me has hecho sentir lo demuestra.

Dios no pudo más que rendirse a aquella pequeña niña, quitarse su disfraz y decirle:

–Siempre estaré contigo, siempre cuidaré de ti, nada te faltará, todo se te será dado. Desde hoy saborearás la vida entera como si de esa frambuesa se tratase, porque me has visto y no te has dejado engañar.

La niña sonrió tierna de nuevo.

–Siempre supe que estabas conmigo.

La estatua

La estatua era una talla de piedra antigua y tosca, como la que creaban en la prehistoria a golpes. Representaba a una mujercilla con los pechos rebosantes y el vientre abultado. Una mujer embarazada.

Los tres hombres se acercaron a ella como hipnotizados, no eran sus formas redondas, no era el material, era algo que no podían explicar, pero se sentían irremediablemente atraídos por ella.

Comenzaron a tocarla. A saber, cuántos años llevaba escondida en aquella cueva. Cuántos miles de años había pasado sin que nadie posase sus ojos en ella. Pero los hombres no podían pensar ahora en conservación, prudencia o moral, solo querían tocarla. Posaron sus manos en la fría piedra, acariciaron sus pechos con deseo, apretaban sus muslos como si fuesen carne, rozaban la barriga extasiados.

Los movimientos e intenciones se tornaron sexuales, sentían lujuria por una estatua inerte. Querían poseerla allí mismo, que se volviese humana y cálida, que desprendiese olor, que tuviese sabor, que gimiese con sus roces, que les devolviera la mirada, que humedeciese sus dedos. Deseaban poder acercar sus bocas a esos pezones erguidos y amamantarse durante horas. Alimentarse de ella.

Qué extraño y superficial parecía todo aquello. Ninguno dijo nada, solo querían estar allí con ella. En algún momento lo carnal se volvió sagrado, no sabían por qué y nunca lo averiguarían, pero hacían movimientos más propios del ritual que de la lujuria. Aquella estatua no tenía las medidas ni el estándar de lo que se consideraba bello en sus épocas. No había cintura de avispa, ni un vientre atractivo… Era una mujer preñada, pero a ellos los tenía extasiados y atrapados en sus formas. No hablaban entre ellos hasta que alguno dijo lo hermosa que le parecía.

–Sí, es preciosa –contestó otro.

–Es una diosa –concluyó el tercero, dando sin querer con la clave de todo aquel extraño comportamiento.

Estaban ante la concreción de la magia, ante la fuerza de la creación, la fertilidad, la vida. Estaban extasiados por el poder de la luna y las mareas, el discurrir de la energía. Estaban ante el misterio del universo. Una fuerza femenina capaz de entregarse para crear, dejarse invadir para abrir paso a la vida, capaz de comprender que el poder

está más en dar que en recibir. Y allí estaba esa figura de mujer, quieta entre las manos de los tres hombres, esos que se creían poseedores de ella solo por haberla descubierto. Sin saber que ellos le pertenecían más a ella, no se estaban dando cuenta de lo profundo que ella les estaba llegando. Que su deseo sexual venía de su instinto, de sus ancestros, que era una herencia antigua e histórica de cuando se veneraba y ritualizaba el poder femenino. No se estaban dando cuenta de lo hermosa que de repente les parecía la maternidad. No se percataban de toda la importancia que ellos le estaban dando. Solo se dejaban llevar y en ese dejarse llevar estaban venerando algo que en aquella época ya no se veneraba.

–Ojalá se hiciese carne –se decían–. Ojalá nos devolviese la mirada y los abrazos, ojalá nos acurrucara y nos besase, ojalá pudiésemos derramarnos en ella.

Los hombres siguieron con su ritual inconsciente hasta que estuvieron agotados. Cayeron dormidos a los pies de la diosa y tuvieron sueños extraños, sueños en los que los espíritus de sus ancestros les contaban sus verdades, su verdadera naturaleza.

Los tres la deseaban, cada una a su manera.

Solo uno despertó a media noche, solo uno se arrodilló ante la estatua y comenzó a rogar.

–Vuélvete humana, te lo ruego. Hazte carne. Necesito tus manos en mi rostro. Vuélvete humana por favor. Déjame tumbarme sobre tu pecho, déjame ser la semilla que germina en ti, déjame formar parte de esa magia extraña que emanas. Vuélvete humana, un poco al menos. Yo te amo, te deseo y te quiero, no te lo voy a negar, déjame tenerte. Entrégate te lo suplico. Un poco humana, solo un poco, mantén la frialdad de la piedra en tu piel, yo te la calentaré, yo te arroparé. Pero déjame adentrarme en tus entrañas, que son las entrañas de la propia vida, de la tierra, de la naturaleza. Sé mi diosa, déjame adorarte con todo mi cuerpo, déjame besarte y morderte. Haré todos los rituales que hagan falta.

El hombre estaba como extasiado, ido, poseído por algo. De rodillas pasaba sus manos una y otra vez por el abultado vientre de la estatua. Hacía movimientos circulares y exagerados.

–Hazte humana por favor, deja que la sangre haga surcos por tu piedra, que riegue tus formas. Te lo suplico. No sé salir de esta cueva

sin ti, no puedo y no quiero exhibirte al mundo, cuántos comprenderían tu magia y tu profundidad como yo la estoy sintiendo. Por favor, hazte humana, aunque sea solo un poco, rodéame con tus brazos, bésame la frente.

Las lágrimas comenzaron a rodar por sus mejillas mientras caía rendido apoyando las manos en el frío suelo y agachando la cabeza… Lloró mientras sus compañeros aún dormían, aún soñaban. Lloró desde lo más profundo de él, angustiado por el milagro que pedía.

–Luna, hazla humana, universo, vida, magia… Hacédmela humana, dadme el privilegio de proteger todo eso que hay en ella. Dadme el privilegio de saborear todo ese misterio que esconden sus curvas. Hacedme digno de su fertilidad y belleza.

Las horas pasaron, la luz de la luna iba dando paso a los cálidos rayos de sol que se colaban entre las grietas de la cueva.

El hombre estaba exhausto, agotado… Tan abatido que tardó unos segundos en darse cuenta de que unas pequeñas y frías manos acariciaban su cabeza. Levantó la mirada y se encontró con una sonrisa suave y tierna, se encontró unos pechos rosados y un vientre abultado que ahora se movía.

Los cuatro salieron de aquella cueva. Ella los amaba a todos y se sentía querida por todos, pero solo uno había obrado el milagro, solo en uno vio la magia complementaria que necesitaba para encarnar, para dejar de ser una fría estatua y comenzar a vivir.

Una historia de Navidad

Viene, ya viene, con paso lento a través de la noche, la pequeña bestia. Esa que la sostiene sobre su lomo. Más rápido no puede ir. Es ya mula vieja. Le cuesta avanzar con el peso de dos vidas encima. Y qué vidas, casi puede notar el peso de la magia en su anciana espalda.

Viene, ya viene, el buen hombre que tira de las riendas, con paso lento, el más lento que puede. Sabe que el animal no puede más, pero la preocupación acecha, le enturbia la cabeza. El ruido de saberse sin cobijo en la noche más importante, lo aturde. Mira al cielo, busca respuesta, paz entre las estrellas. Y lo encuentra, siempre lo encuentra. En ese universo consiguió viajar, consiguió sentir el avance del mundo, absorbió el conocimiento, la apertura mental de los hombres de un tiempo más lejano. Se supo un hombre atemporal, una noche, mirando las estrellas. No lo sabía, pero eso lo había convertido en el elegido, en la persona capaz de asumir todo lo que iba a suceder en su vida. Un hombre capaz de ver el amor en el vientre de una mujer, aunque no fuese suyo el hijo que lo abulta. Un hombre capaz de asumir que las bendiciones vienen de las maneras más inesperadas, incluso disfrazadas de actos oscuros...

Viene, ya viene, en paz, serena, respirando profundo a cada contracción. Orando en silencio por no pasar ni un segundo de todo aquello sin sentir a Dios. El vientre se le endurece, el dolor salvaje de cada contracción la conecta con su naturaleza femenina, siente a todas las mujeres parientes de la historia, siente el dolor de todas las mujeres en cada contracción. Pero no es horrible, es mágico, le hace sentirse madre, madre de todas y cada una de ellas, madre de los hombres que las acompañan, de los hijos que parirán... Ella que nunca ha sido madre, ella que es primeriza, pero no se siente como tal. Ella que lloró. Ella que hubo un momento en el que se preguntó qué sería de ella. Que se preguntó si estaría condenada a vivir sin amor. Que, rogando al cielo, suplicó claridad y guía. Ella que de rodillas ante la ventana se sintió caer, se sintió romper. La noche oscura del alma la llamarían en otro tiempo. El sabor, el olor del llanto más profundo en ella... Y de repente silencio, paz, serenidad. La confianza había llegado, una voz le hablaba, una voz interna y profunda. Una voz que le mostraba todo el amor que recibiría, el amor que crearía, el amor que portaba en su útero. Sin pecado concebido, porque supo que el pecado no existía, que el pecado era creer que algo podría ir mal, el pecado era creer que no estaba protegida, asistida en cada momento. El sonido de un mundo imperceptible a los ojos la inundó. Los susurros viajeros de las millones de oraciones que la nombraban la

sostuvieron, la invitaron a descansar en Dios.

Viene, ya viene, la hora se acerca. En el suelo frío y duro, entre bestias, los gritos y empujones de la mujer se combinan con los mugidos del buey. Él la acompaña en silencio, no puede hacer mucho más, sabe que no debe hacer mucho más. Ella sabe, vaya si sabe, tiene la sabiduría del mundo en sus células, la humildad del cielo en sus ojos, el amor en sus entrañas... Suda, jadea, se pone a cuatro patas. Se siente salvaje, animal, se siente vibrar, se siente viva, se siente divina. Empuja con todas sus ganas, qué conexión con ese niño que ella ve como hombre. Más que su hijo lo ve compañero. Qué hermoso Ser, ese que está a punto de venir. Se siente al margen del mundo, se siente flotando en el universo, se siente en el regazo de Dios. Empuja y empuja con los ojos cerrados, apretados, es consciente de la oscuridad del mundo, de esas almas atormentadas, de esos pobres que se creen impuros y solos, esos que se distancian de la misericordia divina, que ven en Dios un castigador, que creen que amar es fustigar... Es consciente de las oscuridades, pero ve cómo de entre sus piernas una luz va apareciendo: la luz del mundo para el mundo. Una luz que ella ha creado, que no es ella y a la vez sí. Se siente alquimista transformando el plomo en oro, dando a luz, dando luz. El regalo de Dios a los hombres.

Viene, ya viene, el destino de la humanidad viene. La luz, siempre es la luz. El ejemplo de que se pueden obrar milagros si te abandonas en Dios, si te rindes al poder de confiar, el poder de la consciencia. El ejemplo de que en cualquier circunstancia se puede creer, se puede alumbrar, se puede resucitar... Viene, ya viene...

El rey del bosque

Toma entre tus manos este hechizo que hoy te ofrezco. Las aguas se separarán a tu paso, mis piernas se separarán a tu paso...

Toma mi amor, te otorgo la magia más poderosa que tengo: la de mi amor, la de la luz de mi alma que tilila en mi corazón por ti. Quién podría entender esta locura. Toma mi amor, te doy todo lo que tengo, al menos todo lo de valor...

Mis libros de hechizos no son nada sin mi voz. Las gemas se desharán en cuanto salgan de mi choza. Mi escoba no vuela si no soy yo la que me subo en ella. Mi cuerpo no da placer si no eres tú el que lo toca. Lo supe en solo una caricia, aquel día que nos encontramos en el bosque: Tú me miraste, quieto, callado, no te asustaste, no viste peligro en mí. Eso sí me extrañó, sí me cautivó. Y qué ojos, negros, grandes y profundos que me despojaron de ropa, de carne y huesos. Me sentí flotar, me sentí ir...

Y qué belleza bailar juntos entre las nubes. Como dos seres sin diferencia, sin forma, especie o color... Qué belleza nuestro canto al sol, qué belleza nuestro sexo en la Luna... Qué belleza tú, qué belleza yo, qué belleza los dos...

¿Qué me has hecho, mi rey del bosque? ¿Qué le has hecho a esta pobre hechicera que añora vagar sola entre los árboles buscando bayas y raíces? Vagar sin ganas de un nuevo reencuentro. Que añora la soledad de un corazón que no ama, que está frío, duro... Pero no duele.

A esto se referían las muchachas del pueblo, a este ardor en el pecho. Ese que te hace ignorar la naturaleza del hombre al que amas, sin importar si es más animal que divino, más divino que animal. A esto se referían las viejas del pueblo que advertían de esa magia poderosa que te atrapa y ya no te suelta, que te hace romper todas las reglas establecidas. Te hace olvidar quién eres, quién es, te hace ignorar tu nombre y el de él. Qué importa ya, si os habéis volado, si ya habéis roto los esquemas, si ya habéis dejado de lado al cuerpo. Si ya habéis corrido, galopado, entre las estrellas, si ya habéis jugado como dos seres cósmicos en el universo. Si habéis sentido la velocidad en vuestro rostro, juntos. Si habéis reído ajenos a cualquier ley de la lógica y la razón.

Toma mi Amor, toma mi hechizo, toma mi rey, tómalo entero. Viajará

por el bosque hasta encontrarte, te hará venir hasta mi puerta. Volveremos a amarnos, a sentirnos, a volarnos. Volveremos a estallar en mil pedazos, en este orgasmo universal que conseguimos juntos. Volveremos a mirarnos, a sentirnos, sin miedo, sin separación. Yo dejaré de ser la hechicera de este bosque, tú dejarás de ser su rey. Yo me subiré sobre tu lomo, me agarraré a tu cornamenta, galoparás con todas tus ganas por entre los árboles. Al llegar al precipicio no frenarás, no hará falta, porque seguirás galopando por encima de las nubes, ascendiendo juntos, en armonía y conjunción. Cómo gozaremos mi amor. No hablas, pero lo dices todo, no hace falta que lo hagas, sé que casi me amas más que yo a ti. Desapareceremos, todos se preguntarán por qué mi casa está vacía, por qué me fui sin llevarme nada, con el fuego encendido. Se preguntarán por qué nadie ha vuelto a ver a ese enorme ciervo que tanto persiguen los cazadores...

Ando ensimismada en la alegría de mi decisión que me lleva a tu lado por la eternidad, cuando un disparo suena. Y lo sé, no hace falta comprobar nada. Lo sé. Voy por ti mi amor, espérame, corro lo más rápido que puedo, no me dejes, amor mío, no me dejes mi rey, quiero estar contigo, quiero estar a tu lado. No puedo ni odiar al que disparó, cómo hacerlo si solo siento mi corazón rompiéndose en mil pedazos, si solo siento las lágrimas cortando mis mejillas como cristal. No me dejes, espérame, solo un minuto más, solo un segundo más. No dejaré que te lleven, no dejaré que te exhiban como un trofeo, no dejaré que separen tu cabeza del cuerpo. Espera, resiste un poco, aguanta. Ya te siento, ya te noto cerca...

Dicen que los cazadores se quedaron petrificados al ver salir del bosque a una mujercilla con la cara ensangrentada por los cortes que las ramas le hicieron al correr. Fue tan rápido que casi se podría decir que fue una aparición, algo que no estaba y de repente sí. No saben qué tenía aquella muchacha, pero no se atrevieron a frenarla al verla acercarse a su hermoso trofeo, ese que tantos años habían perseguido.

Dicen que se abrazó al animal, casi se podría decir que se fundió a él. Todo tenía una luz distinta, un sonido diferente. Los cazadores hubiesen querido salir corriendo, pero no podían, estaban hechizados, embrujados por la belleza y lo desconcertante de la escena. Notaron un temblor en el suelo, una vibración. De la tierra emergieron unas raíces que rodearon a los amantes, los fueron invadiendo, cubriendo. Desde sus piernas, sus patas, hasta taparlos por completo. La vibración cesó. Allí quedó la escultura de madera irrompible, más dura que las rocas.

El bosque, fue el bosque. Los había visto encontrarse. Notó que su trotar era distinto desde que la conoció. La escuchó entonar cancioncillas del corazón tras su primer encuentro. El bosque reaccionó, no podía quedarse al margen. El bosque se rebeló, mostró su movimiento transformador, mostró su vida, su compasión, su lado más defensivo. Era su Rey, era su Reina, debía proteger ese otro Amor.

Nadie volvió a cazar ciervos en aquella zona, ninguna otra bruja llegó a aquel poblado.

Algunas viejas cuentan que nunca debes mirar a un ciervo a los ojos o te consumirá la misma locura que a aquella chica. Otras dicen que las brujas son demoníacas por yacer con animales. Las más acertadas dicen que si paseas por el bosque de noche, en silencio, puedes escuchar los cascos del Rey Bestia y la risa más pura de su reina, esa con la que galopa sobre su lomo por toda la eternidad.

Te he visto crecer

Te he visto crecer. Te vi de niña jugando en el jardín, manchando tus rodillas de verdor, con tu pelo alborotado. Y te amé, te amé en silencio observándote callado. Te vi dar vueltas sobre ti misma, descalza y te amé. Te vi reír a carcajadas y noté la tristeza en tu mirada. Una pena honda que ni tu cabello rubio, resplandeciente, podía ocultar. Te vi, te amé y no dije nada.

Te vi crecer, el pelo aún más largo, te vi leer tus libros tan cerca de mí. A mi sombra te sentí tan cerca. Vi cómo llorabas desconsolada, te vi, te amé y no dije nada. No podía, espero que lo entiendas. No te dije nada, pero te comprendí. Supe que te sentías fuera de tu mundo, que todo te parecía extraño y aterrador. Supe que no te comprendían, que nadie podía entenderte. Yo sí, yo sí te comprendí, pero no dije nada. Espero que lo entiendas, no podía…

Te vi hecha toda una mujer con la belleza rebosando, con las pecas en su pleno esplendor y la mirada en su plena tristeza. Te vi, te amé y no dije nada. No podía, mi amor, no podía.

Y yo te entiendo, entiendo cómo te alivia el dolor al autolesionarte. Sí, he visto tus brazos y piernas llenas de heridas. Y te entiendo porque es el mismo alivio que siento cuando cortan mis ramas, cuando la savia corre por mis heridas. En ese momento te siento cerca, imagino que compartimos la misma sensación, al menos eso. Y entiendo que odies tu hermoso cuerpo, al igual que yo odio mi fuerte y ancestral tronco. Como odio mis raíces que me mantienen vivo pero anclado al suelo, que no me dejan ir a jugar contigo, que no me dejan ir a consolarte. Te apoyas en mí, siento tu espalda, la saboreo y agradezco al viento que mueva mis largas hojas, que me hacen creer que son dedos con los que acariciarte. Porque me siento atrapado en la magia de mi especie, esa impasible al tiempo, esa que me hace sobrevivirte. Que me hace quieto, callado y robusto. Esa que hace que sea sólo un sauce. Un sauce que llora porque no es de este mundo, porque no se siente árbol, porque no puede emitir sonido. Que no puede comunicarse con aquella a la que ama, con aquella con la que comparte sufrimiento. Porque no hay amor más puro que el de un sauce llorón y un hada triste. No hay unión más mágica e imposible.

Quiero gritarte, la savia me hierve al no poder gritarte que te amo. Que quiero que te quedes a vivir entre mis ramas. Que quiero que juegues cada día con mis hojas. Que te dejes acariciar por ellas, que bebas mi savia y te rasguñes con mi corteza. Sí mi amor, quédate a mi

lado. Yo seré tu refugio, yo escucharé tu canto, yo seré tu soporte. Quiero ser suficiente para ti, quiero que anides en mi madera, que enredes tu pelo en mis nudos… Ámame, ámame te lo suplico, sé el hada que habita en este viejo sauce llorón…

Y te vi venir aquella noche. Te vi venir con tu paso lánguido y tu camisón blanco. Te vi quitártelo ante mí. Quise gritar, quise darte lo que necesitabas, grité y grité, pero no me oíste. La cuerda en mi rama dolió más que cualquier poda. Deseé que me hubiesen cortado tiempo atrás, deseé que aquella helada hubiese acabado conmigo en mi juventud cuando no era más que un palo endeble. Deseé que aquella semilla que fui, jamás hubiese florecido. Porque ahora tengo que ver tu cuerpo colgando inerte de mí, tengo que ver tu cuello roto y tu mirada vacía. Tu mirada que ya no es triste, que ya no es mirada. Deseé no haber existido por no vivir eternamente con el recuerdo de tu balanceo, por no tener que cargar ahora con mi pena y la tuya. Y lo peor es que tengo mucho tiempo para pensar en si pude hacer algo, en si pude rogar más fuerte a la Madre Naturaleza para que me diese voz. En si pude suplicarle más fuerte que mi rama fuese menos fuerte, que hubiese estado más seca para no soportar el peso de tu liviano cuerpo. Que se hubiese partido ella para no ver partido ahora mi corazón.

Y aunque el dolor es horrible algún consuelo me queda, el consuelo de que al menos ahora habitas en mí, al menos siento tu pena correr por mi madera. Al fin el hada de este viejo sauce lo habita. Porque, no sé dónde habrás ido, pero yo te siento aquí conmigo. Es una presencia que duele, que asusta. Una presencia que algunas noches visualizo rondándome, que a veces visualizo saltando entre mis ramas feliz. Feliz como nunca fuiste…

Y yo solo soy un viejo y estúpido sauce llorón. Un tonto que creyó que podía luchar por ser lo que no es, contra su propia naturaleza. Que creyó que el amor podría con la evidencia, que creyó que podía salvarte, que podía salvarse…

Pero nadie nos entiende, nadie nos entendió, ni siquiera nosotros mismos… Y por eso nos marchitamos. Porque soy un sauce llorón. Sí, esa especie de sauce que debe su nombre a las lágrimas que derrama, aunque nadie pueda verlo. Porque nací para ser tristemente habitado por un hada triste. Y encima he de sentirme afortunado porque este dolor es lo que más se acerca a la humanidad, esa que deseé cuando aún estabas viva:

Deseé unos brazos, no ramas, unos brazos con los que abrazarte, con

los que llenarte de vida. Deseé unos labios para besar tu frente gacha. Deseé una lengua para susurrar que te amo. Y sí, deseé un miembro con la que meterme entre tus piernas, con el que llevarte al éxtasis. Ese éxtasis de renacimiento que te hiciese suspirar como si al fin entrase aire en tus pulmones…

Pero esa transformación no se dio por mucho que oré y he de aceptarlo. Sí, he de hacerlo: Sólo soy un triste sauce llorón que ya no tiene otra cosa que hacer que llorar, llorarte…

Lunáticos

Cuenta la leyenda que, en uno de los momentos más duros de la historia del hombre, la Luna no pudo mantenerse al margen. Estaba todo tan oscuro... Las almas sufrían demasiado por creerse solo humanas, por creerse solo carne y hueso. Creyó que debía aportar algo de luz. Se despojó de parte de su poder, se dividió en trocitos de luz que repartió por el mundo. Así nacieron los lunáticos, almas que venían de un lugar distinto. Hijos de la Luna, no de la Tierra…

Esas almas se unieron a otras comenzando así una raza de mestizos, personas con sangre de luna y tierra. Y dieron luz al mundo, ayudaron… pero cargaron con una dura condena.

Hay personas que se sienten del mundo, pero a la vez de otro lugar. Personas a las que les cuesta estar aquí. Sueñan con otro hogar, uno más brillante, uno con mucha más luz. Hay personas a las que vivir les duele. Suelen estar llenos de talentos, personas con un carisma alucinante. Personas mágicas para los demás pero que cargan con el duro fardo de la sangre lunar. Que les hierve en luna llena. Que les hace tener que esforzarse el doble para mantenerse aquí, en la tierra, esta que también es hogar, pero no el único lugar.

Y se mecen mientras lloran, el nudo es casi constante en sus gargantas. Saben que deben estar aquí pero no quieren estar. Hay algo que separa sus pies del suelo, que los aleja del mundo, que los hace verlo desde una perspectiva lejana. Les falta conexión con esta tierra, con esta vida. Ruegan a su madre que les explique por qué los condenó de esa manera, por qué los creó, si les cuesta sentirse parte de este mundo al que los envió. Si se sienten extranjeros en su planeta. Si los miran mal, si muchos los tratan de locos. Y es que a veces se sienten así…

¿Por qué madre? ¿Por qué nos hiciste sentir de otra manera? ¿Por qué nos dotaste de sensibilidad? ¿Por qué si sabías que nos costaría vivir, si sabías que nos dolería, si sabías que muchos optarían por acabar con todo? ¿Por qué nos hiciste pasar por esto? ¿Por qué si sabías que también seríamos diana de la maldad y la consciencia humana? ¿Por qué nos condenaste a ser eternos luchadores, esos que tienen que levantarse y pelear por no desahuciarse de la vida un día más? ¿Por qué madre?

Nos diste un don que a la vez es maldición. Veo a mis hermanos caer, ahorcarse, acabar con sus vidas por no poder aceptar quiénes son, de

dónde vienen, a qué vienen. Y yo no soy así, yo soy capaz de valorar mi misión, puedo ver su hermosura, pero eso no hace que sea menos duro ¿Quién puede entenderme? ¿Quién cree en mis cuentos? Nos has condenado a la soledad interna. Nos has condenado a tener una parte muda que quiere expresarse, pero no puede. Nos has dado un idioma que no tiene traducción…

Yo soy fuerte, soy capaz de esperar a que la muerte me venga sola. Cumpliré la misión que me diste, seré una mestiza orgullosa. Pero te reconozco que mandaste a tus hijos a sufrir, a sentirse aislados, forasteros... Nos condenaste a ser lunáticos.

III

Si pensamos en el día a día de una bruja nos vendrán a la mente escenas muy concretas. La veremos preparando pociones frente a su caldero, recolectando hierbas, bailando alrededor del fuego... Pero lo que más me sorprendió de Merula es lo mucho que se parecía a mí. Tenía hijas, esposo y tenía una vida cotidiana como podemos tener cualquiera de nosotros.

“La magia no está en las escenas romantizadas de brujas antiguas y de cuento. La magia no está en los rituales de luz de luna. No está en los ungüentos ni pócimas... La magia más poderosa se manifiesta de forma suave, sutil. Es la manera en la que vivimos las cosas, la intención que ponemos en cada acción. No es más mágico encender una vela que preparar un zumo.

No debemos separar las cosas mágicas de las no mágicas. Pues un principio inamovible de la Luz es la Unidad, sin ella no hay magia que funcione. Se pueden crear flashes, atisbos de magia, pero nunca la magia. Pues la magia es la suma de tus instantes. No eres más bruja por encender más velas, saber más pócimas o encantamientos. Eres más bruja cuanto más sepas impregnar cualquier momento de magia, verla en cada instante: en la reunión del cole, frente a una pantalla de ordenador, presentando papeles, comprando papel higiénico... Escúchame bien, hay que tener mucho cuidado con eso. Quien se aferra a los tópicos, quien sólo se siente bruja o brujo cuando hace esos rituales más evidentes, corre el riesgo de crear un personaje. De que sea su ego el que se beneficie de esos momentos y le haga olvidar la esencia. Se despiste de la magia auténtica que no es más que la Luz con la que todos nacemos y que se manifiesta siempre y exclusivamente desde la autenticidad. Y no es cosa nimia, un mensaje o un encantamiento hecho desde el ego, corre el riesgo de perder toda su eficacia.

Así que no creas que una bruja es solo una vieja que vive en el bosque o una chica desnuda que danza bajo la Luna. Eso es solo una parte de lo que es una bruja. Una bruja se adapta a los tiempos y puede que en vez de un caldero tenga una Thermomix. Que, en vez de triturar con piedras los ingredientes, use la batidora. Puede que, en vez de danzar en mitad del bosque, lo haga con sus amigos poniendo música en YouTube. Puede que, en vez de barnizar su escoba voladora, lleve su coche al taller. Y puede hacerlo todo y, en todo momento, será igual de bruja. Las brujas son brujas desde antes de que existiese fuego para

calentar sus potingues, hasta cuando es la electricidad lo que los caldea. Las brujas saben que el tiempo no existe, así que lo son siempre, en cualquier momento y lugar”

No cabe duda de que Merula rompía mis esquemas y me fascinaba cuanto más la conocía. Personalmente, sus relatos sobre su día a día más cotidiano, eran mis favoritos.

La casa

–Mamá, tengo miedo –era la hora de dormir, pero ella no podía.

–¿A qué tienes miedo mi niña? Esos monstruos que imaginas no existen, ese mundo oculto sólo está en tu imaginación.

–No puedo mamá, algo me dice que sí existe, que las brujas están aquí rondándome cerca.

La madre se dio cuenta de que por mucho que la hubiese alejado de aquello en un intento de protegerla hasta que fuese mayor, no podía alejarla de su propio saber, no podía alejarla de su esencia. Esa noche decidió contarle sus secretos, dejar de sobreprotegerla, estaba siendo contraproducente…

«Mi niña, cuando estés en esta casa no debes tener miedo, nada debe asustarte y es que… ¿Quieres que te cuente un secreto? Esta casa es mágica. Cuando tus abuelos llegaron a este lugar no había más que tierra y almendros, esta fue la primera casa que se construyó en esta zona. Al principio, como todas las casas, era ladrillo y cemento, nada especial. Pero entonces entramos a vivir en ella. En esta casa yo crecí. Crecí rodeada de gente especial, personas mágicas que se reunían en el sótano a meditar, a descubrir juntos la magia. Ese sótano está impregnado de mantras, de cirios poderosos, de incienso y cuarzos. Esa magia fue extendiéndose por los muros, por las escaleras... Porque la energía no puede retenerse, la energía crece y crece. De eso hace mucho tiempo, pero esta casa ya nunca perderá su poder mientras nosotras lo mantengamos. Esta casa ya es un ser, es un ente que tiene vida. Esta casa ha sido sanación en tiempos de cáncer, ha sido luminosa en tiempos de juegos infantiles. Esta casa te cobija siempre que estés triste. Esta casa ha sido mi mundo cuando yo sentía que no pertenecía al mundo. Esta casa se ha roto cuando nosotras estábamos rotas. En sus paredes los cuarzos creaban arcoíris las mañanas de domingo, en su suelo las huellas de los pies descalzos han quedado tatuadas. Esta casa es mágica y puede decirlo todo aquel que la pisa. Transmite libertad, paz... Esta casa da sueño y te invita a quitarte la ropa, a fundirte con la tierra, con el agua. Esta casa abraza a todo aquel que llega perdido, todos aquí tienen una misión, hasta los animales que la habitan. Siempre hay un gato en la ventana y algún perro guardián en la puerta. Esta casa es magia porque sabe quedarse con un trocito de los que la pisan. Esta casa está impregnada de sexo, de los gemidos y el placer de los que han tenido un orgasmo en ella, de ese poder único que es el amor.

No temas mi niña, esta casa es nuestra burbuja, es un lugar donde todo es posible. Cuando era niña vi un duende, un duende saltarín en esta misma habitación que hoy es tuya. Porque esta casa es refugio de seres ocultos, de hadas y elfos, porque esta casa cree en ellos, porque todos los que vivimos aquí creemos en ellos. Y sí cariño, existe ese mundo oculto que te asusta, precisamente porque ahora te parece oculto. Pero no debes temerlo, formas parte de él. Eres mágica como todos los que entran aquí. Algún día esta casa será tuya, de tus hermanas, y no tengo que pediros que mantengáis su magia porque sé que lo haréis, porque ya pertenecéis a ella, ya la sentís abrazándoos, protegiéndoos. Ya formáis parte de sus paredes.

No temas, esta casa guarda secretos, esta casa comprende y cuida. Esta casa no es casa, es hogar. Es hogar de los desamparados, de los que tienen miedo, de los que sufren, de los que sueñan. Es hogar de los heridos, de los enfermos, de los perseguidos, de los juzgados. Es hogar del que no encuentra su mundo. Es un remanso de paz dentro de la tormenta. Muestra a las personas sus deseos, cómo quieren sentirse el resto de sus vidas y las inflama de fuerza para luchar por ello.
Cierra los ojos, siéntela ¿Acaso no la ves sonreír mientras te cuento esto? Está orgullosa de mí, como la Nana que cuida de ti toda la vida y te ve convertida en una mujer, una mujer que tiene el valor de contarle a sus hijas sus secretos. Cierra los ojos, esta casa era mía pero ahora es nuestra, ya no soy la bruja solitaria que la habita, ahora tú la habitas conmigo, porque te lo noto en la cara, veo que me crees, que algo dentro de ti te dice que llevo razón…

Eres mágica hija mía. Todos los que pisan, los que han pisado, esta casa lo son: unas son brujas, otros guardianes, hechiceros, sirenas, tritones, locos, guerreros, hadas tristes, lobos…»

La madre se dispone a besarla, ya es hora de dormir.

–No, mamá. Cuéntame más secretos por favor

La madre sonríe tierna, ya no hay miedo en su mirada, ahora está ávida de conocimiento, de descubrir ese mundo que antes la aterraba. La besa en la frente y la arropa.

–Poco a poco mi niña, poco a poco

Cuando las brujas se reúnen

Cuando las brujas se reúnen beben tónica, Coca-Cola, té y cappuccino. Cuando las brujas se reúnen se ponen guapas, se pintan los labios, se trenzan el pelo y llevan vestido verde. Hablan del Tarot, de las bolas de cristal, sin importar que haya gente alrededor. Hacen chistes sobre cómo las quemaban en la hoguera, sobre menos mal que ya no lo hacen pues ya estarían fritas. Cuando las brujas se reúnen ríen, se cuentan secretos hablando con los ojos muy abiertos, llenos de emoción y alegría. Se entristecen cuando piensan que fueron, son y serán consideradas "las malas" del cuento.

Cuando las brujas se reúnen hablan en su idioma, ese que han aprendido a camuflar, ese que utiliza las palabras normales, pero a las que ellas dotan de otros significados. Se cuentan confidencias, sueños, hablan de Diana, de Pan, de sus vidas, de sus trágicas y hermosas vidas. Hablan de la inexistencia del tiempo. Hablan del mar. Se cuentan cuentos, se recuerdan de cuando estuvieron juntas, de cuando las devoraron las fieras, de cuando guiaron pueblos, de cuando fueron chamanas en tribus, de cuando las persiguieron, de cuando corrían para que no las atraparan. Hablan de sus pactos, de esos que ahora cumplen ante unos refrescos. Cuando las brujas se reúnen hablan de historia, de aquellas olas que acompañaron sus descubrimientos. De aquel mar que las calmaba, que las mecía, que les recordaba su propia profundidad. Hablan de los brebajes que tomaron. De follar, hablan de cómo follando hacen magia, de lo divertido y salvaje que es. Cuando las brujas se reúnen se detiene el tiempo, aunque, para ellas, simplemente no existe. Pueden hablar y hablar o callarse y decirse lo mismo, porque las brujas se entienden. Una habla de números, otra de arte, otra de mente, de libertad. Todas hablan de libertad, pues esa es su diosa, esa es su auténtica diosa por la que llevan vidas y vidas, siglos y siglos luchando, sacrificando, ardiendo en la hoguera…

Cuando las brujas se reúnen hablan de demonios, de sus demonios, de esos a los que sirven, a los que se entregan para que ellos las guíen. Las guíen hacia su propio poder. Esos que a cada momento les preguntan quién sirve a quién… Hablan de Drácula y su erótico beso, de ese mordisco que les expande la mente y las lleva a otro mundo, que cierne las tinieblas sobre este sueño y las hace despertar a una nueva realidad. Hablan de enfermedades, de "causalidades", de señales. Hablan de cómo se convierten en tormenta, en cómo se conectan de tal manera que si una es tormenta la otra pasa la noche atormentada. Hablan de látigos que desgarran heridas, que sanan dolores, de las cuerdas que tiran de ellas hacia arriba, que atan el

cuerpo para liberar el alma…

Cuando las brujas se reúnen se marean porque se golpean las unas a las otras con sus voces. Se emborrachan de su magia, se embriagan de sabiduría, de alegría. Se hechizan unas a otras y se aman sin tocarse. Se encuentran en ojos grandes y profundos, se encuentran en aquel bosque encantado del que salieron. Se recuerdan que nunca se deja de ser bruja, da igual el disfraz que se lleve.

Cuando las brujas se reúnen les duelen las mejillas de sonreír, los ojos de devorarse.

La Planta

–Mamá ¿Por qué dejas esa planta seca en la ventana?

La madre miró a la gran ventana de la cocina por la que esa mañana entraban los rayos de sol que también se colaban entre los huecos de una maceta marrón y muerta.

–Ay, mi niña hay cosas que debemos dejar bien a la vista para no olvidar de dónde venimos, qué hicimos antes, qué cosas tuvimos que aprender… Esa planta, incluso muerta, sigue teniendo una misión. Esa planta está muerta porque yo la dejé morir. No la cuidé, no la regué, no era capaz de abrir un segundo la hoja de la ventana para verter agua en su sedienta tierra.

–¿Por qué mamá, por qué la dejaste morir? –la niña la miraba con confusión, había un reflejo de decepción y pena en sus ojos.

–Cariño, no la dejé morir a propósito, ojalá fuese tan sencillo, no la maté, pero no pude mantenerla con vida. Esa planta sigue ahí para recordarme que hasta no hace mucho yo no podía sentir amor. Querida niña, el amor es un canal que fluye en dos direcciones, es igual de importante amar que sentirte amada. Es una energía que se retroalimenta ¿Cómo vas a dar amor si no sabes lo bien que se siente cuando lo recibes?

–Pero mamá ¡Si yo te he querido siempre! ¡Si todos te queremos! –la niña no pudo contenerse.

La sonrisa maternal afloró sola.

–Ya lo sé mi vida, pero como te decía el amor es un canal, es un río en ambas direcciones, yo no lo sabía, pero en mi canal había una gran piedra que no dejaba fluir. Por el espacio que quedaba entraba un poquito del amor inmenso que todos me dabais, y por ese hueco salía un poco de todo el amor que tengo dentro para el mundo. Yo os he amado siempre con todas mis fuerzas, he amado al mundo, a la naturaleza, al universo, y sí, amaba a esa planta que dejé morir. Pero no sirve de nada tener amor guardado dentro, no sirve de nada amar con el corazón si no puedes transmitirlo. No te hace efecto el amor que los demás tienen para ti si no puedes sentirlo. No, mi vida, no te pongas triste, esta no es una historia triste. Yo buscaba y buscaba la manera de sentir todo eso, buscaba la manera de destruir esa piedra,

de poder dejar de ser fría, de poder darte todos los besos, abrazos y mimos que te merecías y que no podía darte –las lágrimas de dolor recorrían su rostro de madre compungida.

–No llores mamá, tú me has besado, nos hemos abrazado...

–Tesoro, tú me abrazabas y yo me dejaba abrazar. Por cada beso que te di, tu merecías veinte. Por eso emprendí la búsqueda de esa magia que arrancase la piedra de mi canal. Y un día, al fin, la encontré.

–¡¿Magia?!

–Sí, magia, este es otro de esos secretos que quiero que conozcas. Busqué magia porque con esa piedra obstruyéndome yo no podía ejercer la mía… Un día una mujer me hizo que viese mi linaje, lleno de mujeres fuertes y poderosas. Me hizo venerarlas. Me hizo comprender que la piedra era no mirarlas, no ver de dónde vengo, no ver quién soy, lo que soy. Ese día me hizo ver mi alma, me hizo sentir lo que los demás sienten cuando yo los amo y fue precioso. Yo no sabía que era tan poderosa… Esa mujer me dijo que la caridad era una buena manera de empezar a amar. Al escuchar esa palabra, esa planta seca me golpeó la mente, comprendí que yo no había podido darle amor porque tampoco sentí el que ella me daba. Entendí que era indispensable para mí trabajar el amor hacia todos los seres vivos, amarlos de verdad, no solo a las personas. Debía empezar a amar bien a las plantas y los animales, mucho más de lo que lo hacía, pues ahora era capaz de sentir el amor que me daban también. Cariño, quiero que nunca olvides esto: es fácil amar al que tiene gestos de amor, palabras bonitas para ti, es fácil amar al que te ama. Pero no nos podemos quedar ahí, hay que trabajar en nuestro interior, hay que llegar hasta nuestra alma, porque ella ve más allá de las palabras feas y el ataque del enemigo, ve más allá de lo inerte de la planta… y ama.

–¡Por eso compramos dos plantas nuevas!

–Así es, ahora, tras la magia, tras el torrente que ahora fluye en mí supe que necesitaba dos plantas: Un Aloe, para que me cuidase, para que terminara de sanarme, un Aloe fuerte que me transmitiera seguridad y poder. Y un Incienso al que cuidar, un incienso que cuelgue delicado, al que mimar quitándole hojas secas, al que regar cada vez que él necesite, al que abonar cada dos semanas. Un Incienso al que tener que demostrar mi amor mediante cuidados. He sido injusta, en realidad necesitaba tres plantas, necesito aún esa planta seca de la ventana, que me recuerde que hubo un día en el que no

amé y no me sentí amada en profundidad. Que hubo un tiempo en que la roca me hizo estar enferma de impiedad, en el que la dejé morir porque no podía recibir y no podía dar, que hubo un día en que la dejé morir poco a poco en la ventana. Y yo sé que ella me ha perdonado, lo sé porque lo siento. Porque ahora sé que las almas se entienden. Porque ella sabe que tenía una misión. Morir fue su acto de amor hacia mí para que viese de dónde venía mi sufrimiento, mi dolor. Algún día ya no la necesitaré porque estaré del todo recuperada, quizá incluso ya no la necesite, pero no quiero arriesgarme. Quiero mirarla cada mañana para no olvidar lo hermoso que es sentir que amas y que te aman. Cómo todo se marchita, cómo tú te marchitas lentamente cuando eso no ocurre –la madre miró con ternura a la niña–. ¿Por qué estás triste, mi vida? Ya te dije que es una historia con final feliz.

–Te miro y miro la planta seca. Mamá, ves tanto en ella y yo… yo solo veo una planta seca.

La madre abrazó a su hija con todo el amor que ahora podía darle.

–En primer lugar, esa planta tenía un mensaje para mí, por eso sólo yo puedo oírlo. Y, en segundo lugar, no tengas prisa, hija. La magia se descubre poco a poco. Yo te contaré todos los cuentos que sé, yo te daré todas las herramientas que conozco para que algún día tú también puedas escuchar a las plantas. Recuerda que formas parte de mi linaje: yo soy poderosa. Tú también.

La pócima

–Mamá, ¿Qué estás preparando?

–Una pócima mágica.

–Eso no es cierto, las pócimas llevan ojos de sapo y cola de rata. Eso es solo un zumo de naranja y aloe.

–¿Dónde se hacen esas pócimas que dices? En los cuentos ¿Verdad? No te creas todo lo que cuenten los cuentos, no sabes quién empezó a contarlos ni por qué. Querida niña, hoy te voy a contar otro de esos secretos que tanto te gustan, las pócimas mágicas existen, pero la magia es mucho más sencilla que lo que nos cuentan. Parece que sólo puede hacerla una bruja fea y malvada alrededor de un caldero humeante, pero yo ahora mismo estoy haciendo magia de una manera mucho más simple, sólo con una batidora, unas naranjas y una hoja de aloe. Querida niña, la magia no es más que energía proyectada. Sabes que papá no se encuentra bien, que su estómago no está bien y yo no puedo quedarme quieta mientras lo veo sufrir

–Entonces ¿Lo vas a curar? –dijo la niña emocionada.

–No, tesoro, no voy a curarlo. No pongas esa cara de pena, no voy a curarlo porque la magia ha de hacerse desde el respeto y la humildad, no somos quién para entrometernos en el camino de los demás, para sanar algo que enfermó por algún motivo. Si privamos a esa persona de su dolor, lo estaremos privando de su aprendizaje. Pero sí podemos ayudar, sí podemos hacer que ese aprendizaje sea más llevadero, sí podemos dar luz para que sane antes. Podemos hacerlo de muchas maneras, podemos poner nuestras manos sobre su dolor, podemos darle un mineral apropiado para su dolencia, podemos preparar una poción como esta que estoy haciendo, podemos encender una vela por esa persona… no importa, puedes hacer cualquier cosa que se te ocurra porque en definitiva estarás haciendo lo mismo en todos los casos, estarás volcando tu energía en algo, en alguien, una energía preciosa y cálida como es el amor, estarás compartiendo algo tan hermoso como es la luz que todos llevamos dentro. Esta poción mágica está hecha con miel de abeja y aloe vera, estos dos ingredientes regeneran y protegen, ayudan al cuerpo de papá a sanar, pero eso es lo que todo el mundo puede ver, esa es la explicación racional a por qué esto le ayuda tanto, pero a ti te puedo contar que quiero tanto a papá que cada vez que preparo el zumo lo hago con

todo mi cariño, lo hago despacio, atendiendo únicamente a eso, cada vez que puedo acaricio las hojas de mis aloes, para que ellos también sientan mi amor, para que sean lo más sanadores posible, y por si eso no es suficiente cuando termino de preparar la poción pongo las manos sobre ella, cierro los ojos y pido que la energía concentrada en ese vaso vaya allí donde se la necesite.

–Pero mamá, y si no funciona, ¿y si no es cierto eso que dices?

La madre la miró tierna, reconociendo la desconfianza humana, esa que no cree en nada que no vea.

–No pasaría nada, si todo es mentira, lo que yo hago será sólo un gesto bonito, y creo que esos gestos hacia los demás nunca sobran. Te cuento cómo veo yo las cosas, cómo las vivo, mi decisión fue creer, tú aún debes tomar la tuya. Yo seguiré poniéndote la mano en el oído cuando te duela, seguiré abrazando a papá cada noche para ayudarlo a sanar, seguiré haciendo mis pociones mágicas.

–¿Y las medicinas, mamá? Si haces todo eso, papá ya no necesitará medicinas.

–Las medicinas son un avance, el hombre las ha descubierto y no podemos rechazar aquello que la vida nos facilita. Las medicinas son otra herramienta para ayudar a sanar, entre ellas se ayudan, se complementan. Pero es bueno no perder de vista que, aunque ahora hay muchos avances en medicina, desde los tiempos más remotos el hombre se ha ayudado de la naturaleza. Además, te contaré un último secreto por hoy, la enfermedad física es sólo un reflejo externo de algo interno, es la manera en que nuestro alma nos dice que algo no funciona, que debemos solucionarlo. Así que sanar no es solo eliminar el síntoma, ayudar a sanar, es ayudar a la persona a eliminar lo que la provoca.

La mejor mujer

–Mamá ¿Qué es una bruja?

El día había llegado, desde que aquella noche decidió espantar los miedos de su hija con la verdad sabía que llegaría a hacerle esa pregunta. Ya le dijo en su momento que era normal que creyese en las brujas, pero que solo las temía por ser algo desconocido. Que sí, que existían, pero los cuentos no nos cuentan la verdad siempre.

–Mamá, en el colegio me han pedido que escriba una redacción sobre la mujer más importante de mi vida.

–¿Sí? ¿Y quién crees que es? –preguntó la madre.

–¿Tú? ¿La abuela?

–No tesoro, la mujer más importante de tu vida eres tú.

–No puedo escribir sobre mí, eso estaría feo –contestó rápidamente la niña.

«Sé que no es lo normal. Sé que estamos en los tiempos de la humildad dañina, esa que tacha de soberbia cualquier atisbo de autoestima. Pero déjame contarte algo, ser la mujer más importante de tu vida no es soberbia, no es menospreciar a las demás, no es menospreciarnos a la abuela o a mí, todo lo contrario, nosotras formamos parte de ti.

Querida niña, hay un concepto que jamás debes olvidar: el linaje. Tus abuelas, tías, bisabuelas y yo somos tu linaje femenino más cercano, pero esto viene de mucho más lejos. Imagina que tras de ti hay una cola enorme de mujeres, una cola tan larga que no tiene fin. Pocas caras reconocerás en esa fila, pero todas te miramos sonriendo, tenemos puesto todo nuestro amor en ti. Tú estás a la cabeza de esa cola, tú eres la mujer más importante de esa fila porque estás a la cabeza de ella, puedes aprender de nosotras, puedes escuchar nuestros consejos, puedes admirar a todas esas mujeres de tu pasado a las que les tocó vivir épocas más complicadas, pero no quedes con la cabeza girada en nosotras, no olvides tu posición, ahora estás a la cabeza de la fila y si tú avanzas, todas avanzamos. Quiérete amada niña, quiérete y encuentra tu poder, encuéntranos a nosotras en ti, sé la mejor de nosotras, porque eso no nos hace peores, al revés, nos demuestra que hicimos bien nuestra labor, que luchamos por ir dando

alas a nuestro linaje y lo conseguimos. Yo también lucho por ser la mejor, lucho por coger esa sabiduría que me llega del pasado para vivir en el presente, viendo en ti el futuro. No me tomes de ejemplo, sólo obsérvame, clasifica qué te gusta de mí y qué no, ese es mi enseñanza para ti, que desde tu posición en esta fila puedas cambiar cosas, llevar el linaje a otro nivel. Las almas no entienden de posiciones, ni de soberbia, para las almas no hay pódiums, estar la primera por el principio o estar la primera por el final no es relevante, solo somos un vehículo para que la magia fluya. Las almas no entienden de hacer las cosas bien o equivocarse, sólo entienden de acciones. No existen almas buenas o malas, no existen las almas soberbias o humildes, eso son cosas de los humanos, eso es cosa del vehículo, pero a veces nos olvidamos de que somos solo eso y utilizamos el vehículo para sufrir en vez de para disfrutar del camino. Eres la mejor mujer de tu vida, mejor que yo, que la abuela, porque eres la única mujer de tu vida, las demás sólo somos acompañantes.

Querida niña, utiliza esa redacción para encontrarte, utilízala para encontrar las razones por las que eres la mujer más importante, por qué eres la mejor mujer de tu vida. Lo fácil es mirarme a mí, mirar a otra mujer, pero rebuscar en las profundidades de ti misma para encontrar tu valor, tu poder… eso es lo difícil, pero es lo verdaderamente importante.
Mira esta casa, esos árboles tan grandes los plantaron tus abuelos, estas paredes las construyeron ellos, la abuela la mantuvo en pie, la utilizó como creyó oportuno para que vivir aquí fuese posible, donde tú duermes dormía yo, su dormitorio es ahora el mío, las habitaciones tenían otro uso, las paredes tenían otro color, otros cuadros decoraban las paredes. Pero ahora esta casa es mía, nuestra, si sólo miramos lo importante que fue lo que ellos hicieron, olvidando lo importantes que somos nosotras aquí, no habríamos plantado el pequeño manzano, el pequeño arbolito que crece ahora al lado del grande, no habríamos cambiado las habitaciones por lo que esta casa no sería un hogar para nosotros, no habríamos pintado las paredes por no pisar lo que hizo la abuela, pero ahora estarían descascarilladas y feas… si no valorásemos lo importantes que somos en esta casa, ahora, no podríamos mantener su linaje, esta casa se quedaría quieta, no crecería, cuando los viejos árboles muriesen ya no habría ninguno para mantener la magia del jardín, no habría sombras de las que disfrutar… hay que valorar lo que hicieron los que estuvieron antes y, precisamente en honor a su esfuerzo, debemos convertirnos en los protagonistas ahora, esforzarnos como lo hicieron ellos, como aprendimos de su ejemplo, pero mirando hacia delante.

Querida niña, tú y solo tú eres la mujer más importante de tu vida. Escucha los susurros desde atrás de las que estuvimos antes que tú, usa nuestra sombra sólo como refugio cuando estés cansada, pero siembra tu propio camino. Admírate tú, nosotros estamos tras de ti, cuando miras tu reflejo, si sonríes ante él, si lo amas, nos estás sonriendo a todas, nos estás amando a todas.»

Un paseo

En la esquina de aquella calle, aquella que cruza con la avenida donde nos cruzamos por primera vez. En aquella esquina hay un cartel, un beso atrapado, un abrazo perdido que una pareja nunca se dio, un adiós que salió de unas bocas temblorosas... En la esquina de tu calle, esa por la que paseas cada día al perro, hay un beso apasionado flotando en el aire, un orgasmo que nunca llegó, una carta sin escribir…

Paseas por la ciudad ensimismado sin pensar en nada más que en ti. Pero ¿Cuántos pies pisaron ya ese suelo? ¿Qué historia portaban cada par de zapatos? ¿Cuántas personas descalzas pasaron por allí? ¿Cuántas lágrimas se perdieron por el camino? ¿Cuántos enfados atrapados en el asfalto? ¿Qué ropas llevaban esas personas? ¿Qué dientes adornaban sus bocas? ¿De qué color eran sus ojos? La historia sigue su curso y solo pensamos en ella a grandes rasgos, pero... ¿Qué hay de los suspiros de millones de personas? ¿Qué hay de los infinitos pensamientos que adornan el paso del tiempo? Vidas y vidas con sus matices, con sus altos y sus bajos, con su amor y desamor, con su felicidad y con el dolor que se agarra fuerte al pecho…

¿Y si nos paramos en mitad de la calle? ¿Y si cerramos los ojos e intentamos imaginar, recordar, quién estuvo allí? ¿Estuvimos nosotros allí? Pensemos en la historia como en un cúmulo de cuentos, de millones y millones de cuentos que nunca conoceremos al detalle.

Me paro en mitad de la calle. No puedo andar, necesito sentir el residuo de esas personas, de esas almas. No pueden haber desaparecido sin más. No pueden ser más que un recuerdo fugaz en las personas que los conocieron, pero en nadie más. Algo debe quedar, algo debe ocurrir cuando nos vamos. Aunque sea volver. Aunque sea volver distintos, pero volver…

Me planteo que si la vida es una y corta ¿Qué sentido tiene? ¿Para qué existimos? No puedo pensar así. Me parece tan triste y simple que me duele dentro. Necesito creer, confiar en lo que siento. Confiar en que yo ya estuve en estas calles. Que, quizá, era yo la que iba descalza. Que, quizá, era yo la que me despedí en esa esquina. Que, quizá, fui yo la que llevaba el dolor en el pecho, ese que ahora no tengo. Ese dolor que ahora no tengo, pero con el que nací.

IV

–¿Sabes? No siempre he habitado este tiempo. Me considero una viajera del tiempo y el espacio. He visto tantas vidas, tantos lugares... Tengo infinitas historias por contar porque, no puedo negarlo, soy tremendamente curiosa. Además, cuando una tiene la facilidad de volverse pájaro, volverse brisa, volverse molesta mosca… Puede presenciar esos momentos únicos en los que, en solo una mirada, puedes cazar todo un abanico de sentimientos. Puedes ver más allá de lo que está pasando. Puedes ver los matices y colores que tenemos todos. No me siento orgullosa de compartir estas historias sin el permiso expreso de sus protagonistas. Espero que no se vea como un cotilleo, como la prensa rosa mística. Sino como lo que realmente es: un homenaje. Podía ver tal belleza en esas vidas, en esas personas y sus emociones, que los guardé en el archivo de mi corazón para el día que me cruzase con esa escritora menuda y caótica que lo transcribiera todo –dicho esto me guiñó, le encantaba chincharme siempre que podía. Creo que esos pequeños gestos fueron los que llenaron nuestra relación de confianza. Se permitía esa confianza, una que yo no solía tener con los demás.

Merula ciertamente era un libro infinito de historias. Tenía al menos una por persona. Decía que era capaz de mirar en el alma de cada ser y viajar a cualquier momento de su existencia. Ir a los momentos que más belleza contuviesen, por extraña que esta fuese.

–¿Sabes qué es lo que realmente llena un Instante de belleza? Es el Amor, siempre es el Amor. No importa si es porque el Amor se manifieste o si es por su carencia. El Amor saca nuestra esencia y ahí es donde yo atrapo la belleza.

En el último Instante, el Amor

¿Cuántas camas hay en el mundo? ¿En cuál de ellas estarás tú esta noche?

Yo agonizo en la mía, me debato entre la vida y la muerte. Te busqué, Dios sabe que lo hice. Por cielo y tierra. Crucé océanos en tu búsqueda, pero no apareciste. Quizá sencillamente esta vida no estaba hecha para nosotros. Quizá está vida nos debía mostrar lo duro que es vivir sin encontrarnos como ya hicimos en mil antes…

Y mi tiempo se agota. Me follé a mil mujeres y otros tanto hombres buscándote, pero no estabas en esas camas. No estabas sonriéndome como lo hiciste en nuestra cueva, en nuestra domus, como lo hiciste en aquella pequeña casa de aquel pequeño pueblo.

¿Me recuerdas? ¿Me has buscado tú también? ¿Estarás igual que yo o ya habrás muerto?

Miro el gotero, el suero cae sin prisa y sin pausa, intentando mantener con vida este cuerpo que solo se mantiene con la esperanza de que cruces esa puerta y nos reencontremos tan solo unos instantes. Se mantiene con la esperanza de que tu rostro sea lo último que vea antes de morir e, incluso, pactar de forma clara y concisa dónde y cuándo nos encontraremos en la siguiente. Para no perdernos de nuevo. Porque esto ha sido solo una vida, pero ha dolido tanto sin ti... Ha sido una sola vida, pero escuece como alcohol en la herida. Porque he probado tantas veces tu sabor que una vida sin él es un infierno, que una vida buscándote me ha parecido demasiado tiempo.

Grita, aúlla, deja que te oiga. Si escucho tu llamada correré a tu lado sin dudar. Me arrancaré las vías, mandaré el oxígeno a tomar por culo. Aunque el aliento solo me llegue para agarrarte la mano y morir... Pero déjame sentirte, te lo ruego.

Lo siento, no he sido fuerte como dije que sería. Sé que pactamos una vida sin encontrarnos, ahora lo veo claro, ahora lo recuerdo. Porque estoy aquí, en ese espacio entre la vida y la muerte, ese espacio en que la fantasía deja de serlo, ese espacio en el que comprendes que la imaginación es recuerdo… Sé que prometí estar sin ti solo una vida, sé

que debía ser así, pero sin tu sabor no ha sido vida, sin tu olor no ha sido vida. Estoy ya débil, el corazón me late cada vez más lento y ya me da igual. Sé que no cruzarás esa puerta, que no aparecerás en una cama para ser mi compañera de hospital, para morir juntos... ¿O sí? Quizá sí oíste mi señal. Quizá no te importe aparecer un último instante. Quizá tengas esa piedad de mí. Quizá quieras regalarme un último momento al igual que yo te he regalado una vida sin mí. Ámame un segundo te lo suplico, soy débil y no quiero morir solo. No puedo después de haber saboreado lo bello que fue morir entre tus brazos. Después de aquellas vidas en las que tu magia fue lo último que sentí. Y sé que nos reencontraremos, aunque sin cuerpo y sin forma. Pero como humano soy débil y me asusta morir sin ti. Apiádate…

¿Eres tú? ¿De verdad es cierto esto que siento? Has aparecido tras un ramo de rosas rojas, vienes a ver a tu hijo, mi compañero de habitación, que va a morir también… Estás arrugada y tu gesto es triste, pero tus ojos no. Por ellos te reconozco. Veo tu mirada fuerte, esa que quiso vivir esta vida para experimentar lo que era no sentirnos. Eres tú, la que me vio morir a veces en calma, a veces entre terribles sufrimientos. Pero ahora estás aquí y aquellas muertes horribles no hubiesen sido nada si hubiese muerto sin verte.

–Acércate por favor –te digo. Te veo venir y mi alma resuena, vibra contigo. Y sé que tú lo sabes –Dame la mano para morir, por favor, déjame morir a tu lado.

Qué cálida es, tan cálida como recordaba. Y todo vuelve a ser hermoso, toda mi vida de búsqueda tiene de nuevo sentido. Renuncié a ti, mi vida, sabes que lo hice. Que busqué aun sabiendo que no debía encontrarte. Renuncié a ti, mi vida…

Y entonces veo llegar la muerte. Me dejo ir pues tus palabras son bálsamo, como lo fueron antaño. Tus palabras son esa nana lejana que siempre me cantabas al dormir, al partir:

–Sí, mi amor. Sé que renunciaste a mí, no sé cómo te llamas tal y como eres ahora, pero te reconozco mi amor. Ve tranquilo, sé que fue duro, para mí también lo ha sido. Solo poder soñarte... Ve tranquilo, mi amor. Ha sido difícil pero pronto estaremos juntos. Te prometo que en la próxima vida nos encontraremos y pronto. Te lo prometo mi amor.

La luz me embriaga, su canto me embriaga, hasta pronto mi vida.

El pacto

Sentadas en la orilla de aquella playa con sus túnicas blancas, descalzas y limpias. Hablaban y se preguntaban el porqué de la vida, el porqué de las cosas. “Cuéntame qué piensas ¿Por qué la vida existe? ¿Qué hay más allá de la muerte? ¿Por qué amamos? ¿Por qué sufrimos? ¿Por qué nos invaden las sensaciones, esas intuiciones que no podemos explicar?”. Allí pasaban sus días, charlando y charlando, comiendo poco, divagando mucho. Eran puras y mágicas, no se necesitaban más que la una a la otra. Solo necesitaban sus charlas en la orilla del mar.

“Dime que esto no existe. Dime que en la inmensidad del tiempo nuestra única aportación es esta. Y luego dime que es mentira. Que no puede ser que existamos solo una vez. ¿Para qué? ¿Por qué? ¿Por qué me siento más allá de esta carne, de esta piel? ¿Por qué nos sentimos parte del mundo? ¿Por qué sentimos esta magia recorriendo nuestras venas?”.

Y allí bailaban a la luz de la hoguera. Hacían sus rituales de plantas y ungüentos. Allí se sentían animales, se sentían naturaleza. Allí se sintieron universo. Se sintieron fuerza, crearon tormentas, atrajeron la lluvia, se tostaron al sol. Allí vieron la luz al final del túnel, esa luz que te lleva dónde venimos: vamos a la luz pues venimos de la luz en un ciclo infinito, en un ciclo de transformación, trascendencia. Allí, en su isla, mirando al mar, siempre abrazadas por el mar.

Una mañana comiendo fruta fresca sentadas en la orilla, hablaron. Tras bailar toda la noche, tras embriagarse de magia, tras pedir al universo la clave, la obtuvieron. Aquella mañana comprendieron la vida, comprendieron el porqué y el para qué. Y entonces comprendieron que se equivocaron, que creyeron que con esas respuestas ya estaba todo hecho, que ese era el fin de vivir: comprender la vida. Esa mañana, conmocionadas, hablaron. Comprender la vida sólo las había llevado al principio de sus caminos, las llevó a una tremenda y dura decisión: seguir el camino o no, andarlo rápido o lento, crecer o dejarse crecer. Aquella mañana con el sol aún iluminando suave tomaron una decisión, una decisión dura. Decidieron ser valientes, decidieron apostar fuerte, crecer duro. Era la forma de llegar donde sabían que querían llegar. No deseaban alejarse de lo que ahora sabían que era la vida. Decidieron crecer a base de palos y piedras, decidieron experimentar el miedo, el dolor, la soledad… Decidieron pasar por los tiempos solas y vagabundas. Decidieron experimentar la guerra, la prostitución, la miseria, la

muerte, la pérdida… Decidieron poner a prueba su fe. Decidieron viajar vida tras vida intensamente, sin dejarse un solo sentimiento por experimentar.

Mientras hablaban las lágrimas brotaban de sus ojos. Sabían que estarían miles de años sin verse, sin volver a disfrutar de esas charlas, de ese idioma que sólo ellas entendían. Sabían que estarían miles de años sintiéndose fuera de lugar. Lo único que no sabían es cómo les iba a afectar eso. No sabían si la humanidad, si lo terrenal las alejaría de sus caminos, si el sufrimiento llenaría sus recuerdos de capas sucias que empañaran todo lo que en ese momento sabían. Cabía la posibilidad de que se olvidaran la una de la otra, la posibilidad de perderse tanto en la historia que jamás volvieran a verse.

“Dime que nos volveremos a ver. Vamos a prometernos que nos reencontraremos, aunque sea para que ese juramento sagrado haga que no nos olvidemos de este momento en la orilla de este mar. Que este juramento haga que no me olvide de tus ojos grandes, de tu pelo trenzado, de este amor maternal que me has dado, de todo lo que hemos aprendido, todas las certezas que hemos acumulado juntas... Jurémonos que en alguna vida lejana y apacible nos encontraremos y nos contaremos lo que hemos aprendido, lo que hemos vivido, qué nuevas certezas portamos. Prométeme que volveremos a hablar este idioma, que volveremos a hablar ebrias de nuestras pócimas secretas. Que volveremos para evaluar vidas y decidir cómo seguir. Prométemelo.”

Un día algo me golpeó la mente, algo me dejó aturdida. De repente salieron certezas de un cajón que no sabía que existía. En una vida lejana a aquella, en una vida tranquila, apacible. En una vida de descanso, en una vida sin soledad, en una vida de reencuentros. Me quedé aturdida, los recuerdos empezaron a atacarme, sabía que tenía que hacer algo, no sabía el qué… Así que escribí, y escribiendo la golpeé.

Aquí, ante dos refrescos, te miro. Estás aturdida y mareada como yo. Las vidas nos golpearon fuerte, nos nublaron las certezas… Pero irradiamos algo especial, una magia que atrae, la magia de estar cumpliendo nuestro camino, de estar viviéndolo al máximo. Estamos reconstruyéndonos. Algunas vidas nos dejaron devastadas, nos hirieron demasiado. Pero a pesar de todo aquí estamos, cumpliendo nuestro juramento.

Me alegro de volver a verte.

El patio de vecinas

Cada mañana se asoma al patio central de su edificio a tender los calzoncillos de un hombre que no la ama o, al menos, no cómo ella desea. A veces habla con María, la vecina que tiende frente a ella. Una mujer de unos cuarenta años, felizmente separada. Mira las braguitas de encaje de María mientras hablan de tonterías sin profundidad. Le encanta hablar con ella, se nota la alegría que invade a María en su nueva vida.

Cierra la ventana y vuelve a las tareas de su casa. Ordena el cuarto de su hija, una preciosa muchacha triste. Nunca supo cómo llegar a ella. Sabe que la quiere, es una joven cariñosa que la besa antes de salir de casa con sus vaqueros y sus camisetas anchas. Pero cuando vuelve ve algo extraño en sus ojos, una tristeza que no sabe afrontar y no se atreve a preguntar. Y luego está él. Es un hombre bueno, no es que sea malo, pero no le da algo que ella necesita. No le vale el dinero que trae a casa, no le valen las comidas en un restaurante los domingos como muestra de su amor. Quiere algo emocionante, quiere mimos entre las sábanas. Se casó muy jovencita, con su ajuar, mocita e inconsciente. El sexo nunca fue lo que imaginaba, nunca sintió eso que describían las películas y las novelas románticas.

Era infeliz, aunque su vida no era mala. Se miraba en el espejo. Veía una bata que cubría su recio y un poco envejecido cuerpo pero que aún conservaba el erotismo de las curvas. Su media melena castaña y sedosa recogida con una pinza en la nuca. Veía a una mujer apagada, una mujer atrapada en la costumbre. Ella quería pasión y aventura, quería ser caballo desbocado, una mujer de sangre caliente y atrevida.

Un día lloraba ante el televisor. Estaba sola. Ya estaban las tareas hechas, la comida hecha, los remiendos remendados… Ya está, ya estaba todo hecho. Sonó el timbre. La vecina del bajo le traía unas cuantas prendas que habían caído al suelo del patio desde los tendederos. Le dio las gracias, cerró la puerta, se sentó en el sillón y se dispuso a mirar las prendas. Unos calzoncillos blancos de él, un calcetín suelto y unas braguitas de encaje, las braguitas de encaje de María. Miró los calzones y la lencería. Se levantó y llamó a la puerta de su vecina. María la recibió con el pelo alborotado, con la bata tapando su cuerpo delgado semidesnudo. Pasó dentro invitada por la mujer. Se sentó un poco obligada. Le dio sonrojada las braguitas a María.

–Qué bien que pases por aquí, así podremos charlar sin los tenderetes

de por medio –rió María. Era feota pero atractiva, las arruguitas surcaban un rostro vital, aunque con aire melancólico.

–María no soy feliz –se sorprendió confesando. No conocía a aquella mujer casi de nada, ni siquiera era una vecina de toda la vida, hacía poco que había llegado al bloque.

–Mereces ser feliz –le cogió la mano mientras la miraba fijamente a los ojos.

Pasaron los meses, veía a María prácticamente todos los días. Le gustaba hablar con ella. Era mucho más alocada, la llenaba de vida. Se ponía ropa más bonita y se maquillaba solo para cruzar el pasillo del edificio. El mundo empezó a ser más bonito, sobre todo en casa de María. Pero siempre debía volver con él, a aquella fría cama. Al principio, cuando se arreglaba, él se ponía más atento. Algún polvo mal echado cayó provocado por ese cambio.

Una tarde de invierno estaba en el brasero de María, reía por una de sus ocurrencias.

–Me gusta verte sonreír Encarni –le puso la mano en la rodilla.

Un escalofrío le recorrió el cuerpo, no había sonado a inocencia, había sonado a insinuación. Se levantó sobresaltada, puso una excusa tonta. María la miró triste.

–¿Por qué no? ¿Por qué no me dejas enseñarte ese mundo nuevo que buscas?

Se despidió, cerró la puerta acalorada. Un fuego la invadía. Qué se había creído esa. Ella era una mujer decente. Esa descarada la había sobresaltado, era una pervertida… Todos los condicionamientos tradicionales con los que cargaba se le echaron encima. Qué pensarían de ella si cedía a lo que María había intentado. No, yo soy una mujer decente. Esa noche en la cama no podía dormir. Imaginaba a María como un demonio forzándola, apretando sus tetas en contra de su voluntad, metiendo sus dedos finos entre sus piernas. La odiaba mientras hacía eso o quizá odiaba que hubiera provocado esos pensamientos… Nunca había estado más excitada.

Desde ese día no volvió a ir a casa de María. Aprovechaba cuando las luces estaban apagadas para salir a tender. No quería cruzarse con ella. Un día el timbre sonó. Era María con unos calzoncillos en la

mano, se los había dado por equivocación la vecina de bajo. Los cogió, le dio las gracias correcta y distante. María la miró fijamente con los ojos vidriosos, esperando alguna palabra más, esperando algún gesto de aquella complicidad que tenían. Nada. Se despidió.

Eran las siete de la mañana, el ruido de un camión la despertó. Se asomó a la ventana soñolienta, era un camión de mudanza. María se fue a las cinco de la tarde, a la hora de sus cafés, a la hora en que Encarni fue feliz durante un tiempo. Vio cómo el camión se alejaba. Un nudo en el pecho y un pellizco en el corazón le recordaron lo cobarde que había sido. Cómo había ante puesto a ella misma el qué dirán, el peso de lo que le inculcaron que era correcto o no. Esa angustia era el precio que pagaba por no haber escuchado a su corazón. Y allí estaba dándole vueltas a un café frío mirando por la ventana lamentándose, llorando en silencio, susurrando “¿Por qué te vas?”. Ella tenía la respuesta, su felicidad se iba porque ella le había dicho que se fuese. Se iba porque ella dijo “No” a ser feliz.

El pianista

Daba vueltas a su vaso de whisky, los hielos tintineaban con el cristal. Otra vez en aquel bar, otra vez esa melodía saliendo de ese viejo piano. Escuchaba las teclas sonando bajo los dedos del ensimismado pianista. Se preguntaba cada sábado qué hacía un hombre como él, soltero y torturado, yendo una y otra vez a aquel tugurio, bajando las escaleritas que lo llevaban a la más oscura amargura.

Era ya viejo para tanto alcohol, sus cincuenta años le pesaban como cien en la espalda. El pelo cano y la barba bien afeitada. Cada sábado se arreglaba e iba a escuchar esa melodía. Nada sabía de música, nada sabía de pianos, pero sí mucho de represión y deseo. Miraba al ensimismado pianista, absorto, reproduciendo cada sábado la misma mala melodía. Y él lo miraba, miraba su cara seria, sus hombros anchos, su espalda recta frente al destartalado instrumento. Deseaba tanto sentir esas manos sobre su cuerpo, ansiaba tanto sentir los dedos ágiles en su piel. “El instinto es cruel” se repetía una y otra vez, me confunde y me atosiga. Quería sentir ese deseo por las gráciles y tiernas mujeres, pero no le salía. Él quería un pianista en su cama, un músico cantándole lujurias a media noche. Imaginaba sus cuerpos desnudos, dos hombres rudos y curtidos por el camino, dos bocas besándose, dos miembros erectos rozándose entre eternos abrazos. Mordiéndose la carne, apretando sus cuerpos. Ojos de hombre mirando a su igual, bocas de hombre besando a su igual. Y qué más da si está bien o no, si Dios lo quiso o no. Qué más da si es cosa de naturaleza o no. En esa cama sólo valdrían las sensaciones y su pianista.

¡Oh, su pianista! Ese hombre al que amaba pegado a su piano, ese hombre al que amaba desde la barra dando vueltas a su vaso de whisky. Las teclas sonaban cada noche torturadas por los torturados dedos de su querido pianista. Pero nunca sonaban para él, nunca una nota iba dirigida a su amor frustrado. Quizá le tocaba a una mujer, quizá a un amor perdido, o a un amor imposible como el suyo… Cuánto le hubiese gustado ser músico y componer una canción que su buen pianista tocara, que le gritara su verdad, que le dijese que no le gustaba aquel bar, que no le gustaban los sábados por la noche, ni el whisky. Sólo estaba allí por él, para acunar su soledad con sus canciones. Le gustaba verlo, observarlo, quererlo en la distancia, eso era mejor que no amar. Recordaba viejos tiempos de culpabilidad y rechazo. Recordaba el día que cogió sus maletas y se fue de casa de su madre, una madre que repudiaba su condición, que antepuso lo

establecido al amor hacia su hijo. Recordaba tiempos de burdeles, de prostitutas que se follaba con los ojos cerrados, ansiando un cuerpo más duro, una piel más áspera. Recordaba tiempos en que las putas lo consolaban, lo acurrucaban entre sus brazos, calmando a un hombre roto por no aceptar sus deseos. Pero ellas no eran un hombre, no eran ese hombre que le agarraba para luchar juntos contra el mundo, ese hombre que lo amara con todo el amor que lo haría él, los culos de esas putas no eran el de un hombre, no eran el culo de su querido pianista.

“Para de tocar ensimismado pianista, para por favor, deja de torturarme con tu melodía de sirena. Para y aléjate de mi cabeza, de mis duchas de agua fría, vete y no vuelvas a este tugurio. Mereces más, mereces mucho más que ser el amor soñado de un triste hombre que da vueltas al vaso de su asqueroso whisky. Usa tus manos para aliviar corazones que aún pueden salvarse. Llévate tu música y tu viejo piano, haz que esto acabe, no amar es mejor que amar desde un taburete de bar, ahora lo comprendo.”

Dejó su copa en la pegajosa barra, no volvería por allí, no soportaba aquel sentimiento. Volvería a sus queridas prostitutas de burdel calmándole las angustias.
Adiós querido pianista.

El pianista II

Lo veía cada sábado dando vueltas a su vaso de whisky, quién sería aquel hombre. Al principio no le dio importancia, pero era el único que volvía cada sábado a escuchar el resultado de unas pobres clases de piano. Cada noche tocaba la misma canción, esa canción que le recordaba a ella. Acariciaba las teclas lo más suave que podía, recordando su fina piel, recordando lo blanco de su tez, recordando los ojos azules y grandes de aquella musa. Tocaba por aquella mujer de pelo rojo y alborotado. La recordaba entre sus brazos el día que consiguió que estuviera entre ellos. La penetró y la saboreó. La besaba lleno de amor. La tocaba con ternura y miedo. Parecía romperse bajo sus bocados. Pero ella no se inmutó. Se sintió sucio, se sintió aturdido, lleno de coraje hacia sí mismo, no era una mujer, era un hada triste. Un ser ajeno a este mundo o, al menos, ajeno al amor tal y como se entiende. Su cuerpo no reaccionaba ante el placer, no se movía, pasiva, con las piernas medio abiertas.

–No puedes enamorarte de mí. No puedes quererme, ni siquiera te gusto. Solo estás aquí porque no somos de este mundo, porque nos odiamos por no serlo, porque pertenecemos a un mundo regido por el deseo y las emociones a flor de piel. Tú no quieres estar entre mis piernas, pero aún no lo sabes. Tú no eres esto, igual que yo tampoco –dijo ella.

Jamás volvió a sentir nada por nadie. Quedó atado a esa hada triste. La veía deambular por la calle, coger el coche y desaparecer ¿Dónde iría? ¿Qué podía encontrar en la carretera? ¿Qué no podía encontrar en la ciudad?... No paraba de tocar esa melodía por si aparecía su musa y le decía qué necesitaba él, qué quería si no era a ella. Tocaba ensimismado, intentando descifrar las palabras de la joven. Intentando encontrar un mapa que lo llevara a ese mundo que ella le había mencionado.
Tocaba y tocaba como otro sábado cualquiera, miró hacia la barra, el taburete estaba vacío, el vaso en la barra con los hielos aun moviéndose, una gota cayendo por el cristal. Esa gota, esos labios que antes habían tocado el fuerte alcohol, que en un último gesto habían dejado allí esa gota resbalando. Esa gota, una y otra vez, esa gota. La música cesó, nadie se dio cuenta pues nadie más lo escuchaba, solo aquel hombre misterioso que había dejado allí esa gota derramándose. Subió las escaleras corriendo, la noche era clara y bonita, pero el pianista no lo apreció, solo miraba a un lado y a otro buscando al dueño de la copa. Al fondo de la calle un hombre cabizbajo desaparecía lentamente.

Corrió y corrió como nunca había corrido. Esa gota lo había llenado de deseo, había encendido su entrepierna, había llenado su culo de un fuerte deseo de ser profanado, quería sentir el misterio en sus entrañas, quería saborear la saliva con sabor a whisky. Había encontrado la respuesta: su mundo era el piano, su mundo estaba entre unos fuertes y peludos brazos. Su mundo era ser un mediocre pianista tocando para el hombre que cada sábado lo miraba atento, que cada sábado lo escuchaba por amor.

Lo agarró por la espalda y fuerte lo giró. Se besaron con deseo, lujuria y amor. Al fin se habían encontrado, eran dos enamorados que no se conocían, dos hombres llenos de confusión y dudas por resolver juntos.

Se fundieron en un abrazo sincero y eterno. Un abrazo que unió el alma de un hombre torturado y la de un mal pianista, para siempre.

Un burdel llamado “Casa Pepe”

Había una vez un burdel llamado “Casa Pepe” perdido en una carretera triste y vacía. Había una vez un burdel llamado “Casa Pepe”, regentado por un hombre llamado Pepe. Era un hombre viejo y grasiento que trataba a las chicas como ha ganado. Un ser despreciable, un demonio a los ojos de los demás. Nadie sabía de su triste historia, nadie sabía que un día amó a una de sus putas, que un día amó a una de esas mujeres que follaban a cambio de dinero.

Se llamaba Enriqueta, una puta como ninguna. De prietas carnes, grandes pechos y carácter zalamero. Engatusaba a señoritos y a pobres obreros que se dejaban los cuartos en poseerla. Engatusó a Pepe que la tenía como a una reina. Por aquel entonces las putas llenaban el local, era un “buen” chulo: no las golpeaba mucho y exigía poco dinero.

Pepe cada noche le decía a Enriqueta que se pasara por su cama, pero ella siempre tenía algún cliente que la alejaba de su lecho. Tumbado en su cama, solo, mirando al techo, se imaginaba viajando por el mundo, lejos, muy lejos de allí. Con su querida Enriqueta al lado. Vivirían aventuras, descubrirían nuevas ciudades... Y follarían, follarían mucho, llenos de pasión y amor. Y así se quedaba vencido sobre la almohada hasta el día siguiente. Otro día más en aquel oscuro lugar, rodeado de putas, de clientes, de los clientes de su amada Enriqueta que la alejaban de sus brazos. ¿Quién dice que las prostitutas son las únicas prisioneras de esas cárceles de neón? ¿Acaso el triste, y todavía joven, Pepe no estaba allí condenado a ver cómo su hermosa Enriqueta yacía con unos y con otros sin pisar siquiera su habitación? Al menos así se autocompadecía él.

Los gritos se oyeron en todo el local. Enriqueta gritaba y lloraba como una descosida. Pepe dio una fuerte patada a la puerta poseído por el espíritu de protección de un caballero hacia su dama. Ella arrinconada en el suelo, el cliente con la camisa desabrochada, la bragueta abierta y el puño lleno de la sangre de la zalamera Enriqueta. Pepe se abalanzó sobre él con la determinación de matarlo. Sobre el estúpido cliente lanzaba sus fuertes puños. Las mujeres fueron las responsables de que no lo asesinara allí mismo. El tipo salió del local apaleado para no volver. Pepe miró a Enriqueta que lo contemplaba aterrorizada.

Enriqueta estuvo varios días sin salir de su dormitorio. Sus compañeras le llevaban la comida y le lavaban las heridas. Pepe se miraba los nudillos doloridos. Quería haber sido un héroe, un caballero andante, un salvador a los ojos de su tierna Enriqueta. Pero

ella solo lo veía como su chulo, un hombre violento golpeando a otro que en cualquier momento podría volverse contra ella. Y es que Enriqueta nada sabía de las fantasías de Pepe, ni quería. Aquel hombre solo le recordaba la miseria de su vida. Le recordaba que sonreía y engatusaba a cambio de unas pesetas. Le recordaba que el sudor de los hombres lujuriosos y salvajes habían ensuciado su piel. Le recordaba el olor a cama y sexo que tanto odiaba.

Pepe miraba al techo una vez más, una noche más sin su amada Enriqueta. Estaba decidido, al día siguiente le confesaría su más profundo amor, le diría que para él no era una puta, que era una mujer con la que escapar de allí. Que juntos abandonarían aquel lugar para no volver nunca.

Enriqueta se quedó petrificada mientras Pepe hablaba. “Prepara la maleta tierna Enriqueta, mañana al amanecer marcharemos y olvidaremos todo esto”. Ella asintió.

Preparó su maletita, acaso una cajita con bisutería barata y un par de vestidos remendados. Se sentó en la cama saboreando el amargo de la declaración ¿Qué le importaba a ella aquel hombre? ¿Qué importaba cuán lejos estuviera de aquel lugar?

El sol comenzó a salir, el trino de los pájaros lo despertó. Qué contento estaba, al fin marcharía de aquel sitio, al fin agarraría la mano de su amada. Se vistió rápido, cogió todo el dinero de debajo del colchón, agarró su maletita de piel marrón y avanzó por el pasillo hasta la puerta de Enriqueta. “Enriqueta tesoro, soy yo, sal que nos vamos. Enriqueta luz de mi vida, sal que la vida nos espera. Enriqueta corazón mío, sal que quiero amarte”. Pero Enriqueta no salió.

Y es que Enriqueta ya no estaba, solo quedaba un cuerpo desnudo sobre el chirriante colchón. Un cuerpo rígido, frío y hermoso. El pelo moreno alborotado sobre la almohada, los ojos miel mirando al infinito, vacíos. La sangre seca manchando sus bonitas muñecas.

Enriqueta se fue, lo abandonó a su suerte. Lo condenó a pasar el resto de sus días en aquel local, sin sueños, ni ilusiones. Follándose a otras que ni le recordaban a su Enriqueta por muy bonitas que fueran. Nada le arrancaría nunca la amargura de ver a Enriqueta inerte, vacía de vida, vacía de amor por él.

“No habrá otra como Enriqueta la zalamera” se repetía cada vez que probaba el coño de cualquier mujer. Borracho y ebrio de dolor pasaba

los días, odiado por putas y clientes. Borracho de alcohol barato pasaba los días en un burdel de carretera llamado “Casa Pepe”.

Palomita blanca

A mi abuela Gumer que, cada vez que terminaba de tocar la bandurria, sacaba la sonrisa más bonita y triste que he visto nunca.

Era la muchacha más bonita de aquel pueblecito pesquero de ese rinconcito de Sudamérica, ese que duele demasiado recordar. Era pequeña, tenía una melena larga y ondulada que solía llevar suelta y despeinada. Con su vestido blanco lleno de remiendos que resaltaba el tostado de su piel se contoneaba por las calles llevando su alegría, su canturreo, a todo el que se cruzaba con ella. ¿Envidiarla? Eso era imposible, nadie podía sentir ni un ápice de rencor hacia ella. Era la luz de ese lugar, era la sonrisa de todo aquel que lloraba. Cuando estabas triste se acercaba a ti y te susurraba "Llora tranquilo, yo reiré mientras por ti".

Y si de día brillaba, de noche relucía. "Lucerillo" la llamaban pues, en cuanto la primera estrella asomaba, sacaba su bandurria y con sus manitas llevaba la música a los oídos de todos. Era la llamada, todos iban con sus guitarras, con sus maracas, con sus voces quebradas… Allí en la orilla del mar cantaban y bailaban. La veías concentrada en su bandurria en cada canción, la veías desplegando su hilera de dientes grandes y blancos al terminar cada melodía. Era magia, no se puede describir de otra manera.

Y bendigo aquel día en que le devolví un guiño por esa sonrisa, ese día en que cogí una guitarra solo por acompañarla en su bandurria… Bendigo la noche que nos quedamos solos tras la música, la noche en que hicimos el amor entre las olas, con mi mano en su negro pelo. Qué felicidad, qué plenitud. Y las penas a su lado no eran amargas, eran dulces. Y los llantos abrazados no eran sufrimiento. Sus nanas mecían mis problemas hasta acallarlos y hacerlos desaparecer. Ay mi flor de la canela, qué aroma en tu piel, que alegría sostenían tus caderas llenas de curvas, cuánto alimento daban tus pechos.

Y la vida fue pasando entre el mar, bandurria y guitarra. Entre plátanos fritos y niños. Por cada día una cana. Qué bonito tu pelo de plata, tus comisuras de los labios llenos de arrugas chivándose de todas las sonrisas que regalaste. Qué bonitas tus manos ancianas sujetando la púa entre las cuerdas. Nunca dejaste de ser la muchacha más bonita del pueblo, los años avivaron tu luz. Te amé con todo mi ser, hasta mi último suspiro no pude creerme la suerte que me tocó: una vida plácida y tranquila a tu lado. Pero todo llega a su fin.

–He sido tan feliz en esta vida, mi amor, que temo añorarla el resto de vidas que me queden por vivir –me dijiste una de tus últimas noches.

Te comprendía tan bien, ojalá la vida en esta playa hubiese sido eterna.

–Mi vida, te juraré algo, por muchos siglos y vidas que pasen cada vez que toque una bandurria recordaré el calor de tus manos sobre mi cuerpo. Cada vez que termine una canción sonreiré por ti, aunque ya no sepa que es por ti, aunque ya no sepa quién eres, aunque ya no sepa por quién me siento como me siento al tocar una bandurria –concluiste.

Y se me fue un poco antes de irme yo. La despedí feliz, pero derramé lágrimas por ella y por esa promesa que me hizo. Sabía que había condenado su sonrisa, que ya siempre tendría un matiz de tristeza. Sabía que mi flor de la canela había entregado su sonrisa a la nostalgia…

La buscadora

Pasa, la vida pasa. Las calles pisadas una y mil veces. La calle que pisaste hoy, será la que otra persona pisó ayer, la que pisará mañana...

Vuela, tú vuelas. Gaviota sobrevolando el mar, águila en búsqueda...

Busca, ella busca, se pierde entre indagaciones, esas que la hacen temblar hasta los huesos y a la vez la hacen girar, expandirse... ¡Flotar!

"¿Quién soy? ¿Quién coño somos?" se pregunta. Mira a su alrededor y pregunta, se pregunta, la investigadora buscando pistas, una detective privada, privada e íntima...

Sube despacio por el cuerpo de su compañero, camina con dos dedos por su barriga. Está ahí pero no está, lo ve, pero no lo ve. Ahora son otros, ella es otra, él se vuelve chiquito ante la mujer. El pelo y las ganas encendidas, la vida latiendo. Ansias de conexión. Todo se apaga, la bombilla se apaga, pero la luz no, la luz nunca...

Una niña ríe, su carcajada es un cascabelillo repiqueteando, uno que llama a ángeles, hadas y duendes. Una niña curiosa busca respuestas entre las estrellas. La niña mimada de Dios, esa a la que mira con una sonrisa llena de amor mientras ella mira en todos los rincones, mientras ella busca la fórmula que lo explique todo. Y Él sonríe con ternura, la coge entre sus manos, la gira, la envuelve mientras ella sigue pistas con su lupa mirando al suelo. No importa, Él sabe que un día alzará la vista de una vez por todas.

"Soy. Yo soy" dice al fin. Y estalla, explota sin importar nada, sin explicación ni ganas de dársela. Ella en el centro, ya no hay otros, ya lo ve, ve su Luz, esa que alumbraba a los demás, esa que veía reflejada en otros.

Y entonces sí, entonces ya está, no hay más duda, no hay más... Entonces danza, su cuerpo hace movimientos imposibles. Pero es que ya se cansó de descubrir y quiere descubrirse, saltar de un lunar a otro, balancearse en las comisuras de sus labios, contarse secretos al oído, perderse en el bosque de su cabello...

Y lo mira, vaya si lo mira, en silencio... Él la descubre, ella le sonríe. Y no hay más, se desarma, se desarman, se aman mientras suben, mientras flotan alto muy alto. Se aman en el universo, se besan en

plena tormenta de estrellas, navegan los océanos de la Nada riendo, saltando olas como delfines divertidos y alegres... Ellos, son ellos, se aman y estallan en un big bang orgásmico que le da sentido a todo. Que crea mares, planetas y soles. Crean, crean... La copa se llena, la magia surge, la magia le sale a borbotones del pecho.

Nada, ya no hay preguntas ni ciencia que pueda distraerlos de lo importante...

La cámara se aleja rápidamente cual película de ciencia ficción. Sale del ojo de una chica. Una chica sentada en una mesa de escritorio, mordisquea un boli ante un folio en blanco, quiere llenarlo de respuestas, pero ya las tiene

Ramera

Cuando salía el sol, en esas décimas de segundo en que abría los ojos en su catre y veía los rayos anaranjados del amanecer, el mundo no era mundo.

En ese ratito maravilloso la luz entraba tan fuerte por su ventana que no dejaba pasar la pestilencia de las calles, el orín y los deshechos mezclados con el olor a perro muerto. En esas décimas de segundo olvidaba que le faltaban algunos dientes por la malnutrición y por alguna paliza también. En esas décimas de segundo olvidaba los harapos a los que llamaba ropa. Olvidaba que existían ratas y enfermedad. Que el pelo ya canoso se le caía a puñados. Olvidaba su vientre vacío y estéril. Olvidaba los pellejos que colgaban donde debía haber tetas, esas tetas que tanto orgullo le causaban en su juventud, esas que creía que amamantarían a una docena de hijos rubios y sonrosados, esas tetas que emanarían leche como para alimentar a un ejército. Esas tetas que no fueron capaces de alimentar a su amado soldado, esas que solo sirvieron para arrullarlo en su lecho de muerte, que empezaron a secarse aquel maldito día. Pero cuando el sol bañaba el cuartucho olvidaba todo eso. Los huesos mal soldados que le hacían cojear un poco, olvidaba el ardor entre sus piernas. Olvidaba la interminable lista de vergas que habían entrado en ella, olvidaba las palabras soeces y humillaciones a las que la habían sometido. El olor a semen rancio que emanaba de su colchón, olvidaba el aliento pestilente de esos hombres. El mareo de la cerveza, esa que tomaba para aliviar el dolor mientras la sodomizaban, aunque su culo desgarrado ya apenas sentía, ni siquiera cuando vaciaba su vientre en las letrinas.

Su vida dolía, dolía mucho, pero, en esas décimas de segundo en las que empezaba a salir del mundo de los sueños hacia el mundo de lo terrenal, en ese breve espacio de tiempo, era capaz de sentir magia. La que le decía que nada importaba: ni sus sueños, ni sus miserias. Que eso no era ella, que ella grande y hermosa. Era mucho más de lo que la carne le hacía ser. Y sonreía sin sentir el hueco de las mellas, sin sentir el vacío de su corazón, el vacío de haber perdido el amor, de haberlo sentido en un espacio tan breve. El vacío que crea ver partir a tu soldado. Pero en ese momento en que sonreía, en ese, todos sus huecos se rellenaban, el sol la aliviaba. Sentía sus dientes como una hilera de perlas blancas. Sentía su vientre preñado, sentía a su hijo jugueteando en sus entrañas, sus pechos tersos y rebosantes... Y sentía a su soldado. Lo sentía manoseando sus tetas, lo sentía entrando y saliendo entre sus piernas jugosas y sanas. Lo sentía acariciando su

pelo, susurrándole al oído que esas décimas de segundo eran las únicas que valían, lo único real. Era lo único. Esas décimas de segundo eran la vida, la magia.

Pero entonces el sol terminaba de salir, ella terminaba de despertar y eso se desvanecía. Sus pechos volvían a estar secos, su vientre volvía a estar vacío, su entrepierna infectada, su corazón roto, su mente volvía a ser humana y miserable. No le importaba, volvería a amanecer, el sol volvería para hacerle olvidar por un segundo que en la puerta de aquel edificio había colgado un ramo. Su soldado volvería con esos susurros que le hacían olvidar que era una ramera.

La chica de la mochila amarilla

Te miro furtiva. Quisiera acercarme a hablar contigo, decir todo esto que siento. Que mi voz llegase a tu alma, la hiciese despertar como tú despertaste la mía con tan solo una sonrisa. Pero soy cobarde y lo único a lo que me atrevo es a escribir esta carta. Quizá la deje bajo la taza o quizá la queme viendo cómo mi coraje se consume.

Te miro furtiva. Veo tu sonrisa, la amo a escondidas desde aquel día que me la dedicaste al servirme ese café, sin saber qué removerías dentro de mí ¿Crees en otras vidas? ¿Crees en el destino? ¿Crees en la magia? Yo no lo hacía hasta que nos cruzamos y algo me gritó que tenía que estar a tu lado, que era de tu mano de la que tenía que caminar. Algo me gritó tan fuerte que los oídos me pitaron, la vista se me nubló y una efervescencia recorrió todo mi cuerpo, desde el meñique del pie hasta mi cuero cabelludo. La sensación de que te conocía, la sensación de una confianza lejana me sacudió ¿Cómo era posible? Jamás había venido a este café, jamás había visto tu rostro. Pero tu sonrisa me era tan familiar que me dieron ganas de lanzarme a tus brazos gritando un "¡Al fin te encontré!" Y es que siento que llevo siglos buscándote, como si hubiésemos hecho una promesa en una vida lejana, la promesa de reencontrarnos.

Y todo esto es muy hermoso, pero yo soy tan cobarde ¿Qué clase de loca pensarías que soy si te contase todo esto? Si llegases a leer esta carta. Soy la loca que intenta callar una voz profunda que le grita que estamos hechos para estar juntos, que tus ojos ya me conocen, ya me aman, al igual que lo hacen los míos. Soy la clase de loca que sabe que nacimos para morir de amor, para besarnos hasta que nos escuezan los labios, abrazarnos hasta que se nos cansen los brazos, desearnos hasta que se acaben los amaneceres.

Pasas a mi lado sirviendo café a otras personas, me ves escribir y no sabes que mis palabras son para ti, que todas mis palabras son tuyas. Pasas a mi lado y me duele no ser capaz de decirte nada fuera de lo cortés. No soy capaz de decirte que sé que juntos el mundo sería nuestro, que explotaría al ritmo de nuestros latidos, que llenaríamos de luz las noches oscuras. Juntos descubriríamos que nuestros cuerpos abrazados forman sólo uno.

Pasas a mi lado distraído, de una mesa a otra, ignorando que te amo desde una parte desde la que nunca amé. Ignorando que esa muchacha pequeñita que viene cada tarde a tomar un café y se sienta siempre en la misma mesa a escribir, y tú estáis hechos para algo grande, para

algo intenso y mágico. Estáis hechos para morir de amor.

Con todo el deseo y el amor que me despiertan tu sonrisa:

La chica de la mochila amarilla

Cabaret

El Cabaret siempre me ha fascinado, estoy convencida de que en otra vida fui una bonita y triste cantante de un decadente cabaret. Sería un local abarrotado de oficiales, de ricos y pervertidos personajes deseando hacer realidad sus fantasías con cualquiera de los que allí trabajábamos, chicos o chicas, cada uno tendría sus preferencias.

Me imagino bailando y cantando con un vestido que deja poco lugar a la imaginación, con flecos y plumas. Me imagino maquillándome frente al espejo para hacerme más apetecible, sabiendo que al final de la noche esas pinturas no serán más que churretes, pues ¿Acaso el cabaret no iba de eso? De pintar de arte y belleza algo tan duro como es la prostitución. Y me pregunto si no fue en esa vida donde se instauró en mí la sensación de que lo triste es hermoso. En esa vida en la que disfrutaría cantando pero lloraría follando.

¿Azotaría el culo de algún militar? ¿Recibiría alguna paliza de otro? ¿Acabaría las noches refugiada en la cama de alguna compañera? Esa cama en la que nos daríamos el amor que no recibimos de nadie más. Sí, estoy segura de que busqué besos y caricias femeninas pues solo alguien que sufre como tú puede darte el consuelo apropiado, sin paternalismos ni juicios. Seguro que nos entendíamos, casi puedo recordar sus labios carnosos sobre los míos…

Quizá esto que digo es una locura, pero a mí me salva y me eleva, me gusta crear recuerdos para dar explicación a muchas de mis actitudes. Y claro que podéis tacharme de loca, pero qué importa. Me gusta recordar a mi compañera, me gusta imaginarme bailando y cantando feliz sobre un escenario cutre, cantando sobre las verdades de la vida. Cantando que soy feliz en el fondo porque la vida es un cabaret, que te da la pena y te devuelve la felicidad sobre las tablas. Que al acabar la noche te hace pensar que no puedes más, pero al despertar por la mañana estás deseando calzarte de nuevo los zapatos de actuar, para sentirte grande y hermosa mientras cantas y seduces a aquellos que luego aborrecerás. Pero… ¿Acaso esa magia no lo vale? Sentir la emoción del aplauso, sentir tus pulmones vaciarse en una canción, divertirte bailando y contoneándote ¿Acaso el consuelo después del llanto no es amor? ¿Acaso los labios de una compañera que sufre lo mismo no sería magia suficiente? ¿Acaso no nos querríamos con locura? Pues ambas sabríamos nuestro más oscuro secreto, ambas lo compartiríamos: nos valía la pena, sí, sentirnos poderosas sobre el escenario, valía la pena. Y también siendo folladas, pues el que nos contrataba solo mordía el anzuelo que le habíamos puesto delante.

Sentir ese poder valía la miseria y las lágrimas, pues estas serían secundarias, sentir ese poder lo valdría todo…

Sí, yo fui una bonita y triste chica de cabaret, estoy segura de que, bailando sobre las chirriantes tablas, cantando a pleno pulmón solo cantaría la verdad: Era poderosa, soy poderosa y ninguna circunstancia, ni ninguna vida, cambia eso.

Guerrero

Gira, gira, gira perdido entre los gigantes rocosos. El mar choca contra el acantilado. La armadura de cuero rígido le roza por todos lados, el mareo de la cerveza lo aturde. No sabe dónde debe ir, solo ha sentido la necesidad de correr. Estaba allí en la taberna tranquilamente y no ha podido más, no ha aguantado más. Se ha levantado y ha echado a correr hacia los acantilados en busca de no sabe qué...

Gira, gira. Al principio enfadado. Siente el peso de una carga lejana, algo que no le corresponde, o sí. El elefante le pisa la nuca, no le deja levantar la cabeza, no puede despegar la mirada del suelo. Gira y gira al filo del precipicio. Siente que todo depende de él. ¡¿Y qué cojones es todo?!¿Qué hay más que sus batallas, que su honor y su gloria? No hay más, no hay más que la revolución, no hay más que la lucha y la espada, no hay más...

¿O sí?

Gira, gira... La rueda del tiempo gira y él no lo sabe. Los círculos concéntricos que son sus vidas están a punto de alinearse. El poder del universo está a punto de caerle encima como un rayo, un rayo que lo parta en dos, que le rompa todo en lo que creía: los esquemas, la lucha, la guerra, el odio y la ira... Todo se partirá en dos, no habrá más él, no habrá más yo, no habrá más cerrazón, no habrá más crueldad, no habrá más honor y más gloria. No lo sabe, pero está a punto de soltar la espada para siempre...

Gira, gira, pero algo empieza a cambiar, comienza a sentirse más ligero, casi se siente flotar. El peso de sus músculos se desvanece, ahora le parecen elásticos... Se siente ágil, no sabe quién es, pero se ve muchacha corriendo por el bosque, desnuda, saltando de piedra en piedra, de rama en rama, una ardillita alegre, pequeña y frágil. “¿Quién es? ¿Qué significa? ¿Por qué puedo saber qué piensa? ¿Por qué sé qué siente? ¿Por qué puedo disfrutar de su carrera, de su paso veloz? ¿Por qué mis músculos cambian? ¿Por qué se transforman en los de la joven? ¿Por qué mis células parecen mutar? ¿Por qué? ¿Acaso no mutan, sino que recuerdan? ¿Yo? ¿Una frágil y pequeña muchachilla? ¿Yo?”

Gira, gira, no deja de girar. La música de los tiempos lo posee, la melodía de su existencia lo mueve, lo mece, lo rompe, lo transforma... No más sangre, no más odio, no más cerrazón, no más armadura, no más honor, no más gloria...

LEVEDAD

Ya solo hay levedad, parece que todo fuese más lento, a cámara lenta, su movimiento ha cambiado, su percepción también. Se contonea como una bailarina, como una chamana, como una bruja... Con todo lo grande que es, con ese cuerpo lleno de pelos y músculo... Y ahora parece la bailarina más grácil de todo París. La armadura se desprende como si fuesen pétalos de flor. Acaba desnudo, no se da cuenta, pero está desnudo. No le importa, jamás sintió nada igual, jamás hubo un disfrute mayor, una comprensión mayor. Parece que danza solo, pero danza con los que es, con los que están, con los que son... Danza y se vuela, gira en el aire, recorre las nubes, las estrellas, el universo. Viaja por la tierra, una tierra diferente a la suya, una tierra exótica, una tierra de la que desconocía su existencia. Ve a la chica correr, ve a los osos, ve los conciertos, ve las danzas, ve las guerras, ve a los indios, ve al marinero, ve, ve y ve... Y en un segundo está ante él, ante un hombre sentado con las piernas cruzadas, los ojos cerrados... Se acerca mucho, lo mira, lo examina ¿Quién es ese extraño hombres? Es quien lo ha convocado. De repente abre los ojos, no se asusta. Tienen la mirada muy cerca.

–Basta –dice el extraño hombre, sin enfado, pero contundente. No hay lugar a la desobediencia.

Algo lo arrastra velozmente por entre los tiempos de nuevo, va de regreso a su acantilado...

Gira, gira y, de repente, para. Abre los ojos y mira al cielo.

–Lo sé, lo entiendo. Ahora os escucho. Ahora te escucho.

Hermosa campesina

Una hoja cae lentamente desde la copa del árbol, flota en el aire, se sostiene...
Una pluma flota también, junto a ella...

Había una vez una niña que vivía en un pueblecito, cada mañana salía al campo a hacer sus tareas con la misma alegría que quien va al mejor sitio del mundo. Los campos tostados de cebada la acompañaban en su caminito, cada día. No había nada que esa niña desease más que levantarse cada mañana y pasearse por aquello campos.

Sabía que había más mundo, más mundos, claro que lo sabía, pero no le importaba, ella sabía que tocaba disfrutar de lo sencillo, sabía que tocaba tener una vida plácida, en la que la única misión fuese no perder esa chispa, ese brillo de pura inocencia que tenía... Parecía poco, pero ella sabía que era muy importante, que todas y todos los que era, dependían de ella... Ella sabía que era una pequeña gran pieza de un gran engranaje.

Estaba orgullosa de su misión, no quería otra, no la buscaba ni deseaba. Cada mañana se levantaba y miraba por la ventana los campos de cebada, no había visión en el mundo que le gustase más.

¿Y por las noches? Por las noches soñaba, viajaba lejos, se convertía en otros seres, era árbol, era pájaro conquistando el cielo azul, era delfín que saltaba de ola en ola, divertido y fugaz, alegre como lo era ella... Por las noches, miraba a la inmensidad y buscaba una estrella, una muy concreta, su estrella, esa que le hacía sentir la grandeza, el momento, esa que le prestaba el brillo para que lo conservara en su mirada...

¿Y por las noches? Por las noches los ángeles venían a visitarla, le besaban la frente y le acariciaban los pies...

Nadie sabía nada de esto, no era necesario. Para sus padres, para el resto del pueblo, era una chiquilla más, una entusiasta y alegre, pero sin nada extraño, sin más destino que el que parecía haber en ese pueblo para todos: campo, labranza, matrimonio e hijos...

Y así fue, se casó con un buen hombre. Uno que no exigía, que no bebía, que no golpeaba. Uno que no era capaz de filigranas pero que

la quería con todo ese diamante en bruto que tenía por corazón.

Una Navidad, una ya muy añeja, de esas en que los niños casi están preparados para irse del nido. Una Navidad de esas que parece que empiezan a perder ilusión. Pues esa Navidad él le regaló un farolillo labrado. No sabía de dónde lo había sacado, qué mercader pudo cruzarse con su tierno campesino. No importaba, lo miró con los ojos muy abiertos, llena de ilusión. “Ahí está, eso es lo que quería regalarte de nuevo. Ese brillo que tenías de chiquilla, ese que veía cada mañana con la hoz al hombro cuando seguía a mi padre a los campos de cebada. Mi alegre niña que canturreaba cancioncillas inventadas. Yo no sé explicarlo, soy hombre rudo y de poca escuela, ya lo sabes. Pero hace mucho que veo que te apagas y necesitaba recordártelo”. Ella rompió en llanto y se abrazó a su cuello, no se había dado cuenta de cuánto amaba a aquel hombre brutote y desgarbado. Era su guardián, le había recordado su misión, le había devuelto el brillo de su estrella.

Entonces lo supo, supo que todas sus vidas se habían envuelto en una alegría especial, en un canturreo mágico...

Y lo notó, volvió a notarlo, los ángeles le besaron las mejillas y jamás dejó de sentirlo...

La luz suave de un atardecer, una hoja que cae, una pluma que danza con la suave brisa, sostenida, esa que no nos damos cuenta, esa que parece pasar desapercibida, sin embargo, tiene la misión más importante, contagiar, estar, SER...

V

–Merula, hablas mucho de amor en otros, pero ¿Qué hay de ti? ¿Tú has amado?

Merula me sonrió y los ojos se le iluminaron…

–¡Cómo no hacerlo! El Amor no es solo el que se manifiesta en una relación de pareja, el Amor es la energía que nos compone. Cuando amamos a otro simplemente estamos siendo capaces de reconocer esa energía y nos maravilla y queremos más… ¿¡Cómo no hacerlo!? El problema de creer que amar es siempre a otro es que si ese farol en el que vemos la luz se aleja nos sentimos perdidos, sufrimos, creemos que se acabó esa sensación. Pero si fuésemos conscientes de que no era más que un reflejo de nosotros nos daría igual si la otra persona está cerca o no. Nunca jamás nos podríamos contar ese cuento tonto, ese que dice que no tenemos Amor en nuestra vida. Negar eso es negar la propia ciencia de quienes somos, es una incongruencia, si decimos que no tenemos Amor estamos afirmando que no existimos. Yo Amo siempre, en todo momento, pero si lo que quieres saber es si manifiesto ese amor de una forma especial con alguien te diré que sí, que tengo un alma compañera, un alma con la que pacté manifestar el Amor de pareja, no sólo en esta vida, también en otras. También pactamos no encontrarnos por siglos, eso no me impidió seguir amándola. En otras vidas me enamoré de otros hombres, de otras mujeres, pero nada fue igual que lo que esa alma y yo tenemos. En esta vida andamos de reencuentro, en esta toca saborearnos, disfrutarnos, vivirnos, lamernos, comernos… En esta vida nos toca amarnos sin medida, de la forma más auténtica que se nos ocurra. En esta vida solo toca sanar lo que pudiésemos haber trastocado en otras. Sí, tengo un alma compañera, alguien que me lleva a descubrir mis límites, yo los suyos, alguien con el que hacer magia, con el que recordar, con el que ser muy bruja…

Siempre imaginé a las brujas solitarias, pero Merula me habló de su compañero del alma, su llama sagrada, como ella lo llamaba. Me contó cuánto lo amaba y cuánto lo amaba Él a ella.

–Cuando hables de Él en el libro escríbelo con mayúscula, ha habido y habrá muchos “él” pero, como Él, ninguno.

Merula me contó mucho sobre ellos, pero lo cierto es que parecía una relación tan profunda, compleja y sencilla a la vez, que siempre me

quedaba la sensación de que había mucho que desconocía por completo. Espero que en este trocito de su historia de amor haga honor, aunque sea de forma sutil, a lo que percibía de ellos.

Ciego

Caminaba cierto día por el desierto de tu barriga, sediento venía de las suaves dunas que son tus pechos. Mordí en ellas la arena, agarré fuerte los granos que se escapaban entre mis manos. No quemaba, era templada, cálida y acogedora. Esa arena es mi hogar, esos pezones son mi asiento.

Caminaba cierto día sediento por el desierto que es tu barriga, cuando tropecé y caí en el pozo de tu ombligo. No había agua, era solo hueco, pero agradecí el frescor de su profundidad. Cogí fuerzas para subir y regresar al camino para saciar mi sed. Subí la suave inclinación de tu monte de Venus, qué colina tan hermosa, hecha de tierna tierra que al tumbarte se amolda a tu cuerpo, ternura que al tumbarte te hace sentir que flotas. Podría haberme quedado allí, pero yo quería el agua sagrada que tienes entre tus piernas, quería saciarme allí, anidar entre tus labios, dormir con la cabeza en tu clítoris, arropado con tu suave piel…

Caminaba cierto día por tu cuerpo, lúcido pero sediento de ti. Pensaba, divagaba: Y es que eres mi mundo, un mundo complejo y hermoso. Con el desierto de tu tronco, la colina de tu pubis, la cueva entre las piernas, el estrecho túnel que es tu culo, el hermoso y salvaje bosque de tu pelo, el mar de tu boca… Déjame vivir aquí, yo te habito porque tú lo permites, déjame vivir aquí.

Construiré una cabaña en tus nalgas, las araré, haré surcos en ellas para que crezca mi trigo. Para que crezcas, para que me alimentes. Sé mi Ceres, sé mi Diosa, yo te rendiré culto en el altar de tu nuca, ese que besaré para que te estremezcas… Déjame hacerme viejo explorando tu cuerpo, no moriré sin haber descubierto cada uno de tus lunares, ese es el oro que das. Déjame andarte, déjame entrar en tus recovecos, déjame descubrir tus misterios, esos que van más allá de tu corteza. Déjame acurrucarme en el hueco de tu clavícula cuando esté triste. Déjame morder tu carne cuando esté enfadado pues saborearte es mi calma. Dame ese trocito de ti, por favor. Y déjame sufrirte, padecer el terremoto de tus temblores, las sacudidas de tus escalofríos. Ahógame con tus lágrimas, hazme temer el sonido de tus de tus lamentos, me refugiaré entre tus dedos cuando vengan los huracanes de tus miedos, el tornado de tu dolor…

Caminaba cierto día por el cauce de la columna en tu espalda, me dirigía a tu rostro, quería asomarme a tus ojos. Me senté en la punta de tu nariz a observarlos. Me daba vértigo su profundidad ¿Hasta

dónde llegarían? ¿Cuántas cosas que no entiendo hay en ellos? Miraba fijamente cuando un destello inmenso salió de ellos y me dejó ciego. Lloré, lloré mucho. Ya no podría ver tus dunas, tus sonrisas, ya no podría ver los surcos de tus nalgas…

Gateaba cierto día por el desierto de tu barriga, subía hacia tu cuello palpando pues no podía ver. Sentí la templanza de tus pechos como nunca lo había hecho. Avancé y llegué al esternón, allí pegué la oreja al suelo y a través de la piel escuché tu corazón como jamás lo había hecho. Era el sonido de mi mundo, era la música de mi vida…

Gateaba cierto día por el desierto que es tu barriga, ciego y feliz. Había comprendido que a ti no hay que adorarte, no hay que verte, ni beberte... A ti hay que vivirte.

La gente folla y muere

Si pudiera elegir, elegiría morir follando. Morir tras un orgasmo salvaje e intenso, morir en el placer, morir tocando el cielo. Así moriría cerca y el viaje sería corto. Galopar sobre unas caderas con el dolor de los huesos y la vejez, con el sudor rodando por una piel arrugada y llena de historia. La historia de alguien que hizo lo que le dio la puñetera gana.

Si pudiera elegir elegiría morir juntos en un orgasmo, un orgasmo lleno de pasión y unión, haciendo lo que más nos gusta. Que nos encontraran inertes el uno sobre el otro y que el periódico gritara al día siguiente que dos ancianos murieron haciendo el amor, que el periódico le gritara al mundo una historia de sexo y muerte. Justo aquello que no quieren oír, y es que la gente folla y muere, es algo inevitable. La gente se corre y da últimos suspiros. Y, aunque no quieran aceptarlo, son los momentos más lúcidos del ser humano, los momentos en los que la carne conecta con su lado divino. Por lo que he vivido, por las personas a las que vi morir, por las personas que me cuentan cómo es su sexo, puedo afirmar que justo en el momento del orgasmo y justo en el momento de morir estás en paz. Nada atenaza la mente, nada da miedo, no importa ser feliz o no, solo hay expansión, estás tú y solo tú. Porque las personas follamos juntos, pero nos corremos solos.
Si pudiera elegir, elegiría morir desnuda tal y como llegué al mundo el día que mi madre me parió, tal y como corrían los primeros hombres por la primera tierra. Desnuda y bella, bella en mi vejez, con la cara iluminada y sonriente. Bella y bien follada, conectada a Él, conectada a la verdad humana: follamos y morimos.

Podemos negarlo, podemos intentar que los niños no se enteren, hacerles creer que el sexo no existe, que la muerte no existe, que los bebés vienen de París y el perro se ha ido a una granja. Pero les estaremos negando su naturaleza, les estaremos negando un aprendizaje progresivo, una información inevitable y vital. Y es que ese niño ya adulto follará y morirá, porque la vida es así. Porque el instinto pide sexo y el tiempo corrompe la carne. Venimos y nos vamos, y no pasa nada, esto es solo un teatro, es solo la escena de una de las mil películas que viviremos. En el éxtasis y el lecho de muerte lo sabemos.

Si pudiera elegir, elegiría morir en Su cama, en Sus sábanas entre Sus brazos… Mi última palabra sería un “Gracias” gemido y profundo. Un gracias por dejarme ser natural y salvaje, por dejarme morir conectada

y pletórica, por dejarme ir colmada de placer y divinidad. Por algo me siento una diosa sobre Sus caderas, una diosa poderosa. Mi última palabra sería un “Gracias” por dejarme morir llena de poder, el poder de una diosa del sexo y la muerte.

Al día siguiente los periódicos le gritarían al mundo una verdad dura y preciosa: la gente folla y muere.

Dormir agarrado a su teta

Es mágico tenerte a mi lado cada noche, notar tus pequeñas manos sobre mi cabeza los días que no puedo dormir. Tus respuestas, esas que me cuesta creer, pero me dan la calma que necesito a veces para vivir. Tu cuerpo es mi templo, ese en el que puedo pintar, ese que puedo arañar y morder, ese que puedo romper para reconstruir algo aún más bello. Te miro, tú dices que soy el responsable de lo que eres, y yo no puedo creer que algo tan hermoso esté hecho con mis manos humanas. Si tú eres divina, si tú eres magia y sueño, si tú eres universo. Un pequeño universo que a veces cuesta entender, que a veces es belleza, a veces oscuridad, a veces vida y a veces destrucción. Un universo que es mío, pero a la vez desconozco. Que controlo, me pertenece o, al menos, yo lo porto. Lo cojo entre mis manos como una delicada y poderosa esfera.

Y yo no entiendo el mundo como lo haces tú, a veces tus lógicas no tienen ninguna lógica. A veces tu orden es un caos. Pero quiero vivir rodeado de ti, quiero cerrar los ojos entre tus pechos que son estrellas, penetrar tu vientre y sentir la Luna con la punta de mi polla, quiero perderme en tu sonrisa que es el sol. Noto el sabor del cielo cuando te muerdo, el sonido de la vida cuando gimes dolorida, cuando tu boca se abre un poquito por la queja y, entonces, meto mi lengua en ella. Quiero perderme en el agujero negro que son tus besos. Quiero vivir mirando la vida por la ventana de los misterios que son tus ojos. Y yo soy ciencia, soy matemáticas, pero tú rompes mis esquemas. No creo en magias, pero sí en la tuya. Sí creo en ti, aunque tu lenguaje no sea el de las ecuaciones, aunque tu lenguaje sea el sentir. Llamas algo en mí, algo que a veces se traduce en fuerza y pasión física. Y otras se traduce en despertarte sonámbulo, amarte desde una parte que yo no sé qué existe pero que se despierta cuando mi mente se apaga. A veces se traduce en abrazarte fuerte cuando lloras, aunque el dolor que te provoca las lágrimas sea un dolor que no comprendo, un dolor que no sé de dónde viene. Pero te duele, te lo noto en el pecho, lo noto en tu llanto, no mientes, a mí no puedes. Tus verdades borran todas las pizarras de los científicos que conozco. Y es que, como dice la canción, “tu locura es mi ciencia”.

A veces te crees loca y yo te digo que sí, que eres mi loca, esa que provoca cosas buenas en los demás. Qué enfermedad hay que tratar cuando esa locura la gente encuentra ánimo. Qué más da si lo son o no. Pero, te contaré un secreto: no creo que sean locuras, solo eres una persona que ve cosas que otros no podemos. Y yo sé que tengo suerte porque yo entro en ti, duermo agarrado a tu teta, abrazado a esa

magia que yo aún no veo. Tengo suerte porque me sujetas fuerte para llevarme contigo a tu mundo.

Te miro, miro tu cuerpo, ese que me vuelve loco a mí. Al final quizá seamos dos chalados, cada uno a nuestra manera. Las curvas de tu cintura me llenan de vértigo, son el tobogán de mis deseos. Miro tu barriguita, esa que me gusta pellizcar, esa que te hace única para mí. Porque eres la diosa de mis fantasías. Dices que quizá nos hicieran a medida el uno para el otro, y te creo. Tus pechos encajan perfectos entre mis manos, tus labios se amoldan perfectamente a mi polla, esa que se encaja al milímetro con tu vientre. Por no hablar de tu olor, da igual de qué parte de tu cuerpo sea, es tan satisfactorio el aroma a mora de tu cuello como el olor a diosa de tu flujo. Toda tú me enciendes, quiero amarte, follarte, protegerte. Quiero subirte sobre mis hombros y verte volar. Te ves tan hermosa volando, son tan hermosas tus alas, esas que ya no están rotas.

Ojalá pudiese decirte todas estas cosas, ojalá las palabras me salieran tan fluidas como a ti. Pero no pasa nada, estamos hechos a medida y me lees la mente. Tu entiendes todo esto cuando te digo que eres la mejor compañera que puedo tener, tú sabes qué siento cuando me huelo los dedos mojados en ti... Tú sabes traducir mis silencios.

Cántame una de tus nanas, déjame envejecer a tu lado, dime que lo haré, dime que lo has visto, que lo sabes, que tu intuición te lo dice. Dime que veré tu rostro lleno de arrugas, dime que tú verás el mío, dímelo. Si, como dices hay más vidas, ninguna puede ser mejor que está a tu lado. Me da miedo no recordarte en ellas. O recordarte y no tenerte. No sé qué asusta más.

Sabes amarme, yo sé amarte. Dime que existe lo eterno para que esto no acabe.

¿Has amado alguna vez a una bruja?

¿Has amado alguna vez a una bruja? ¿La has poseído?

Dice la leyenda que sus orgasmos son mágicos, sanadores. Que si logras arrancarle uno te lleva al cielo, al infierno. Que te hace volar. Que la electricidad recorre cada uno de tus nervios. Que notas el alma, por muy humano que te creas, notas tu alma…

La busqué, ella me buscó. Las leyendas siempre tienen algo de cierto, quien las cuenta pone siempre un trocito de verdad en ellas. La busqué por los siglos y las vidas. La busqué entre mil experiencias y la encontré, me encontré, en esta vida extraña de estrés y convencionalismos, en esta vida que casi nos hace olvidar que ella es una bruja y que yo andaba a su acecho.

¿Has amado alguna vez a una bruja? ¿La has poseído? Es algo único. Amarla es irremediable. Aunque ese día sea toda tinieblas, aunque a veces su luz se torne fuego, aunque a veces sea algo loca, algo irreverente. Amarla es irremediable, no importa si se vuelve gris y se pierde sola por su mundo, ese al que jamás tendrás acceso. Pero poseerla, ay amigo, poseerla es indescriptible. Poseerla es como tener todo el Universo y a la vez no tener nada. Porque la bruja se entrega, pero jamás es tuya. No importa lo que ella diga, lo que ella defienda, tú lo sabes, no es tuya. Ella pertenece al viento, al bosque, a los atardeceres, esos que venera asomada a la ventana, a la Luna que guarda en el centro de su pecho. Pertenece a otra dimensión. Venera a Dios y a su demonio, y ese, lo sabes, eres tú. Pero no es tuya.

La bruja danza, se contonea como no has visto nunca a nadie. Puedes creer que lo hace para ti, pero no es cierto. Danza para ella, danza para sentir la vida recorriéndola, para sentir el placer de sus músculos retorciéndose. Tú puedes verlo, puedes disfrutarlo, pero no te pertenece… Amar a una bruja, poseerla, es irónico, cuanto más descubre ella que no es de este mundo, que es una Diosa hecha carne, más te da, más te ama y más te adora. Sois una extraña simbiosis, la metáfora perfecta del amor. La dualidad, entre poseer y ser poseído, entre darse y tomar ¿Acaso no va de eso el amor? ¿Acaso no va de ser amante y amado?

¿Has amado alguna vez a una bruja? ¿La has poseído? Son impredecibles. Te llevan al cielo, al infierno… Ay amigo, pero qué cielo, qué infierno…

Yo busco el orgasmo de la bruja, los colecciono como el que colecciona joyas. Cada uno me provoca una magia distinta, cada uno me descubre una sensación diferente. Los robo cuando se escapan de su cuerpo. Soy el ladrón de guante blanco del sexo.

A veces se lo pido, no lo escondo… “Dame tu orgasmo” le ordeno y ella, tan mía, hace su magia. Cabalga sobre mis caderas y la veo crecer, la veo hacerse grande y poderosa, la veo hacerse etérea, la noto asirse con sus muslos a mí para no volarse. Y llega, el orgasmo llega mientras me siento un privilegiado de estar bajo ella. No se lo digo, pero me siento incapaz de hacerla mía… ¿Cómo un humano de carne y hueso podría dominar algo tan mágico, tan grande?

Pero otras veces me pongo tras ella, la rodeo con mis brazos, la penetro así. Y se hace pequeñita, se hace diminuta entre mis manos. Se toca y le noto un placer diferente, el de dar, el de despojarse de todo poder, el de hacerse vulnerable. La magia de ponerse en mis manos. La miro excitarse cada vez más, disfruta. Agarro su cabeza, tan pequeña, tan diminuta en mis manos. Y llega, el orgasmo llega y lo atrapo. Esta vez hizo la magia inversa, fui yo quien me sentí divinidad.

¿Has amado alguna vez a una bruja? ¿La has poseído? Es vivir en la dualidad, no es fácil, pero es tan delicioso, tan único…
Ay bruja mía, qué tuyo soy. Ay bruja mía qué libre eres, qué alto vuelas y qué hermoso cuando me amas tan humana, tan carnal.

Volver a llorar

Terminamos de ver una serie en el sillón, en Su sillón, estamos tumbados, Él me abraza por detrás.

–¿Qué piensas? –dice.

Y las lágrimas empiezan a rodar, salen solas. El llanto me nace de un lugar lejano y profundo, un lugar que hacía años no visitaba.

Lo recuerdo aquel septiembre, aquel nuestro primer septiembre. Estábamos tumbados en la cama de su dormitorio, las lágrimas rodaron al igual que lo hicieron anoche… Él me miraba, era la primera vez que me veía llorar. Nunca he sentido a nadie de esa manera, nunca he visto unos brazos tan llenos de deseo de consolar. Me rodeaba y me estrechaba contra su pecho, intentando protegerme de esa marea de lágrimas que me arañaban la cara, de ese quejido que solo sacan los buenos llantos…

Muchos años pasaron después. Vio muchos llantos saliendo de mi soberbia, de mi coraje, de mi capricho. Muchos llantos que salían de una capa más superficial. Quién puede culparlo por haberse acostumbrado a mis lágrimas, quién puede culparlo de no sacar ese instinto de consuelo cada vez que me veía llorar. Y es que yo no volví a llorar como aquel septiembre, no volvía a llorar de manera tan desgarradamente limpia, no volví a llorar con lágrimas tan profundas…

Pero anoche lloré, no quería llorar, ni siquiera estaba conscientemente triste. Pero las lágrimas salieron fáciles acompañadas de ese quejido, otra vez ese quejido… La vida volvía a abrumarme exponiéndome a grandes cosas que solo ella sabe que puedo enfrentar, que solo la puta vida sabe que puedo sobrellevar. Y es que nadie me dijo que empezar a ser consciente de tu valor doliera, que escuchar al fin lo bonito que tienen los demás para ti fuese fácil. Nadie dijo que era duro, que era difícil empezar a vislumbrar tu magia, tu esencia. Los oídos pitan, el estómago da pequeños saltitos, el corazón quiere salir de ti, la cabeza te da mil vueltas… Y lloras. Anoche lloré y sus brazos volvieron a ser aquel cobijo, volví a sentir aquella primera ternura que brotaba de su pecho. No podría haber consuelo mayor. No hacían falta más palabras, no hacían falta más personas, más besos... Nada, Él, sólo Él. Y es que hace magia conmigo, Él no lo sabe, no es consciente de lo que me dice sin hablar. Anoche me consoló, me protegió, me dejo llorar libre, me dejó expresar mis angustias, mi miedo a que la vida que me espera me

supere, mi miedo a no ser suficiente… Y mientras lloraba entre sus brazos descubrí uno más de sus secretos: su pecho, su abrazo, es capaz de transformarse en máquina del tiempo. Es capaz de llevarme tiempo atrás, a mis 17, en esa cama, en ese momento en que yo lloraba y Él ejercía por primera vez de Guardián, de mi duro y protector Guardián.

Anoche lloré y me sentí la persona más especial y querida del planeta.

Hagamos magia

Dicen que la magia es como un reguero de chispitas que puede cambiar algo, dicen que es un hechizo, una poción, un cántico. La magia es pasión, la magia es amor, la magia es el empuje exagerado de una ilusión. Es el potro desbocado que olvida las leyes de la ciencia para conseguir sus objetivos.

Te miro a los ojos, veo su negrura, veo el infinito en ellos. Veo la pasión, la ira, la rabia y la impotencia. Veo el temblor de un niño asustado que no sabe si merece ser amado, veo el poder de un dios que aún no sabe que lo es. Veo miedo, veo tristeza. Veo eones de historia atrapados en tus ojos, eones siendo ignorados, conocimientos bloqueados. Crees que esto es lo que existe, crees que cuentas solo con lo que en esta vida aprendas, pero ya lo sabes todo, ya lo tienes todo. Solo tienes que sacarlo, danzar conmigo en esa danza infernal que es la magia, que es la locura. Que desafía la lógica, que cree lo que nadie debería creer, lo que parece tan absurdo.

Desata tu magia ¡Oh, amado! Déjala que salga, olvida quién eres para recordar Quién eres. Es un llamado, este es mi hechizo, esta es mi petición. Es mi deseo que me llena de poder, de magia, para que se cumpla. Convoco aquí al Ser que eres, quiero que solo Él me haga el amor, quiero que solo Él se manifieste.

Puedo ser todo lo tierna que quieras que sea, puedo acurrucar tu cabeza entre mis pechos, puedo acunarte y cantarte nanas. Puedo darte mi lujuria y mi sexo, puedo darte la llave al universo. Soy una bruja, una que hace magia. Soy una loca que cree que la hace. Déjame fundirme a ti, déjate fundirte conmigo, siente lo que yo siento. Conviértete en mí, deja que yo me convierta en ti.

Descubre mis vidas, toma mi sabiduría, dame la tuya... Te conozco, eres fuego, eres pasión, eres un torrente de poder desmesurado. Una exageración que una mente humana no puede comprender. Eres azul, un azul profundo e intenso, el azul más hermoso que jamás haya visto. Eres alto, eres grande, no, eres inmenso. Joder, eres infinito. Eres el abrazo que mi alma necesita, ese que añora, ese que como humana busco desesperada. Recuerda, por favor, recuerda mi Amor, recuerda Quién eres, todo lo que sabes. Recuerda todo lo aprendido, recuerda los siglos que te conforman. Recuerda las lágrimas que derramaste, recuerda las pérdidas, recuerda los amores, recuerda las risas infantiles que te componen... Recuerda las miles de palabras que tus labios han dicho, esas que vuelan hasta mis oídos como dulces

mariposas a susurrarme secretos. A contarme que nosotros ya nos conocíamos, que esta vida no es más que un regalo. Vienen a contarme que elegimos estar juntos.

Vienen a decirme que te grite, que te folle con rabia. Vienen a suplicarme que te despierte, que nada importa. Que somos una bomba de luz a punto de estallar. Que siempre tuvimos las manos cogidas incluso cuando no nos conocíamos. Que vivimos para encontrarnos, que era a mí a quién buscaba aquel niño bajo las faldas.

Mi Amor, recuérdame, ámame por encima de todo, rompe todos los esquemas, explota y lléname de ti. Que no tenga lugar a poner barrera alguna, que me una a tu explosión contagiada de tu potencia. Eres mi sol, eres mi universo. Eres magia, joder, pura magia. Despierta, golpea tu cabeza contra mi pecho y libera a la bestia, libera al dios, libera a mi alma compañera. Esa que sabe más que yo, esa que me guarda y me ama como mi cuerpecillo de humana jamás ha sentido.

Es un sacrilegio, es una aberración ver cómo niegas todo eso, es un castigo ver cómo te encierras en esas cosas de humano.

Ven, penétrame, toca mi alma con la punta de tu polla, siente mi expansión y recuerda la tuya. Viajemos en el tiempo, en el espacio, follemos en un universo paralelo, uno que nadie pueda creer que exista. Volemos juntos, vivamos experiencias juntos. Sin miedo ni contención. Te amo más de lo que mi cuerpecillo puede soportar. Eres la pasión que tiñe mis hechizos, eres la chispa que enciende mi caldero, eres la luz que ilumina mi alma, que me recuerda que yo también soy eso que te niegas ser. Eres la brisa que mueve mi cuerpo al danzar, eres el fuego ante el que bailo, el que me calienta, el que a veces quema. Eres la vida ante mis ojos, manifestándose orgullosa y contundente, frágil y hermosa. Eres la intención que hace que yo pueda hacer magia. Eres la belleza más auténtica.

Muérdeme, desbócame, hazme sentir todas las sensaciones en un mismo instante. Yo prometo darte todo lo que tengo. ¿Acaso no somos el mismo Ser? Darte es darme.

Ven, fóllame, hagamos magia juntos.

La evolución del amor I

–Qué maravillosa historia de amor, Merula. Cuánta pasión y conexión rebosan tus palabras... Pareciese como el culmen de las relaciones, como si hubiéseis alcanzado el fin de toda relación...

–Eso pensaba yo, querida. En cierto momento de mi vida, cuando ya creía haber alcanzado el destino de nuestra relación, cuando pensé que ya solo nos quedaba saborear esa paz que da el conocerse y encajar tan bien, la vida vino a darme una nueva lección. Abrió una puerta a otra dimensión del amor: Nos enamoramos de otras personas... Él la amó a ella, yo amé a otro él... Descubrimos juntos, los cuatro, que el amor no es una cuenta de sólo dos dígitos, que es una multiplicación infinita que crece y crece. Y, lo más importante, fortalece. Descubrimos que en realidad siempre había sido así, que ya amábamos a otras personas antes ¿Acaso no puedes amar a tus hijos, a tus amigos, a tus amigas, a tu madre, a tu padre, a tu perro... todos a la vez? Es más, cuanto más amas y más te sientes amado más fácil es alcanzar la plenitud.

Merula me habló de pactos de almas, de un acuerdo lejano que existía entre esos cuatro seres que se combinaban a la perfección. Un pacto que no preguntó si estaban preparados para cumplir, simplemente se manifestó y puso a cada uno frente a sus heridas, pero también frente a su verdad. Una danza de amor y emoción a veces llena de inseguridades que, al seguir danzando, se convertían en fortalezas. Una danza en la que sus bailarines se miraban a los ojos sin tapujos. Con la autenticidad, tan hermosa y desgarradora, por delante. Una danza llena de risas, de sexo y orgasmos. Una danza llena de aprendizaje y plumas, las que se ponían unos a otros para ver cómo los demás volaban. Merula me contó que descubrió que el amor verdadero es ese que construye el trampolín desde el que el otro saltará y volará, sabiendo, asumiendo, que quizá no siempre vuele a nuestro lado.

Merula me dijo que no hay forma de amar más hermosa que ver a la persona que amas, amando. Dando esa magia que tú le ves. Verlo manifestándose en la vida de otra persona. Merula me dijo que la danza del amor no entiende de límites, no entiende de miedos. Que el amor es sinónimo de incertidumbre y, solo abrazándola, podremos amar incondicionalmente. Solo abrazándola podremos amarnos incondicionalmente. Merula me enseñó que la danza del amor puede bailarse en pareja, en tres, en cuatro, en el número que se quiera. Pero en el fondo, la danza del amor, siempre es una danza de uno. De un

ser con sus carencias, con sus virtudes, un ser con su luz que danza al lado del otro iluminándolo e iluminándose.

Merula me enseñó que el mayor acto de amor que puedes tener hacia ti mismo y hacia los demás es vivir el momento y asumir que no podemos controlarlo todo, mucho menos a otra persona.

–Recitaré al poeta: “Yo amo los mundos sutiles, ingrávidos y gentiles como pompas de jabón. Me gusta verlos pintarse de sol y grana volar, hacia el cielo azul temblar, súbitamente quebrarse”. Así somos querida, unas frágiles y hermosas pompas de jabón, que vuelan, tiemblan y se rompen. Y cuanto menos neguemos eso, cuanto menos queramos alejarnos de eso, más amaremos, más plenitud sentiremos. Más podremos disfrutar de la tremenda belleza que contenemos.

La evolución del amor II

Y las pompas se quebraron, porque las almas hacen pactos que los humanos tienen que cumplir. Y en su inmensa incomprensión sufren. Porque las almas hacen pactos que nos llevan a lugares distintos. Porque esos pactos tienen su momento, sus aprendizajes. Porque todo empieza y todo termina. Eso era asumir la belleza de lo frágil. Y duele, tiemblas, te rompes... Y es que eso era parte del pacto, romperte para descubrirte, para sanar, para avanzar. Aunque los oídos humanos escuchen palabras que interpreten como ataques, aunque los ojos vean cosas que asocien a emociones negativas, aunque tus entrañas sientan el miedo más profundo, lo abrumadora que es tu sombra...

La bruja se asomaba a la marea de su recuerdo. Reflexionaba sobre el amor: “He amado tanto. Lo he dado todo, me he entregado en cada situación”. Pensaba en Él, pensaba en las otras personas a las que también amó, recordaba cuando juntos amaron... Y ahora eso había terminado, ahora ya no podía amarlo con tanta intensidad, no podía amar a otros ¿Por qué? Se preguntaba. Ahora estaba dolida, agotada, triste...

El viento trajo un susurro.

«Porque no te amabas a ti. Porque proyectabas tu magia en los demás. Eso era lo que te hacía verlos de esa manera. Porque mirabas con los maravillosos ojos de la inocencia, que no ve sombra en nadie, pero te olvidabas que tú también eras eso. Tu deseo de amarte se proyectaba en los demás, te veías en ellos, pero no te reconocías. Así no podías amarte bien a ti, ni a ellos. Porque no los amabas por lo que de verdad son.

Ahora las ilusiones han caído, las fantasías se derrumbaron, se desplomaron. Ahora te miras al espejo y te ves. Ves tu belleza, ves tu magia, tu poder... Ahora quieres entregarte a ti, quieres entregarte a cada segundo de tu existencia, pues te sabes tan única que quieres explorarte, quieres explotar, manifestarte en todos tus aspectos. La curiosidad y la ilusión te empujan por este camino de luces y sombras que ahora tanto te fascina. Todo fue un camino de vuelta a casa, a tu verdadera casa: TÚ. Ahora saboreas tu mundo, ese en el que refugiarte de cualquier dolor, en el que transmutar cualquier cosa, en el que ser testigo de tu magia. Sentir el amor más poderoso que existe: el amor a ti misma. Mírate, es hora de que lo hagas ¿Qué quieres? ¿Qué vida anhelas? ¿Qué sentimientos son reales, cuáles condicionamientos,

mera supervivencia afectiva para que te quieran? Siempre habrá un vacío, bruja. Siempre lo habrá si no te llenas de ti misma, si no te deseas, si no te follas, si no te entregas a ti y a tu placer. Sé dueña y señora de tu vida. Solo entonces ama y entrégate a otros. Sino otros jugarán con tus cuerdas y acabarás rota, perdida, preguntándote cómo puedes sentirte tan sola rodeada de tantos seres que te quieren. Pero es que no hay soledad más dolorosa que la que provoca la ausencia de uno mismo. Y arrastrando ese pellizco nunca te darás de verdad a nada ni a nadie. O al menos no podrás dar sin quedarte vacía. Entrégate a ti en una plenitud que no se consume, que no baja ni sube, pues es lo que es, es lo que eres y eso es infinito e inmutable. Entrégate a ti y, totalmente llena, entrega eso a cada persona a la que ames, a cada ser, a cada cosa que toques, a cada alimento que cocines. Entrégate a cada segundo de tu existencia, proyecta eso en cada persona con la que te cruces. Simplemente elige la forma y la medida en la que te das. Entrégate a ti y solo así podrás entregarte a Él.

La bruja tenía ahora los ojos cerrados para escuchar mejor el susurro, lo comprendió. Comprendió la complejidad y la sencillez del amor, que no es más que saber y admirar el sol que eres e irradiarte. Sabiendo que habrá días que estarás tras las nubes y no les llegará mucho a los demás y días que tu intensidad los queme. Pero no pasa nada, eso no altera Quién eres, no cambia tu esencia, no dice nada de ti.

La bruja comprendió que el amor más mágico, el que más cosas te hace sentir, está en nosotros. Que las sensaciones pertenecen a nuestra individualidad, así que nadie te las da o te las quita.

La bruja se sintió plena y agradecida por habitarse, era apasionante vivir en ella.

Y al fin la polaridad, la Unidad

Bésame esta noche mi amor, mírame a los ojos y deja que lea las respuestas en ellos.

Te huelo, te siento... Cuando hacemos el amor me gusta mover energías, ir más allá de lo físico, pero hoy solo quiero sentirlas, no quiero mover nada.

No ha sido fácil, el camino no ha sido fácil. Ha habido momentos en los que todo estaba confuso, en los que me preguntaba por qué éramos tan distintos, por qué tan opuestos. Y la pregunta que más dolía: Si así era ¿Teníamos que estar juntos?

Ha habido días en los que ambos hemos sentido que queríamos estar lejos, días de rechazar el complemento y buscar lo fácil, buscar al igual.

Hoy la luz es distinta, tú eres distinto, yo soy distinta. Pareciese que el trabajo que hemos hecho ambos diese resultado. Porque lo dimos todo, eso sí que nadie puede quitárnoslo. Nos dejamos el alma en ello, en mantenernos juntos. Lo entregamos todo, lo mejor que teníamos: nuestras ganas, nuestra intención. Nos rompimos para reconstruirnos sin tener miedo a ello. Dolía, no podemos negarlo, pero lo pasamos como parte de esta metamorfosis que hemos vivido ¿Acaso no es eso la vida? Una continua metamorfosis...

Hoy la luz es distinta, hay algo distinto en nosotros. Huele a paz, huele a armonía y sexo. Beso tu piel, tus párpados. Saboreo la confianza con la que me tocas, cómo tus manos no tienen límite, no tienen dudas. Yo soy un “Sí” y lo sabes. Y noto mi individualidad, noto que son partes de mi cuerpo que solo a ti podría dar en esa cotidianidad. No es especial que metas la mano entre mis piernas, no lo es porque ya eres una extensión de mí, porque no hay diferencia ni separación entre tú y yo. Tu piel es mi piel...

Y se confirma, vaya si se confirma, cuando me subo sobre ti, cuando me penetras y te miro a los ojos. La luz vuelve a cambiar, estoy como en una ensoñación, como si me hubiese separado unos centímetros de mi cuerpo y pudiese ver en perspectiva. Y no nos distingo, te miro a los ojos y veo los míos, me veo a mí. Eres una persona aparte, pero ambos somos el mismo ser. Veo la unidad, la veo con total nitidez.

Cierro los ojos para mover la energía y hoy no puedo, no me dejas.

Hoy eres tú quién la mueve, probablemente sin ser consciente de ello, lo que me habla de que no importa cómo se hacen las cosas, lo que importa es que se hacen. Noto tu energía masculina potente en mí, es como un geiser que me invade y activa. Y veo mi energía femenina, serena, a nuestro alrededor, envolviéndonos, acogiendo a su opuesto. Y lo comprendo, ya no hay razón humana en mí que pueda callar la certeza que me grita el momento. Somos el opuesto, somos el equilibrio. Claro que no puedes ser como yo, eso sería una falsa calma, no habría complemento, no habría avance conjunto. Somos un ser manifestando todas sus partes, manifestando la polaridad.

Y veo la magia de sentirnos individuos separados, la magia de afianzar nuestro propio recorrido personal. La magia de amarnos a nosotros mismos primero, pero, en lo más profundo, como un trabajo conjunto para experimentar el Amor en su máxima expresión. La metáfora de lo que es la vida, esta existencia, manifestándose en dos personas: por más distintos que seamos somo UNO.

Ven mi Amor, déjame que adore a mi opuesto. Deja que ame esas partes que parecen separarnos. Déjame honrarlas pues solo así me estaré honrando a mí misma. No nos creamos las formas superficiales, son una mentira.
Mírame a los ojos ¿Sabes qué es ese “algo” que dices ver? Eres tú, te ves a ti en mí. Ves el Ser único que Somos.

VI

Recuerdo pensar que Merula parecía perfecta. La veía como a esos grandes maestros que parecen vivir en una balsa de aceite, nada los altera, de todo aprenden. Que saben qué hacer y decir en todo momento y, sobre todo, saben Quiénes son sin duda alguna.

Jamás olvidaré la carcajada que soltó la bruja el día que, afligida por no ser como ella, le comenté esta inquietud...

«Otra vez te estás dejando llevar por lo que ves en apariencia. Mis mares son iguales a los tuyos. También tienen tormentas, olas gigantes y vientos huracanados. Mis mares también hay días que parecen ahogarme. Días en los que nado, peleo y lucho contra el oleaje tratando de mantenerme a flote. Y qué bien que no tenga fuerzas ilimitadas, qué bien que la lucha me agote para finalmente tener que rendirme a la incertidumbre, rendirme a que cualquier cosa que suceda, incluso la muerte, es mejor que el sufrimiento de luchar contra el océano. Es entonces cuando notas que tu cuerpo exhausto se va hundiendo lentamente en el mar de las circunstancias. Y descubres que no tenías que luchar contra estas, que simplemente tenías que cambiar de lugar desde el que mirarlas. Que en el fondo del océano hay paz, hay calma. Una calma que te permite mirar hacia arriba y ver la tormenta desde la lejanía. Sigue siendo mi mar, mi viento y mi tormenta, pero ya no me ahoga, ya no me hace tragar agua... Sufrir. Miro hacia arriba y siento lo que toque sentir, pero sin resistencia. Querida, la resistencia es lo que nos quita la paz, si eliminas la resistencia hallarás el silencio más profundo y bendito que hay. Y otro día llegará, con su clima y su oleaje y puede que olvides bajar directamente a ese lugar de paz. No pasa nada, podrás volver a repetir el ciclo.

¿Sabes? Algo que he aprendido de mis miles de tormentas es que todo está bien, no importa desde dónde la vivas, todo será para tu bien. La diferencia estriba en el grado de sufrimiento que percibas. Ahora soy capaz de irme a ese lugar de paz en el fondo del océano que soy, con mayor rapidez. Pero las tormentas no han cesado, es más, puede que sean aún más virulentas. Cuanto más creces más complejas son.

La vida es un movimiento de contracción y expansión, así como nuestro corazón. Un movimiento necesita del otro. La clave está en vivir el de contracción, pero no quedarse en los miedos y angustias que conlleva. Soltar, no identificarnos con él, creer que eso es la vida.

Y solo así podremos alcanzar y saborear la expansión con todo eso tan maravilloso e intangible que trae consigo.

Dices que yo he alcanzado la paz, creo que es hora de que te hable de mis contracciones, para que puedas comprender mejor mis expansiones...»

El castillo

Ando despacio, subo poco a poco la cuesta, por el sendero, me retiro a mi castillo. Ese palacio desde el que podré observar el mundo. A veces llena de amor, a veces llena de ira. Porque ya lo entiendo, pero aún me desborda, porque aún no controlo mi poder, porque soy una novata dando palos de ciego. Me retiro a mi castillo en el que se silencian las voces y el ruido, desde el que enfrentarme a todo aquello que debo enfrentarme. Me retiro, no como una princesa, me retiro como una bruja, más como la reina de Blancanieves que como la dulce princesita. Hace un tiempo alguien me regaló un comentario duro. Decía que dejase de actuar como si fuese una princesita, que no lo era… En aquel momento me lo tomé como un ataque y hoy lo comprendo, hoy entiendo la verdad que encerraban esas palabras.

Es cierto, no soy la princesa del cuento, soy la bruja. Hermosa a veces, dura y cruel otras… Con un gran poder, un poder que aún debo aprender a manejar. Por ello me despido de mi ciudad, de mi reino, en ese en el que he intentado ayudar y no he hecho más que dar poder a borbotones. Sobreproteger sin control. No he hecho más que dar solo porque me lo pedían y porque sabía que lo tenía. Qué irresponsabilidad más grande por mi parte, si aún no sé dar en su justa medida, si aún no sé dar. Qué soberbia, si aún debo aprender a hacerlo…

De niña una amiga me dijo cuando me enfadé: “No pongas tu cara de mala”. Aquellas palabras aún retumban en las paredes de este castillo. Yo no sabía que tenía esa cara, no lo entendía, pero es como aquel comentario, era un grito de la vida diciéndome que aceptara quién soy, qué soy, qué hay dentro de mí. Y es que la frialdad, la distancia, la dureza me son tan cómodas… Diría que incluso más que la ternura. Pero es que forman parte de mi naturaleza. No soy la cándida y tierna princesita, no lo soy. Soy fuerte y poderosa, y necesito encerrarme en mi castillo, gritar, lanzar rayos y centellas con mis manos. Necesito poner mi cara de mala, mirarla al espejo, ver que soy yo. Aprender a sacarla cuando debo sacarla. Debo caminar con la cabeza gacha, llena de humildad, escuchar qué dejaron para mí las que estuvieron antes, quién fui antes… Dejar de dar porque sí. Necesito aceptar que sí, que a veces me toca ser la mala, o que otros me consideren como tal ¿Blancanieves habría tenido cuento sin la bruja? Yo sé que el Bien y el Mal no existen.

Adentrarme en el bosque encantado, ese en el que nací, en el que está mi castillo, del que formo parte sin haberme dado cuenta… Y buscar,

debo buscarme y no dar hasta no encontrarme. No quiero irradiar mi poder, no quiero ir derrochándolo, ir llamando sin saber qué llamo, a quién llamo. No quiero dar. Dejadme que quiero ser ahora la bruja apática que pone carteles a su alrededor de “Peligro, no cruzar la puerta”. Dejadme que me encuentre, dejadme que llene mi cuerpo de luz y fuerza. De cuentos por contar. Y entonces, solo entonces, podré abrir los brazos y abrazar la vida, abrazar al mundo. Solo entonces os daré, daré lo que necesitéis, os lo juro. Os entregaré mi amor, mi energía, porque solo entonces estaré fuerte para afrontar las consecuencias. Dejadme sola frente a mi espejo, quiero enfrentarme al reflejo, dejar salir de una vez ese Yo que clama por desgarrar mi carne y salir. Ese Yo que me da consciencia, que es sabio. Ese Yo que me susurra que debo follar las noches de luna llena. Ese Yo que me cuenta historias pasadas, que me recuerda que soy la luna hecha carne. Que soy la diosa hecha mujer y mi misión es dar un grito, un alarido tan grande y espeluznante que a otras les ponga la carne de gallina para darse cuenta de que ellas también lo son. Y entonces vendrán a este castillo, que es mío y de todas, vendrán desnudas y con sus miradas de malas, que ya no será de malas. Será la mirada bruja, esa que te conquista con intensidad, que te hace temblar y correrte… Esperad que mi retiro termine y entonces reunámonos, bailemos desnudas, mordámonos, besémonos, volemos, separemos juntas los pies del suelo. Que los demás crean que no se puede no significa que nosotras no podamos…

Follaremos juntas, los demonios están invitados, follaremos salvajes, poseídas, por y sobre ellos. Mientras lo hacemos sentiremos que nuestro físico desaparece y que somos luces, luces que se unen en una sola. Seremos las más hermosas malvadas que nadie haya visto nunca. Nuestra onda expansiva se notará en las estrellas. Seremos solo amor para el mundo, aunque el mundo no sea consciente de que eso que tanto miedo les da es amor.

Me retiro a mi castillo, no intentéis retenerme, es inútil. Dejadme apartada los que creáis que estoy loca, permitidme el silencio aquellos que me creáis. Me voy a no hacer nada porque lo único que quiero ahora es SER.

Ando despacio, subo poco a poco la cuesta, por el sendero, me retiro a mi castillo…

Cuando la bruja se enfada

Es difícil que se enfade, pocas cosas lo consiguen, pero, cuando lo hace, cuando esa angustia recorre sus venas, se le enciende la mirada y el fuego arde en sus pupilas. Es mejor no acercarse porque, cuando la bruja se enfada, es peligrosa. Sobre todo, para ella pues las llamas descontroladas le nublan la vista, le salen sapos y culebras de la boca, palabras que realmente no quiere decir.

Cuando la bruja se enfada siente cómo le hierven las entrañas porque, cuando lo hace de verdad, no lo hace con las personas, no lo hace con la vida. Se enfada con ella misma por no ser capaz de ir por encima de las circunstancias, por no ver que la piedra en el camino es necesaria para sacar algo hermoso de ella. Pero qué fácil es sentir y qué complicado callar la mente. Por eso la angustia se convierte en torbellino que la posee y maldice la piedra, al camino. Maldice a la persona que la ha puesto ahí. Sabe que solo es un mensajero, pero el humo, las llamas le nublan la mente…

La bruja se retuerce con la angustia en el estómago. Le duele sentirse humana, imperfecta. Le duele saber cómo debería enfrentar las situaciones. Le duele ver que se deja llevar por el coraje y el ardor de ese diablillo que la muerde y envenena, que empieza a repetirle "Pobrecita de mi", "Qué injusto", "No puedo con esto", "No me merezco esto" en bucle.

Cuando la bruja se enfada le gustaría gritar. Dar un grito tan espeluznante que toda criatura se congelara y poder estar así sola con su enfado. Sabe de su error, sabe de la debilidad por la que se está dejando llevar, pero le importa una mierda. Ella solo quiere llorar, dejarse ser humana, dejarse llevar por la ira y el coraje, descansar…

Y le gustaría no saber nada de lo que es la vida, le gustaría poder ser capaz de enfurruñarse para siempre sin medir consecuencias. Le gustaría lanzar rayos y centellas con sus manos y que se hiciese su deseo, que las cosas fuesen tal y como ella quiere… Pero la bruja no se enfada con la vida, no se enfada con la persona que pone la piedra en su camino. Se enfada con ella misma por no dejarse llevar, por no valorar que cada piedra es un regalo.

Pero es una bruja. Puede que a veces eche de menos la libertad de la inconsciencia que no te deja ver dónde quieres llegar, cómo quieres que sea tu camino. Porque viendo se sufre, porque sabiendo te enfadas más profundamente. Porque conociendo ya no hay excusas, ya no hay

sitio para la soberbia y el capricho. Por eso la verdadera bruja sabe que no se puede hacer su voluntad, sabe que ha de calmar su torbellino por mucho que le cueste, que ha de digerirlo hasta que su estómago sea un mar tranquilo. Sabe que ha de callar al diablillo de la mente. Sabe que ha de serenar sus entrañas. Que ha de controlar el fuego de sus ojos pues su enfado no puede ser daño. No puede ser impedimento. Que, aunque sepa cómo hacerlo, no puede marcar los caminos de los demás para vivir lo que a ella le gustaría vivir. La bruja sabe que su camino es el que es, aunque a veces sea más gris que el de otros, aunque aprender lo que debe aprender sea más doloroso… La bruja sabe que las apariencias engañan y que lo que puede parecer un castigo puede esconder la mayor de las recompensas. Hasta la más fría de las piedras puede ser magia porque conoce la alquimia que transforma las feas rocas en oro. Y la bruja se calma. Recuerda que el gran y valioso tesoro que posee se formó a base de rocas.

Cuando la bruja se enfada sería capaz de hacer temblar la tierra. Pero elige temblar ella y dejar que el terremoto cree un nuevo y maravilloso paisaje.

Las brujas están hechas de fuego, agua, tierra y viento. Pero no podemos olvidar que aún están aprendiendo a manejarse. Por eso, cuando se enfadan, pueden quemar, erupcionar, ahogar y vapulear. Es ahí cuando demuestran el poder que tienen sobre los elementos.

Cuando la bruja se enfada nada puede calmarla. Ni los besos, ni las caricias, ni los golpes o los gritos. Ella es la única que puede controlarse.

Cuando la bruja se enfada, lucha contra sí misma. Y, la buena bruja, siempre gana.

Lágrimas para luego

Un día me di cuenta que guardaba lágrimas para luego. Cuando el llanto amenazaba mi garganta veía que no era el momento adecuado, que llorar no era oportuno. Que, cuando llegase a casa, lo haría sin contención ni remedio. Pero llegaba a casa y era ridículo provocar el drama si ya había pasado el momento. El día que mi amiga se fue y yo quería que se quedara, el día que estaba cansada y agotada sin más, el día que necesitaba un abrazo en el que derramarme como un río infinito, el día que me ofusqué porque me parecía injusto que eso me pasase a mí, el día que eché de menos a mi abuela al escuchar una canción... Y así fui acumulando un océano de llantos.

Otro día me di cuenta que guardaba escritos para luego. Que las frases y palabras llegaban inoportunas a mi mente, justo cuando estaba haciendo otras cosas, cuando no podía ponerme tranquilamente a escribir, cuando no podía parar y sentarme, o eso me decía yo. Me guardaba las letras para otra ocasión más tranquila... Y luego ponía mi música, encendía el ordenador, la luz. La paz era la adecuada, pero nada fluía. Ponía la primera frase, esa que se suponía era la llave que desencadenaba toda la historia, todo el relato, pero ya no me resultaba tan bonita. Ya carecía de magia, ya solo eran un puñado de letras sin nada más detrás. Tenía la idea, las palabras... Pero la inspiración quedó en aquel momento “inoportuno”.

Un día descubrí que me guardaba palabras para luego, esas que me apetecía decirle a alguien. Que me guardaba momentos para luego, un paseo por un lugar concreto. Que me guardaba abrazos para luego, las ganas de sentir el arropo de mi madre, el calor del pecho de mi marido, el amor de los brazos de mis hijas. Que me guardaba sensaciones, que me guardaba magia, me guardaba autenticidad. Que me guardaba verdades para luego, que me guardaba enfados, me guardaba naturalidad, espontaneidad...

Y así fui creando un foso profundo entre los demás y yo, entre la vida y yo.

Juro ante todas esas lágrimas derramadas que el disfrute será mi rey. La naturalidad, mi ley. Juro no guardar más “para luego”. Juro que hacer lo que siento en cada momento será mi religión. Danzar en el momento que me nazca, aunque sea en plena calle. Juro esforzarme al máximo por ser esa loca que da vergüenza ajena, esa loca que siempre me hizo girar la cara para evitar verla. Ahora comprendo que era por no ver lo que me perdía, por no ver mi opuesto, por evitar el dolor de

verme en ella, pero no reconocerme...

Un día me di cuenta que me guardaba lágrimas y que me ahogaba en ellas, que pesaban y me hacían la vida más carga que facilidad. Que nada había para mí luego. Que “el luego” está exento de emoción, no hay magia en el futuro, nada me espera en el mañana pues todo ocurre ahora y sin más demora. Juro derramar mil lágrimas cuando me apetezca, juro vivir en este instante, en el único que existe vida. Juro ser esa loca que llora sin consuelo y baila en mitad de la calle. Juro gozar.

De las que creen

Me levanto, miro al cielo, me duelo, caigo, tropiezo, lloro, me angustio, saboreo los tragos amargos, pongo la otra mejilla, devuelvo amor a los replantes, me desespero, grito, me levanto… ¿Soy tonta? ¿Idiota? ¿Imbécil? No, yo creo.

Nada quebranta mi voluntad, mi visión del mundo no se mueve. La vida me parece hermosa a pesar de las noticias, a pesar del sufrimiento. Cada día descubro una pequeña pieza de este puzle que es vivir. Mi cerebro está lleno de incongruencias que lo son hasta que algo hace clic y todo encaja y se convierte en una hermosa obra de arte. Soy de las que cree en la magia, en el poder, en el universo.

Vente a mi lado, te invito a meditar las lunas llenas. Te invito a mi hogar a tomar una taza de té frente a la chimenea. Prometo acoger tu dolor, prometo darte lo que tenga para ti. Ven, cierra los ojos, no te resistas a lo que sea que te está ocurriendo, no pasa nada, todo lo que sucede conviene ¿Por qué verlo de otra manera? Puedes pensar que me equivoco, que soy una ilusa, pero… ¿Qué soluciona no ver las cosas de manera bonita? ¿Qué soluciona no enfrentarlas de una forma distinta? ¿Qué arreglas más si no crees en que todo tiene un aspecto más profundo, una parte oculta a los ojos que no quieren ver, a los corazones que no quieren sentir?

Ven, acurrúcate aquí a mi lado ¿Sientes mi corazón? Late despacio y tranquilo, lleno de vida y magia. ¿Lo notas? Está hecho de cuarzo rosa, mis dedos de amatistas, mis ojos de obsidiana, mi cerebro es cemento, con ese poco se puede hacer… Pero mi alma, mi alma es diamante, déjame enseñarte que la tuya también ¿De qué estás hecha tú?

Ven, no te resistas, sabes que quieres mi abrazo, ese que paraliza el tiempo, que apaga el dolor momentáneamente, que acalla unos segundos la mente, que te hace ver las cosas en otra frecuencia…

Yo creo en la magia. Ven, déjate seducir por mi embrujo. Crees que estoy loca, pero algo en el fondo te llama, algo dentro se pregunta “¿Y si no lo está?”. Déjate llevar por la duda, ven a verme arder y resurgir de las cenizas. Adéntrate tú también en ese círculo mágico.

Camino, me tropiezo, me caigo, me daño, me duelo, grito, lloro, me angustio y desespero, entro en crisis, me pierdo… cierro los ojos, me apoyo en la rodilla y subo, vuelvo a caminar con pasos más seguros,

vuelvo a encontrarme y me veo más hermosa. Me tropiezo, me caigo, me daño… porque yo soy de las que creen.

Ven, escucha mi canto de sirena, adéntrate en mi bosque. Estás deseándolo. Estás soñando con esa serpiente de ónice que se enrosca en mi muñeca, que te envenena con la duda, con la curiosidad. Como aquella que le mostró a Eva la puerta de salida de aquel engaño que era el paraíso… Ven, disfrutemos de su veneno. Te aseguro que no es muerte, su mordedura es vida.
Sueño despierta con vidas pasadas. Ven a mi lado y te contaré mis cuentos. Quizá te haga recordar los tuyos. Qué te quedó por aprender, qué disfrutaste y con quién te encontraste. Ven, te cantaré una nana para espantar pesadillas, para que descanses cuando lo necesites.

Cenaremos sabrosas recetas que huelen a romero y canela. Ven, seamos de las que creen en la magia, de las que creen en ellas mismas. De las que creen.

Naturaleza

El campo, la noche, las estrellas… ¿Hay alguien ahí? El frescor es lo único que cubre mi cuerpo. Ando descalza entre los árboles, segura de que nada pasará "¿Hay alguien ahí?" Pregunto de vez en cuando, no con miedo sino con esperanza. Necesito una respuesta, algo que me diga qué sentido tiene todo esto. Pero la naturaleza hasta ahora me ignora, no responde a mi llamada.

Todo es uno, si todo está conectado el mundo tendrá la respuesta que necesito. Eso vine a buscar a este monte nocturno, lleno de árboles, bichos y piedras. Camino desnuda, perdida, llena de angustia de la ciudad. No sé cuál es el sentido, no sé cuál es mi sentido… Las voces que me dicen que esto es una locura, que es peligroso, retumban en mi cerebro. Los convencionalismos, obviar el instinto en pro de una seguridad que me importa una mierda. Qué más da vivir o morir cuando no sabes el sentido, cuando todo es insustancial, cuando nada es profundo. Cuando sabes dónde vas, pero no sabes el porqué.

En el bosque también estoy perdida pero el cuerpo me lo pide, me pide que siga caminando sin mirar atrás. Me pide piedras clavadas en las plantas de los pies, me pide arañazos de ramas en mi rostro, me pide piel erizada y pezones duros. Camino, camino, camino... Y conforme más me adentro en la maleza las voces de mi cabeza gritan más. Qué locura es esta. Los sonidos empiezan a asustarme, el grillo, el crujido de las hojas, todo es terrorífico. Los "No tengo escapatoria"," Tengo miedo"," Estoy muy asustada" se repiten una y otra vez, cada vez más rápido, es un bucle que me marea. Me agarro la cabeza, doy vueltas atemorizada, miro a todos lados creyendo que el peligro está siempre a mi espalda. Estoy mareada, quiero que esto pare, quiero que el terror se difumine, se vaya… Giro y giro, me agacho súbitamente haciéndome una bola en el suelo, encogida con todos los músculos tensos. Suelto pequeños quejidos, pero en verdad quiero gritar. Sí, eso es lo que quiero, gritar y gritar. Y lo hago, grito, grito fuerte. Grito llena de rabia, la ira se escapa mientras mi garganta se duele. Paro, escucho: el grillo vuelve a ser solo un grillo, los crujidos de las hojas sólo crujidos, las voces de mi cabeza ya se han callado, yo las he callado.

El bosque vuelve a serme amable y fresco. No hay nada que temer. Eran las voces, mis voces, las que lo tiñeron de un negro amenazante. Ahora vuelve a ser de un negro azulado, vuelve a ser solemne y elegante. Los árboles me sonríen, las estrellas me iluminan. Poco a poco me pongo de pie, cierro los ojos y pregunto "¿Hay alguien ahí?"

Sí, ahora sí hay alguien aquí, yo estoy aquí, desnuda, volviendo al origen. Sólo hay naturaleza, sólo estoy yo.

La loba

Y correr como una loba salvaje entre los árboles del bosque…

Hay veces que la piel quiere desgarrarse, como si algo quisiera salir de ti. Sientes una presión por cada parte del cuerpo, un hormigueo por las extremidades. Es una sensación única, un escalofrío que no lo es, pero se parece. El pecho te late, la sangre te bulle y quieres salir de este cuerpo que te atrapa. Quieres salir de esta carne que es tuya y a la vez no. De esta carne que eres tú, pero no eres realmente tú.

Hay veces que me paro a observar y no me siento de aquí. Hay veces que tomo demasiada perspectiva, veo mi vida como si fuese una película, sabiendo que solo es una parte de lo que realmente es mi vida. En los eones del tiempo, en el correr de un alma que no lo tiene, una vida es solo un capítulo ¿Qué soy? Madre, esposa, hija, yo… Y a la vez siento que realmente no soy nada de eso.

Tengo una imagen recurrente, la imagen del pinar que hay cerca de mi casa, con la luz de la tarde de un domingo traspasando las ramas. Me veo caminando entre los troncos, sola, rozando las cortezas con suavidad. No cesa de venirme esa imagen, el olor de esa situación. Y ese escalofrío, que no lo es, vuelve a recorrerme. Quién soy, qué soy… soy todo y no soy nada. Qué críptico es todo ¿Dónde tengo que ir? ¿Por qué no estoy allí la tarde de este domingo? ¿Por qué me resisto a algo tan sencillo como ir al pinar que está al lado de casa? ¿Por qué tengo miedo?…

Algo me espera en otros lugares, lo siento muy dentro.

Qué difícil es esta sensación. Algo dentro quiere desgarrar mi piel. Ojalá dejarlo salir, convertirme en un hermoso lobo blanco corriendo en un bosque… Un día lo soñé, me vi cabalgando en un bosque. Alguien quería sacarme de allí porque una manada de lobos blancos nos perseguía. Pero yo los miraba y no sentía miedo, sentía alivio. Existían, por fin podía verlos. No eran producto de mi imaginación, no eran cuentos ni leyendas. Ahí estaban los lobos blancos entre esos troncos y yo quise ir con ellos. Me sentía libre cabalgando con ellos a ambos lados.

Algo dentro quiere salir, transformarse, correr como una loba salvaje entre los árboles del bosque

Alumbrar, cintura y fe

Déjame enseñarte el mundo. Déjame hacerte grande y hermosa. Déjame llevarte a una lucha sin tregua, pero sin daño, una lucha llena de dolor. Pero es una lucha ya ganada. Déjame…

Puedo enseñarte a sanar, puedo enseñarte a hablar con la vida, con la naturaleza. Puedo enseñarte a mirar con otros ojos, mostrarte la luz que hay a tu alrededor, romper cada piedra que te pesa. Puedo hacerte volar por encima de los tejados de esta ciudad, por encima de los océanos. Puedo hacerte volar alrededor del mundo. Puedo enseñarte la vida, puedo enseñarte la magia.

Puedo alumbrar tus oscuridades, afianzar tus certezas, dar fuerza a tu voz, a tu mirada. Puedo, puedo hacer tantas cosas… Puedo hacerte explotar, expandirte…

Puedo hacer que llames a las perdidas, que les recuerdes lo mágicas que son. Puedo hacer que lances el alarido más espeluznante y poderoso que jamás se haya oído. Puedo hacer que transformes las piedras en oro…

Puedo hacer que des la magia que rodea tu cintura. Hacer que cada persona que te bese, te folle, se sane, despierte. Que cada persona que te folle se vaya llena de amor. Puedo hacer que eso te haga crecer. Hacerte sentir que tu alma es eterna, que no acaba, que no se ensucia, que puedes dar tanto como desees. Puedo hacerte sentir el amor que esas personas dejan en ti por el mero hecho de tú darles…

Puedo hacer que nunca sientas que es demasiado tarde, que nunca tengas ganas de rendirte, no te canses, no te agotes. Que tiembles y el mundo tiemble contigo. Puedo hacer que el gris del día sea tu gris pero que puedas abrir claros de sol a tu antojo. Puedo hacer que seas el mismo sol, puedo hacer que sientas la luna en tu vientre, que la sientas llenándote de su misterio, que la sientas controlando las mareas. Puedo hacer que te dote del orgasmo de su magia…

Puedo hacer que tus manos sean fuego, fuego que calienta a quien desees, que acoge e hipnotiza. Puedo hacerlo solo con el simple gesto de juntar las manos… Puedo, puedo tantas cosas, pero no me dejas, no quieres, me lo impides. No te giras a mirarme, solo me miras de reojo, por encima…

Estoy tras de ti, gírate. Gírate y mírame de una vez. Acepta que existo,

acepta que yo soy tú. Acepta que puedo hacer todo eso. No temas, no dejaré que caigas. Ten fe en mí, existo, ya me has sentido y eso que nunca me has mirado directamente.

Hay veces que te grito y no me escuchas. días que te susurro y lloras solo porque existo… Ocasiones en que conviertes los días en gris solo porque me niegas. Días que sale un rayito, el rayito de tu sensación, esa que te dice que estoy aquí, que solo tienes que girarte para ser tú: grande y fuerte, poderosa. Que no es una locura, que soy real. Manejo tu instinto, manejo tus manos que sanan. Me escondo tras tus ojos que hablan, estoy tras esos orgasmos que esconden algo más que solo placer. Sabes que soy dueña de tus noches de comprensión. Manejo el aire que mueve tu pelo, el aire que hace que los árboles se postren ante ti. Somos una con ellos, con la vida, con el mundo. Yo soy el aire que mueve tus torbellinos, tus huracanes, esos que te desestabilizan solo porque no me miras. Mírame, seamos una juntas. Soy tú, soy todo lo que sabes que eres. Créeme, gírate, dame la mano y explotemos en luz, explotemos de vida. Tú y tu alma juntas, seremos grandes.

El espejo

Te miras en el espejo, miras tu reflejo, qué ves, qué hay al otro lado ¿Eres tú o solo una sombra de lo que quieres ser? ¿Eres tú o solo una ilusión? ¿Acaso tu reflejo es real o solo es todo aquello que te niegas? La dualidad está por todos lados, todos tenemos dos “nosotros”, dos “Yo” dentro… ¿A cuál de ellos escuchas? ¿A cuál de ellos sacrificas? Porque uno está sacrificado, raro es el niño que no mata partes de él por complacer, por agradar, por tener amigos. Raro es el niño que no mata partes de él por sentirse querido, aceptado.

Yo me he mirado toda la vida en un espejo, he sido consciente de mis dos “Yo”. He sido consciente de que sacrificaba una parte muy importante de mí ¿Para qué? ¿Por qué? ¿Por qué tenemos que elegir? ¿Por qué me obligué a esconderme? ¿Por qué viví bajo el yugo del miedo, me exigí sacrificar…? ¿Es una parte loca? ¿Es una parte viciosa? ¿Es una parte carnal? ¿Es una parte profunda? ¿Es una parte fea o bonita? ¿Es una parte oscura o es mi luz? Sí, quizá sea esa mi luz, pues sin ella he estado muy perdida. Da igual. Miro al espejo y me miro a los ojos. Tiempo atrás no me reconocía en esos ojos que me observaban al otro lado del quebradizo cristal. Hace tiempo no sabía quién me miraba. No reconocía esa mirada triste y vacía, sin pupilas. Me miraba una versión de mí moribunda, asfixiada por mí misma.

Dicen que hay que elegir, pero neguémonos a hacerlo entre nuestras luces o sombras. Pues es lo que somos: locos y cuerdos a la vez, decentes e indecentes, ángeles y demonios, colores y negro, lágrimas y sonrisas. ¿Quién no se ha sentido alguna vez incompleto? Cómo no hacerlo, cómo no sentir que falta una pieza, si somos un puzle de dos y perdimos uno de los trozos. Cómo no sentirnos a veces desgarrados si nuestra mitad está medio muerta. Y quién dice que la magia es mentira, quién dice que esa parte chalada que ocultamos está mal, quién dice que ese reflejo que toma té en el techo, que busca hadas bajo los tréboles, que persigue conejos blancos… está mal. Esa parte que es incapaz de explicar por qué es como es. Y es que no lo necesita, los locos nunca quisieron entender su locura pues no se consideraron locos. ¿Y si rompemos la cárcel del espejo? ¿Y si tomamos la decisión de ser nosotros sin cristal que nos separe, sin ojos tristes reflejados? ¿Y si nos desnudamos? ¿Y si dejamos de ocultar todo aquello que escondemos? ¿Y si elegimos no sacrificar nada? ¿Y si decidimos vivirnos enteros y hermosos? ¿Y si decidimos explotar y fundirnos? Subir tanto la temperatura que nuestros “Yo” se unan de manera permanente e indestructible.

Arderemos en las llamas, en las llamas de nuestro fuego, que calienta y destruye. Que a veces es hogar y otras enemigo. Ese fuego que a veces es calidez y otras furia…

Amaré a Dr. Jekyll y Mr. Hyde. Amaré mis luces y sombras. Mostraré mis virtudes y defectos, mi belleza y fealdad. Mostraré lo que tengo. Me abriré en canal para que veáis mi corazón palpitar, tan hermoso como horrendo. Porque eso es lo que somos: una dualidad, una división. Por más que atrapemos partes en el espejo, por más que encarcelemos deseos tras el espejo… Explotemos llenos de magia, gritemos libres y desnudos, hagamos las paces con nosotros mismos.

Correr por el campo libre y salvaje, con mis dos "Yo" palpitándome dentro, enseñándome el camino, enseñándome mi misión. Llenándome de magia y poder. Esta soy yo, no hay más y tampoco menos. Esta soy yo, aún vulnerable y tiritona…

Ven aquí pequeña, junta las yemas en el espejo, siéntete, acaríciate… Ven aquí, quiero oler tu pelo, tu piel, quiero amarte. Sí, hacer el amor con mi propio reflejo, reconciliarnos como dos amantes ancestrales y doloridos. Ven aquí, yo te acunaré, te aliviaré las heridas que yo misma te hice. Ven, deja que bese tu tibia carne, deja que te muestre. Prometo que no me avergonzaré más de ti, que nunca más te negaré, te lo prometo. Prometo que te sacaré del espejo para siempre. Ya no volveremos a separarnos nunca. Confía ¡Qué mundo nos espera!¡Qué cosas maravillosas haremos juntas! Llenaremos el mundo de luz. Salpicaremos de magia todo lo que nos rodea, confía en mí. Juntas seremos grandes, imparables e invencibles. No tengas miedo, ay pequeña, no temas. Dame la mano, la vida nos espera. Dame la mano y no tiembles más. Eres hermosa, no agaches más tus ojos tristes, llena el mundo de tu magia. Dame la mano, llenaremos el mundo de magia…

El umbral

Hay lugares llenos de vida, que te hacen sentir la tierra palpitar, te suben por la planta de los pies, recorren todo tu cuerpo como un escalofrío de sabiduría y consciencia. Lugares en los que te sientes parte de algo, no un apéndice feo y raro, un apéndice que se siente de otro lugar. Hay lugares que te recuerdan que eres de este mundo, que tienes derecho pleno a vivir en él. Hay lugares que aún no he visitado que te recuerdan de dónde vienes y a dónde vas…

Dónde están mis recuerdos de otras vidas, esos que con cinco años me brotaban solos al pisar uno de esos lugares "En esta ermita me casé yo, pero había un lago" ¿Dónde está aquel duende nocturno que saltaba en mi habitación, esa lucecita roja que jugueteaba conmigo? ¿Dónde está aquella sensación de que los seres que ya no están me hablaban? ¿Dónde está mi don?

He cruzado la puerta, pero esto está muy silencioso, tanto que asusta. Sí, estoy asustada y tengo miedo ¿Qué rayos quiero ver si al girar en los pasillos de mi casa me asusta pensar que veré algo? ¿Cómo voy a ver si me ciega el miedo?

La confianza es lo que me falla, creer a pesar del silencio. Esto es una prueba, estoy segura, ¿Eres capaz de creer ante la ausencia de fenómenos? ¿Eres capaz de creer sin sentir lo que sentías? ¿Eres capaz de creerte? ¿Serás capaz de creerte de una vez por todas? La vida no para de darte señales y aquí estás tú dudando y temiendo ¿Qué narices quieres más? ¿Que necesitas para creerte de una vez por todas?

No vas a ir a esos sitios hasta que creas. No van a darte más señales. Es hora de que saques la fuerza y la confianza de ti misma. De que cierres los ojos, te escuches y creas. No temas, si ya sabes que estás protegida, solo créelo. Eres una mujer mágica y fuerte, haces magia y no paran de decírtelo, créelo de una vez. Ya has cruzado la puerta, pero estas paralizada en el umbral. Has cruzado la puerta, pero te toca andar, avanzar. Todo está silencioso porque, aunque ya estás dentro, estás lo más fuera que se puede estar dentro. Zambúllete, vive y experimenta. Estás rodeada, aunque tú digas que hay silencio. Es mentira, solo tienes las orejas tapadas con tus propias manos. Ve y medita, actívate, esto solo acaba de empezar…

Solo entonces irás a esos sitios a los que quieres ir. Porque no irás a buscar, irás a encontrar.

Hay personas que ven más allá de tu mirada. Hay personas que ven lo que realmente te atemoriza. Por qué hiciste las cosas. Y te lo dicen, te lo dicen y no puedes hacer más que avergonzarte, sentirte desnuda y descubierta. Puedes ir de super mujer, pero alguien te dice que no te engañes, que eres una diminuta criatura asustada y encogida tras un arbusto ¿Qué haces ahí? Levántate y sal. Desnuda eres hermosa, desnuda eres mágica. Sal que el mundo te vea. Sal y remueve el mundo.

Los titubeos comienzan, el lloriqueo que me ha acompañado toda la vida, ese quejido estúpido que sabe a excusa: "Es que tengo miedo ¿Y si no me entienden? ¿Y si no me quieren? ¿Y si hago mal? ¿Y si me miran? ¿Y si me critican? ¿Y si…?" Excusas y más excusas.

Hay personas que te dicen lo que no quieres oír. Te dicen que eres hermosa y debes salir de una vez de tu rincón y afrontar tu camino. Que ya está bien de quedarse en la superficie, de dejar salir un poquito de luz y volver a cerrar la puerta. La era de la moderación, la era del miedo ha acabado y debes asumirlo. Hay personas que un día te dicen que solo cuando te rompes renaces, porque quizá no eres tú la que se rompe sino una de las miles de corazas que te has ido poniendo para que la luz no salga.

Levántate y anda, desnuda y libre. Sal al mundo y muéstrales lo que eres. Enseña tu luz. A unos les cegará y a otros les reconfortará. Otros te mirarán diciendo "Al fin". Detrás de un arbusto no se puede ser feliz.

Recuerdo la melodía de esa canción. Recuerdo despertar de niña en el coche con ella de fondo sobre las rodillas de mi tía, tapada con una manta de cuadros roja. Entreabrí los ojos y la vi iluminada llena de magia, era un ángel. Yo tenía cinco años y sentía que ella era especial. Cuando la miré en aquel coche nos entendimos de una manera que no sé explicar. La vi hermosa y llena de luz. Satisfecha y plena porque estaba cumpliendo su camino. Vi la belleza que da saber que estás haciendo lo que elegiste hacer a pesar de cualquier consecuencia. Íbamos en aquel coche a ver a una mujer que sanaba. Mi tía tenía cáncer y estaba muriendo. Ella sabía que iba a morir, aunque mi madre se hubiese salvado unos años antes. Pero en aquel coche la vi pletórica y tierna, encaminándose a su destino, que no era salvarse de ninguna de las maneras ¿Quién dice dónde nos lleva nuestro camino? ¿Quién dice por qué ha de ser así? Mi tía quería morir porque sentía que así debía ser. En aquel coche vi a mi tía desnuda, saliendo de su arbusto. Qué más da que solo viviese un mes más. Vi algo en ella que

pocos entenderán.

¿Quién sabe dónde me lleva el camino? Me da igual. Estoy harta de ignorar las señales. Estoy cansada de tildarlas de anécdotas bonitas. De decirme a mí misma que lo que he sentido, que lo que siento, no son más que invenciones. Ya está bien de dar rodeos para no encarar lo que vine a hacer aquí. Estoy preparada. Tengo pactos que cumplir. Tengo una luz que mostrar. Y ya no tengo miedo.

Empiezo a atar cabos. En mi vida la única que se ha menospreciado he sido yo. La única que se ha manipulado he sido yo. La única que se ha hecho daño he sido yo. Por miedo a lo que realmente estaba sintiendo, por miedo a mi propio poder.

Hay personas que no te dejan seguir yendo de puntillas por la vida, que te dicen que tienes que ser valiente, que tu camino es el que es y no valen las excusas. Siento que tengo mucho que mostrar aún, estoy llena de ganas y valor.

Una nana

En los días grises me pregunto qué aporto al mundo, qué doy a los que quiero, qué a los que me quieren.

En los días grises la vida se me viene encima y entro en un bucle de soledad. Me encierro y no me dejo salir.

Una nana suena por los que no sabemos vivir, por los que la vida nos desborda.

Una nana suena por los que no saben explicar de dónde viene su tristeza, de dónde su anhelo y desilusión. De dónde estos suspiros y estas lágrimas.

Una nana suena por los incapaces. Por los que tenemos gusanos dentro pero no los dejamos eclosionar. Por los que sentimos que nunca serán mariposas, que nunca el mundo verá los colores de sus alas.

Una nana suena por los que viven más en su mundo que en el de fuera. Los que se pierden en él y el otro les duele. Por los que andan en busca de la respuesta y se sienten mal por ser buscadores, insatisfechos y frustrados. Porque parece que a nosotros nada nos sirve.

El ruido nos abruma, la comida se nos hace un nudo mientras el planeta gira.

Una nana suena por nosotros, por ver si nos calma, si nos tranquiliza, aunque el consuelo es prácticamente imposible. Cómo calmar al que no se entiende, qué refugio darle al que huye de sí mismo. No hay puerta que pueda separarte de tu enemigo. Y el gris nos mece, es lo único que nos calma, te duermes en su tristeza dejándote llevar por la culpa. El “Qué malo soy”, el “Pobrecito de mí, pobrecitos de los demás…”.

Una nana suena por los que se rinden. Es una nana lejana que les recuerda que ellos no son así. Que hay más colores que mecen, que hay más colores que cantan. Que tú has elegido el gris y eso es lo que realmente te enfada…

Una nana suena, pero yo ahora no quiero escucharla. Estoy en mi gris, tranquilo y sereno, triste pero sereno. Es lo que conozco, a lo que estoy acostumbrada. Hoy hasta el sol me molesta, solo quiero que

vuelva la lluvia. Que acompaña a mi pena, que me hace aún más fácil lo que ya me resulta fácil, consumirme en la melancolía.

Una nana suena, pero hoy no quiero escucharla.

Días

Hay días que no puedo, que todo me supera, que la vida hace demasiado ruido, mi cabeza hace demasiado ruido:

La belleza del otoño, la presión por escribir, las sonrisas de mis hijas, la lluvia cayendo, la luz que entra en la habitación mientras me baño, mientras pienso en mis objetivos, en si los tengo claros o no. Mientras pienso en qué hacer con mi vida en algunos aspectos. En que hoy no he meditado, en que quizá me vaya a desconectar, en lo que me dijo la mujer que ayer me mandó un email y que tanto resonó en mí. Los movimientos de mi bebé dentro de mí, la ilusión porque solo queda un día para volver a verla en la ecografía, la conversación banal de la puerta del colegio, lo molesto que me resulta mi pecho ahora mismo, mucho más grande y pesado. La comparación con todas aquellas que ya tienen definidos y en marcha sus proyectos, la sensación de incapacidad que a mí me nace ante esto. Mirar la receta que toca cocinar ese día, alegrarme de que es algo sano que beneficiará a mi familia y a la vez notar una suave preocupación por si podría hacerlo aún mejor. El pensar en que no me organizo bien, que lo intento una y mil veces y siempre me quedan puntos por cumplir, hábitos que adquirir. Pensar en quién quiero convertirme. En que, por un lado, siento la vida, pero por otro no consigo zambullirme del todo de la manera que me gustaría en ella… Todo eso a la vez, todo eso de forma prioritaria en un solo minuto, segundo u hora, como mucho.

Hay días que la vida habla tan fuerte, de tantas formas, que no consigo entenderla y me bloqueo, entro en parálisis. Me vuelvo gris y el que me mira a los ojos puede ver que no estoy aquí sino mucho más dentro, atrapada en la cárcel que yo sola me construyo. Hay días en los que escribo esto mientras me siento mareada y me dan ganas de vomitar. Siento que no avanzo, que doy vueltas y vueltas sobre el mismo sitio..

Alquitrán

Algo va subiendo por tu piel, es negro y pegajoso, te ata al suelo, te impide mover los pies, las rodillas, la cadera… Y sube. Es parecido al alquitrán. Bloquea tus órganos reproductores, tapona cada uno de tus agujeros. La angustia te consume. Te llega hasta el ombligo. Este pestilente liquido te mata conforme sube, te oprime el estómago, te hace tener nauseas, te abraza la boca del estómago. Estás contagiado y no parece tener remedio.

¿En qué momento dejaste que esto pasase? Fue tan suave, tan sutil, algo tan normal, que no te diste cuenta y ahora te mueres. Estás contagiado. Y ya ni el nudo de tu garganta puede estallar en llanto pues la pringue negra ya ha llegado hasta allí. Notas el peso en los pulmones y la boca te empieza a saber a sangre. Te tapona los orificios de la nariz. Y llega a tus ojos, crees que te ciega, aunque eso hace mucho que ocurrió. Te creíste que no pasaba nada por poner las noticias, te creíste que nada de malo tenía comentarlas con tus amigos y compañeros. Es más, creíste que te convertía en un buen ciudadano que sabía lo que ocurría en su mundo, pero ¿A cuántos niños que viste morir en el telediario salvaste tú? ¿Cuántas velas encendiste por ellos?... Nada, no hiciste absolutamente nada por ninguno de ellos, nada real. No cambiaste ni un ápice del mundo, ni un ápice de ti, que era lo que importaba. Te creíste que informarte sobre lo que ocurre fuera era el objetivo y ahora esa mierda te ahoga. Te consume por no haber visto que lo importante era mirarte tú, cambiar tú. Escuchar las noticias que te gritaba tu alma. Pero no, dejaste que te distrajeran.

Estabas enfermo, dejaste que te dijeran que iba a matarte, escuchaste cada frase paternalista, cada anécdota de amigos y conocidos que por mucho menos murieron y te lo creíste. Y ahora no te mata la enfermedad, te mata el miedo. Te consume, te asfixia y te hace vivir lo que te quede con la desesperación del que no vivió, del que descubre que lleva muerto mucho más de lo que nunca imaginó…

Cuidado, nos rodean. Son tremendamente fáciles de encontrar: los emisores de la negatividad. Esos que escupen alquitrán por sus bocas, esos que te dicen juicios vacíos. Dicen a las embarazadas que su vida ha acabado, las asustan con noches de terror sin dormir, les hacen creer que tendrán un monstruo y no un bebé. Esos emisores que te miran con paternalismo “Pobre, dónde se ha metido”. Los emisores que te dicen “No lo conseguirás”, “Eso es imposible”, “Te falta esto, esto y lo otro” ... Esos que se empeñan en repetir la mierda de mundo en el que vivimos, los que te hacen listado de las enfermedades que te

rodean, de que no vale la pena vivir, esos que vomitan su propio envenenamiento… Huye y no mires atrás. Límpiate cualquier salpicadura. Frótala con lejía si fuese necesario. Como dejes que anide en ti su miedo crecerá y dejarás a un lado tu luz, la irá consumiendo, cada vez te costará más respirar y limpiarte… Aunque si escuchas esto, si lo lees y crees que estás contagiado no te preocupes, la luz puede con todo si le dejas la más mínima brecha. Si la tomas como prioridad, si en cualquier momento decides vivir limpio de miedo y alquitrán, si decides escucharte solo a ti.

Los pensamientos se contagian y enferman. Quizá sean ellos en sí mismos el virus, ese con el que nacemos. Por el que hay que trabajarse el instinto y lo profundo. Esa voz irracional llena de pasión y fuerza que nos guía si la dejamos. No intenta convencernos de nada, solo nos da impulso hacia el lugar al que pertenecemos. Siempre que olvidemos que el alquitrán nos tiene pegados al suelo.

Corre, libérate, la locura siempre fue mejor opción que la parálisis. El movimiento es vida. La parálisis morir, morir de miedo.

Cántame

Cántame hoy una nana, cántamela por favor. Una nana que hable de hadas y duendes, de magia y de luz. Cántame una nana que me confirme todo lo que siento, toda esta revolución en mi interior.

Cántamela tú porque yo la mía no la he escuchado nunca. La he ignorado, la fui apagando hasta convertirla en un leve susurro casi imperceptible. Y de repente la oigo fuerte y clara, pero necesito oírte a ti. Necesito que me digas que lo sabes, que sabes a qué vine al mundo, que sabes que él es Él. Que sabes lo que soy, que crees en lo que cuento.

Cántame una nana por favor que llevo toda la vida esperando oírla. Cántamela porque de repente todos mis miedos han desaparecido y ahora quiero certezas. Cántamela por todas aquellas veces que te llamé y no viniste.

Lloraba y lloraba de niña “Nadie me entiende”, me repetía una y otra vez. Nadie cree que las hadas existen, nadie se cree que yo pertenezco más a ese mundo que a este, a ese mundo de luz y energía, nadie se lo creía, yo sí, pero no apareciste y la soledad me hizo quebrar. Hizo que olvidara mis certezas. Hizo que olvidara que nací con una misión. Siempre lo sentí y ahora vienes tú y me cantas que sí. Lo que siempre esperé que vieran los demás en mí lo viste tú a simple vista, sin dudar ni vacilar.

Cántame una nana, cántamela y sosiega los torbellinos de mi interior, sosiega las emociones que se me han despertado. La luz ciega cuando llevas tanto tiempo en las sombras.

Y a veces querría volver a mirar a aquella niña a los ojos. Me gustaría decirle que no se niegue lo que ve, lo que siente. Que no atrofie su magia porque ahora me cuesta sacarla de nuevo, ahora me cuesta volver a confiar en que la tengo. Ay niña, mi triste y sensible niña, por qué te dejaste llevar, por qué te pudo más el miedo, por qué te negaste la evidencia.

Cántame las nanas que no me cantaste, cántame lo que soy. Tú lo sabes, yo lo sé. Tú tienes mi revelación, esa que me dirá a qué vine aquí. Esa sensación de que tenía que hacer algo y no lo estaba haciendo me consumía. Quizá no era el momento.

Cántame una nana por todas aquellas que no me cantaste, cántamela

por favor…

Déjame llorar

«Todo saldrá bien» dices mientras acaricias mi espalda. Déjame, te lo suplico, déjame llorar, déjame asomarme al abismo, déjame descubrirme que llevo toda la vida tratando de evitarlo. Déjame que sienta mi corazón roto en mil pedazos, llevo toda la vida manteniendo unidas las grietas que tenía a base de contención y ahora quiero sentir qué hay ahí, que esconde el rojo de mi sangre, qué sonido hace al dejarlo expandirse, al dejar de mantenerlo en contracción.

«Todo pasará, pronto volverás a ser la de antes». Y yo ya no quiero. Estoy enrabietada, lo sé, sé a qué te refieres, pero yo ahora quiero bucear en las profundidades de mis océanos, esas que son oscuras como la boca del lobo y apasionantes como el paraíso más recóndito. No quiero ser más esa que para estar bien tiene que buscar mil historias y giros de sí misma que embellezcan las situaciones. Esa que le da tantas vueltas a todo que acaba creyendo que todo empieza y acaba en ella. No quiero más ser la esclava de la empatía, esa que le hace sentir tan fuerte lo que siente y quiere el otro que no puede evitar buscar dárselo, aunque me reviente en el intento.

«Hay que seguir adelante, tienes que volver a ser tú» dices y yo ya no sé qué significa ese “ser Yo”. Yo ya he perdido todos los límites que con tanto trabajo construí desde niña. Esos que tanto dolió sentir caer.

«Tienes que salir de ahí» repites. Y yo no quiero, déjame arrodillada frente a mis escombros, deja que observe cómo se extingue el polvo, cómo se apaga el ruido de la explosión, deja que contemple las ruinas de lo que fui. Deja que quede bien grabado en mí todo aquello que no se mantuvo en pie por estar cimentado sobre arenas movedizas. Déjame que me despida de mi mundo, de ese mundo. Deja que observe cómo aparentemente era un castillo de princesas, pero en el fondo era una cárcel de color de rosa.

«No llores más» dices y yo me enfado. Quiero llorar, quiero que mis ojos se desborden. He rescatado a la niña que fui de entre los escombros, déjame que la abrace, déjame que lloremos juntas, déjame que le diga que no pasa nada por llorar, por enfadarse, que no es peor por no tener siempre una sonrisa en la cara o el corazón.

«Tras la tormenta vendrá el sol» dices y yo ya sé que eso no es cierto, que el sol ya está aquí, que el sol soy yo. Que no se apaga nunca, que no necesito fuegos a los que arrimarme, que yo tengo el fuego y el refugio dentro.

«Todo irá bien» dice la parte de mí que me presiona, que quiere que todo esté bien YA. Y yo lo sé, pero ahora déjame llorar.

VII

Cierto día, cuando ya llevaba mucho tiempo escuchando a Merula me atreví a decir:

–Merula, después de todos estos años, de todas tus historias, tus leyendas, tus relatos… He de confesarte que a veces no los entiendo. Y otras veces creo entenderlos, pero al poner en práctica lo que he aprendido no me sale. A veces siento que eres pura verdad y otras creo que estás loca y que más loca estoy yo por seguir viniendo aquí, por seguir dándote un espacio en mi vida. A veces te envidio, a veces no quiero verte en mucho tiempo. Y es en esas épocas en las que tardo más en bajar aquí contigo. Y vuelvo porque sin ti me siento perdida, sin tus locuras el mundo se apaga un poco, se vuelve mecánico y gris. Merula, hay días que desearía no haberte conocido nunca, otros en los que no podría vivir sin ti y esa magia que transmites. Días en los que veo la belleza en la vida, en tus relatos y otros que me parecen odiosos y tristes. Y me resisto a ello, no quiero sentir todo eso. Recuerdo la joven que fui, aquella que no te conocía, que se planteaba cosas, pero no sufría tanto, no se planteaba cosas que ahora me revuelven los días y las entrañas… ¿Qué me has hecho, Merula? ¿Para qué es todo esto? ¿Por qué me elegiste a mí? ¿Qué se supone que tengo que aprender de todo esto?

Merula sonrió, con esa ternura de siempre y tranquilamente contestó.

«Cuando era niña sentía que estaba destinada a hacer algo grande. Era una sensación en el pecho vibrante, como si una manada de bisontes viniese corriendo hacia mí y el temblor es tan fuerte que, aunque estén muy lejos aún, podía sentirlos. Sabía que sería una mujer exitosa, que llegaría muy lejos. Motivada por esa sensación cometí la osadía de traducir, de convertir esa vibración, esa intuición, en cosas concretas. Le di forma o, al menos, empecé a preguntarme de qué forma se traduciría ¿Sería multimillonaria? ¿Sería una gran maestra con miles de seguidores? ¿Sería famosa? ¿Descubriría algo? ¿Salvaría vidas?… Y fue entonces cuando llegó la búsqueda y con ella las dudas infinitas. Me puse a vagar en busca de mi destino, angustiada por si me equivocaba de paso y acababa lejos del camino que me llevaría a eso tan grande que yo sabía que iba a hacer. Fue muy frustrante, me castigaba por no haberlo alcanzado aún. Me cuestionaba mil veces las decisiones antes de tomarlas, me cuestionaba a mí misma. Cuestioné, incluso, aquella sensación de mi infancia ¿Y si no fue más que una

fantasía de niña? Una fantasía de niña con ganas de sentirse especial ¿Y si solo fue un cuento que me conté y me creí demasiado?

Estaba anestesiada. Iba viviendo, conociendo a personas, teniendo miles de experiencias hermosas, pero yo no podía sentirlas. Era como si las viese reflejadas en una pantalla hiper realista en la que no puedes entrar. Hacía cursos, leía libros, escuché a los más grandes maestros entre los tiempos. Inventé pociones que pudiesen mostrarme el futuro, hice rituales mágicos alrededor de una hoguera por si el fuego me daba pistas de mí, de mi misión, de qué tenía que hacer. Por si el fuego me mostraba quién era yo y cuáles eran mis certezas.

Estaba tan cansada... Y a la vez no podía parar de buscar. Tanto anhelé esa búsqueda en mi pecho, tanto la sufrí, que se endureció. Se hizo piedra y me golpeó el corazón. Enfermé, estuve a punto de morir. Dolió tanto que no pude seguir, tuve que parar y girar la cabeza hacia donde se encontraba esa piedra, hacia mí. Solo entonces todo empezó a cobrar sentido, solo entonces me olvidé de mi misión, de lo que tenía que hacer. Me olvidé hasta de mis sueños y me dediqué a vivir. Pero a vivir de verdad, metiéndome de lleno en todo lo que la vida podía ofrecerme, sin juzgar si era bueno o malo. Simplemente me zambullía en la belleza que contenía cada instante de mi vida, incluso esos en los que había dolor y miedo. Ya no era algo que veía en una película, algo que me tocaba de refilón, lo estaba sintiendo en su plenitud.

Me había tirado años persiguiendo, haciendo, buscando, esforzándome... Y fue cuando sencillamente cerré los ojos y me vi cuando descubrí cuál era esa misión tan fascinante y grande que tenía que alcanzar: existir. Existir en su máxima expresión. Descubrirme en cada instante, descubrirme en cada momento. En el amor, en la ira, en el Ser y en el Ego. Sentir el dolor de una aguja que te cose, el dolor de una muela que se infecta, el miedo a la muerte, el miedo a la vida, la pérdida, la tristeza... Y la explosión de un orgasmo, la plenitud de un momento de conexión, el agradecimiento, la abundancia, el abrazo de mis hijas... Mi misión era abarcarlo todo, creer en todo lo que hubiese en mí, creerme capaz de todo. Mi misión era conocerme. Querida, hay un mundo tan fascinante dentro de cada uno de nosotros, hay un ser tan fascinante en cada uno de nosotros... Que no hay nada comparado ahí fuera. No hay dinero ni fama que se iguale.

Me volví mágica. Pude viajar entre los tiempos, hablar con los animales y con cualquier persona, estuviese o no en ese momento conmigo. Pude sanarme y sanar. Pude volar, pude sentir la vida en

todo su esplendor, pude jugar a hacer volteretas por todo el universo. Pude convertir el plomo en oro. Pude hacer magia mientras tenía sexo, pude fundirme con la Luna. Pude sentirme todos los seres que he sido y seré a lo largo de mi historia como alma. Pude, al fin, conocer la grandeza que me compone, la grandeza a la que pertenezco.

Me preguntas que para qué sirve todo esto que te cuento, que qué tienes que aprender. La respuesta es clara, sencilla: no tienes que aprender nada. Tienes que hacer justo lo que me cuentas que haces. Sentir, sentir y sentir. Porque solo sintiendo, solo observándonos podremos encontrar la belleza de todo cuanto nos acontece y nos conforma. Todo lo que te cuento tiene como único objetivo provocarte emociones, llenarte de preguntas y sensaciones. No las traduzcas, por favor. Hazle ese favor a esta vieja bruja. No trates de darle sentido porque nada lo tiene. Solo es belleza y más belleza contenida en un objeto, en una circunstancia, una persona... Solo es belleza contenida en un instante.

Me preguntas qué hacer con todo lo que te cuento y en realidad lo que quieres saber es qué hacer con tu vida, cómo vivirla... Sé que preguntas eso porque yo soy tú y, por más magia que descubra, la duda y la incertidumbre me componen también. La dualidad del mundo está contenida en mí. Soy certeza y soy duda, soy luz y soy sombra ¿Quieres saber el sentido de la vida? ¿Quieres conocerla? Lo dices desde la separación, creyendo que ella va por un lado y tú por otro. La vida eres tú. Mírate, conócete. No trates de cambiar nada, solo descúbrete. Mirarte es mirar una vida, mirar la vida. El sentido nace en ti, tuya es la pregunta y la respuesta. Descubre la belleza y magnitud de tu vida y conocerás la de la vida entera.

Sal, querida. Sal ahí fuera y ten el valor de ser Quien eres en todo momento y circunstancia. Vive en el mundo, pero no seas el mundo.

Y diviértete, leches. Suelta, confía, no le des tantas vueltas a todo. No te tomes las cosas tan en serio, solo juega.»

Epílogo

Un bosque lleno de pinos, no es el bosque más bonito, ni el más mágico. El suelo marrón lleno de pinchitos secos. Los troncos rectos y marrones también, sin formas extrañas, todos rectos e iguales, las cortezas sin nada llamativo. La luz y la sombra tan equilibradas que el campo está lleno de una luminosidad neutra que no aporta casi nada.

Pasea por ese campo marrón cuando encuentra una pequeña formación de rocas marrones. Esas que, cuando descubría de niña, llamaba “sus casas secretas”. Y siente la necesidad de sentarse en ese hueco natural, con las rocas sosteniendo su espalda y el culo en la tierra. Sí, también marrón.

Cerró los ojos. Las manos apretando el suelo, intentando traspasarlo, intentado alcanzar con la yema de los dedos un lugar mucho más profundo. Cerró los ojos. Estaba en un momento extraño, no estaba triste, solía mantenerse a flote, pero se sentía extraña en esa parte del camino completamente desconocida para ella. A medias entre lo vivido y el por vivir. Luchando por estar en ese momento y solo en ese. Pero a veces se quebraba un poquito, nada, una minucia, y se preguntaba por qué ella ¿Por qué ella sentía esas cosas? ¿Por qué esas imágenes venían a su mente? ¿Por qué? Con lo bien y tranquila que podría vivir sin complicaciones, sin profundidades, sin entender nada. Con lo a gusto que se está durmiendo ¿Por qué se sentía en la obligación de despertar? ¿Por qué a veces sentía que nadie la entendía? Que, incluso la persona que más se esforzaba por hacerlo, no la comprendía porque ella era incapaz de transmitir lo que sentía. Ni ella misma sabía de ese estado de felicidad llena de incertidumbre, de agonía tranquila, de preguntas que ya ni le salen. De respuestas que aparecen sin que se las llame, aunque ella no esté preparada para asimilarlas ¿Por qué ella? ¿Por qué nacer con esto dentro? ¿Por qué nacer con ese mundo interior en el que quiere bucear? Eso es, así se siente, flotando con unos manguitos en un mar en el que quiere bucear, pero, cada vez que se zambulle, los flotadores tiran hacia arriba…

Estaba en aquel bosque marrón buscando algo. Respuestas que no aparecían, esas no, las que necesitaba no aparecían… Y entonces se levantó de aquella tierra otoñal, se fue desprendiendo de la ropa conforme andaba. Ida. Con las pupilas dilatadas andaba despacio. Con la mirada al frente. Sabía dónde ir, buscaba su casa secreta. Por ello se acercaba despacio a otro cúmulo de piedras y, como si se tratase de

ligeros y suaves cojines, las fue retirando una a una, hasta que un hueco en el suelo apareció. Un hueco con escalones hechos de tierra marrón, una escalera larga y profunda, en espiral, una escalera que la llevaba varios metros bajo el suelo. El aire cálido de las profundidades invadió su nariz. Hipnotizada por el eco que la llamaba no dudó en bajar. Los escalones eran interminables, una espiral muy estrecha y cerrada. La luz era cada vez más tenue y el aire cada vez más acogedor. Cada escalón que bajaba se sentía más en casa.

Y llegó al final: una pequeña cueva hecha de tierra y raíces, sin salida, sin recovecos, un sencillo hueco bajo el suelo terrestre, sin adornos, sin nada.

–Siéntate –le dijo una voz de mujer, no sonó en sus oídos, pero la escuchó.

Ella obediente se sentó en el suelo.

–Cierra los ojos, no los abras. Déjate llevar. Sólo siente.

No dudó ni un segundo, el miedo se había quedado en la superficie. En aquel lugar no cabía, en aquel lugar no cabía nada que no fuese ella. Cerró los ojos y se mareó, se dejó marear. No veía nada, solo un círculo concéntrico luminoso se iba cerrando entre sus ojos.

–Maréate conmigo, ese es mi abrazo, soy yo girando a tu alrededor. Si yo giro tú giras. Yo te compongo, te doy aliento. Quieres respuestas y yo te daré algunas. Eres de la cueva, por eso te llama, por eso necesitas su refugio. Eres de la cueva, eres de la tierra. Es donde te conectas, es donde sientes la vida, la seguridad, es donde está tu hogar.

Con los ojos aún cerrados notó el nudo en la garganta, notó las lágrimas rodando por las mejillas. Esas palabras carecían de sentido y para ella tenían todo el del mundo. Allí quería estar, allí quería quedarse.

–Sí, lo sé. Sé que por ti buscarías un hueco entre las rocas, un hueco en el que acurrucarte hasta que la erosión amoldara las piedras a tu cuerpo, en el que sentirte una con el mundo, en el que pasar tus existencias hasta el fin de los días... Pero sabes que no puede ser.

Las lágrimas se volvieron aún más resbaladizas. La bajada de las

escaleras la había puesto triste. Esa tristeza que te da cuando sabes que estás descubriendo tu hogar, pero no puedes quedarte en él, que tienes que salir de ese calor y sentir el contraste con el frío e inhóspito exterior.

–Sabes que aquí no nos podemos quedar, que esa no es tu misión. Sal y transmite.

Estaba compungida, las palabras ya no le salían, sentarse frente al teclado se le hacía un mundo, se le revolvía el estómago incluso. Qué contar, qué transmitir.

–Sólo cuenta qué sientes, qué vives, sin más, sin interpretaciones, sin intención, sólo cuéntalo. Cuenta cómo has bajado estos escalones. Cuenta qué está pasando ahora, aquí, en esta cueva. Cuenta lo que te estoy diciendo. No hace falta que lo entiendas, mucho menos que lo entiendan. Solo cuéntalo. Un diario en el que cuentes eso raro que a veces no entiendes, tus sueños, tus viajes a las profundidades de la tierra, tus vuelos por encima de las estrellas. Sólo cuéntalo, sin miedo a la palabra “LOCA”. Sin miedo a que dejes de ser interesante, sin miedo a que ya no ayudes a nadie. Has nacido para escribir, comunicar. No necesariamente para que otros lo lean. Y ahora te daré un último abrazo, un último mareo y subirás esas escaleras. Subiremos pues yo siempre estoy contigo, aunque solo te hable frente a frente en esta cueva, nuestra cueva.

Subió las escaleras rápido, con decisión. No por valentía sino por evitar la tentación de darse la vuelta. Cuando salió notó la brisa del exterior. No era la calidez de su cueva, pero era un aire renovado, un aire frío, pero le llenaba los pulmones y la mantenía viva. Abrió los ojos, salió de su meditación. Miró a su alrededor: el marrón seguía allí, el murmullo de la civilización a lo lejos, su perra viniendo corriendo a su lado, sus hijas, Él…

–Mamá mira qué piña tan grande he cogido para la chimenea –dijo la niña.

La miró con ternura. Él le acarició la mejilla.

–¿Estás ya lista para volver a casa?

–Sí, llévame a tu hogar que el mío se queda aquí bajo nuestros pies. Que, a falta de mi cueva, tus brazos son el mejor refugio.

Él le pasó el brazo por encima y empezó a andar de camino al coche. Ella sonrió, no era su cueva, pero en el exterior no había un mejor sitio, ni mejores compañeros, en los que habitar.

Llegó a ese campo creyéndose sola, se fue de él sabiendo que nunca más lo estaría. La había conocido, se había conocido.